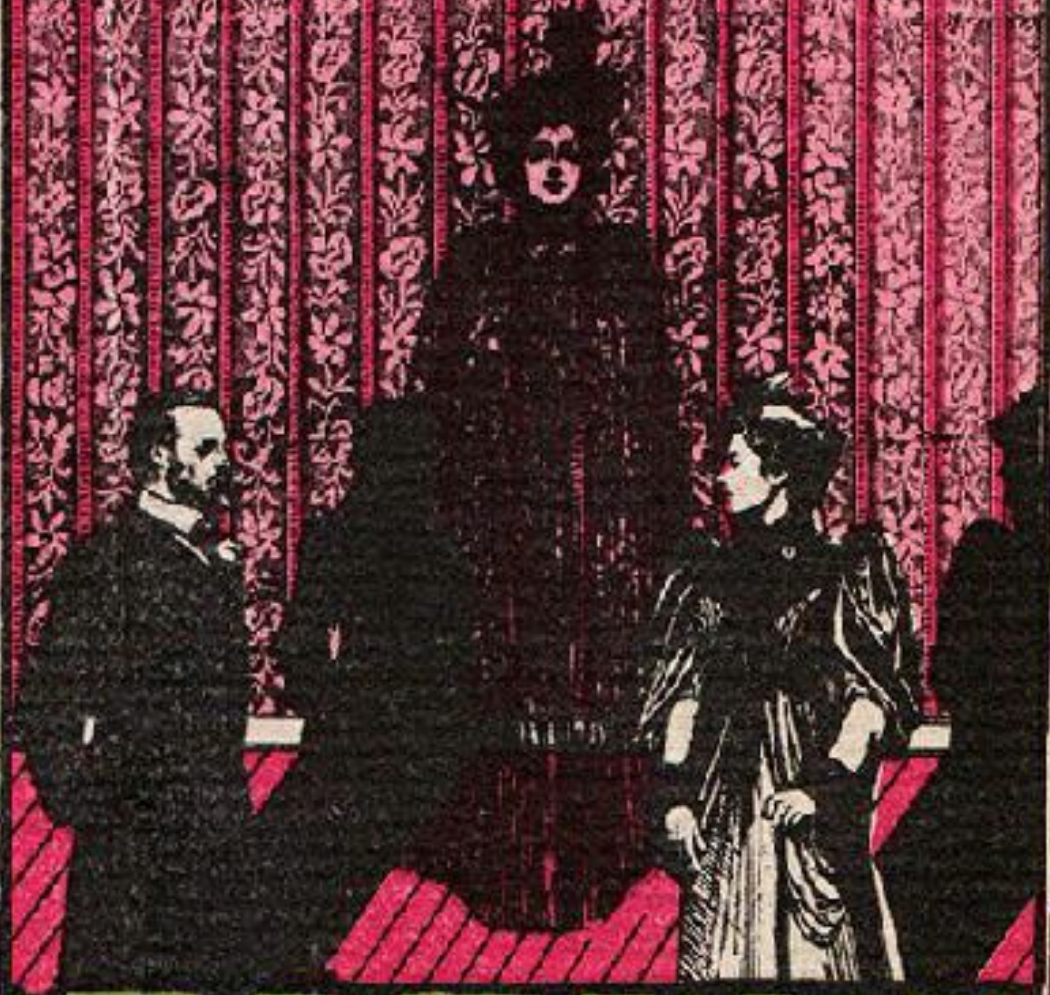
H. JAMES

Los rumores de los amigos



La Biblioteca de Babel

colección de lecturas fantásticas

dirigida por Jorge Luis Borges

Para esta antología hemos elegido cuatro relatos muy diversos. En La vida privada *se conjugan lo fantástico y lo satírico, el tantas veces recreado tema del doble, caro a Stevenson y a Papini, la burla a las espléndidas nulidades que cruzan los visibles escenarios del mundo*. Owen Wingrave *puede parecer, al principio, un alegato pacifista; vemos después que la gravitación de lo antiguo y de lo espectral no excluye lo épico*. Los amigos de los amigos *encierra una profunda melancolía y es, al mismo tiempo, una exaltación del amor elaborado en el más secreto misterio. A estos tres relatos fantásticos hemos agregado otro que no lo es, pero que constituye quizá la obra maestra de Henry James en el cuento*. La humillación de los Northmore *es la crónica de una paciente venganza, tanto más atroz cuanto que ignoramos su última realidad*.

Jorge Luis Borges

Henry James

Los amigos de los amigos

La Biblioteca de Babel - 23

ePub r1.0
orhi 12.10.14

Títulos originales: *The Private Life*
Owen Wingrave
The Friends of the Friends
The Abasement of the Northmores
Henry James, 1896
Traducción: Maria Luisa Balseiro

Editor digital: orhi
ePub base r1.1

Prólogo

A pesar de la fecha de su nacimiento, 1843, y de la fecha de su muerte, 1916, Henry James es uno de los máximos escritores de nuestra época. Es menos un contemporáneo de Kipling o de Tolstoi que un contemporáneo de Kafka. Fue un insuperado maestro de la ambigüedad y de la indecisión, tan cotidianas hoy en el arte. Antes de James, el novelista era un ser omnisciente, que penetraba hasta en los sueños del alba, que el hombre olvida al despertar. Partiendo, acaso sin saberlo, de la novela epistolar del siglo XVIII, James descubre el punto de vista, el hecho de que la fábula se narra a través de un observador, que puede y suele ser falible. Este observador define a los otros, pero, sin darse cuenta, está definiéndose. Los lectores de James se ven obligados a una continua y lúcida suspicacia que, a veces, constituye su deleite y otras su desesperación. El texto puede falsear los hechos, o no entenderlos, o sencillamente mentir.

He usado la palabra observador, que asimismo corresponde al pasivo destino de Henry James.

James nació en New York, un 15 de abril. Su padre, hostil a todo localismo, había decidido que sus hijos fueran cosmopolitas; se educaron en París, en Londres, en Ginebra y en Roma. Hacia 1862, ya en su patria, Henry emprendió el estudio del derecho en la universidad de Harvard. Su primer libro fue una biografía de Hawthorne, que firmó con el nombre Henry James, júnior. Pensó que América no ofrecía temas propicios para la novela psicológica y se fijó en Europa, donde pasó casi toda su vida. En primer término se dedicó a observar. A observar sin excesos, oía una anécdota cualquiera, formulaba una o dos preguntas y no perdía detalles. Ya poseía la semilla de una larga novela o de un inolvidable relato. A semejanza de Marcel Proust, tan parecido y a la vez tan distinto, pensó que la observación del género humano puede no excluir las clases altas, quizá no menos reales que la promiscuidad del tugurio. El ambiente mundano es típico de toda su obra, pero la parte última incluye lo sobrenatural, la fatalidad y el infierno. Su tema preferido fue el americano que se siente extranjero en la complejidad de Europa; concluyó al fin con el del hombre que es un extranjero en el mundo, tal vez porque él también era un extranjero entre todos los hombres. En 1915 renunció a la ciudadanía norteamericana y se hizo inglés para testimoniar su adhesión a los aliados.

Un año más tarde moriría venerado, solitario, admirado y poco leído. Kipling, Wells y Shaw, sus contemporáneos, eran arrebatados y discutidos. Tenía la obsesión de la palabra justa; a punto de morir halagó al misterio anunciando: «y ahora esa cosa distinguida, la muerte».

Para esta antología hemos elegido cuatro relatos muy diversos. En La vida privada *se conjugan lo fantástico y lo satírico, el tantas veces recreado tema del doble, caro a Stevenson y a Papini, y la burla a las espléndidas nulidades que cruzan los visibles escenarios del mundo*. Owen Wingrave *puede parecer, al principio, un alegato pacifista; vemos después que la gravitación de lo antiguo y de lo espectral no excluye lo épico*. Los amigos de los amigos *encierra una profunda melancolía y es, al mismo tiempo, una exaltación del amor elaborado en el más secreto misterio. A estos tres relatos fantásticos hemos agregado otro que no lo es, pero que constituye quizá la obra maestra de Henry James en el cuento*. La humillación de los Northmore *es la crónica de una paciente*

venganza, tanto más atroz cuanto que ignoramos su última realidad.

Nos quedan dos inolvidables fotografías de Henry James, ejecutadas en 1906 por Alice Boughton. La primera guarda para siempre la imagen de un desdeñoso caballero doliente que trata en vano de ocultar, bajo elegantes atributos convencionales —el sombrero de copa, el cuello almidonado y el bastón que soportan las manos—, lo que denuncia su mirada tristísima: que es el más desdichado de los hombres. La segunda nos muestra a Henry James con el mismo atuendo, mirando, no sin asombrada incredulidad, el primer retrato. Ese juego del hombre visto por los otros, del hombre visto por sí mismo, fue sin duda sugerido por James. El rostro que cualquiera de las fotografías rescata corresponde, estoico y ausente, a la inexorable imagen que la obra deja traslucir.

Jorge Luis Borges

La vida privada

I

Hablábamos de Londres cara a cara con un gran glaciar hirsuto y primevo. La hora y el escenario formaban una de esas impresiones que compensan un poco, en Suiza, por la moderna indignidad del viajar: las promiscuidades y vulgaridades, la estación y el hotel, la paciencia gregaria, la lucha por unas migajas de atención, la reducción a estado numerado. El alto valle se teñía del rosa de la montaña; el aire fresco tenía la limpieza de un mundo nuevo. Había un leve rubor de primera tarde sobre nieves incólumes, y el tintineo fraternizante del ganado oculto a la vista nos llegaba con un olor a siega tibia de sol. El balconado hostal se alzaba en la garganta misma del paso más delicioso del Oberland, y hacía una semana que teníamos buena compañía y buen tiempo. Se consideraba gran fortuna, porque lo uno habría compensado por lo otro si alguna de las dos cosas hubiera sido mala.

El tiempo, ciertamente, habría hecho buena la compañía; pero no estaba sujeto a esa obligación, porque por feliz casualidad teníamos a la *fleur des pois:* lord y lady Mellifont, Clare Vawdrey, la mayor (en opinión de muchos) de nuestras glorias literarias, y Blanche Adney, la mayor (en opinión de todos) de nuestras glorias teatrales. Los nombro en primer lugar porque eran precisamente los personajes a quienes en el Londres de la época se intentaba «fichar». Se procuraba «reservarlos» con seis semanas de adelanto, y sin embargo en esta ocasión nos habían venido a las manos, todos nos habíamos venido a las manos de todos, sin la menor maniobra. Un lance del juego nos había juntado entre los últimos de agosto, y reconocimos nuestra suerte permaneciendo en ese estado, bajo la protección del barómetro. Cuando acabaran los dorados días —cosa que pronto había de suceder —, descenderíamos por lados opuestos del paso para eclipsarnos tras la cresta de las alturas circundantes. Éramos de la misma congregación general, eran signos del mismo alfabeto las marcas que nos identificaban.

Nos veíamos, en Londres, con frecuencia irregular; nos regíamos más o menos por las leyes y el lenguaje, las tradiciones y las contraseñas del mismo denso estado social. Yo creo que todos, incluidas las señoras, «hacíamos» algo, aunque fingiéramos que no cuando se nombraba. Porque en Londres esas cosas no se nombran, pero aquí nos dábamos el inocente placer de ser diferentes. En algo se tenía que notar la diferencia, porque estábamos bajo la impresión de que aquello eran nuestras vacaciones anuales. Sentíamos, en todo caso, que las condiciones eran más humanas que en Londres, o por lo menos que lo éramos nosotros. Sobre esto éramos francos, hablábamos de ello: era de lo que estábamos hablando con la mirada puesta en el ruborizado glaciar en el momento en que alguien hizo notar la prolongada ausencia de lord Mellifont y la señora Adney. Estábamos sentados en la terraza del hostal, donde había bancos y mesitas, y los más empeñados en mostrar con cuántas prisas habíamos vuelto a la naturaleza tomaban, según la extraña moda alemana, café antes de comer.

Nadie recogió la observación sobre la ausencia de nuestros dos acompañantes, ni siquiera lady Mellifont, ni siquiera el pequeño Adney, el cariñoso compositor; porque se había dejado caer

aprovechando la pausa más breve de la charla de Clare Vawdrey. (Esta celebridad sólo se llamaba «Clarence» en las portadas.) Era precisamente aquella revelación de que al fin y al cabo éramos humanos lo que constituía su tema. Preguntó a los reunidos si, francamente, no había sentido cada uno la tentación de decirle a cada uno de los demás: «No creía que realmente fuera usted tan agradable.» Yo sí había creído que *él* lo fuera, e incluso que lo fuera mucho más, pero era cosa demasiado complicada para entrar en ella en aquel momento; además es exactamente lo que tengo que contar. Había entre nosotros un consenso general de callar cuando hablaba Vawdrey, y no, cosa curiosa, porque él así lo esperase ni mucho menos. Él no lo esperaba, porque de todos los habladores copiosos era el más espontáneo, el menos codicioso y profesional. Era más bien la religión del anfitrión, de la anfitriona, lo que prevalecía entre nosotros: la idea era suya, pero siempre se procuraban un círculo de oyentes cuando el gran novelista cenaba con ellos. En la ocasión a la que me refiero probablemente no había nadie con quien Vawdrey no hubiera cenado en Londres, y sentíamos la fuerza de esa costumbre. Había cenado hasta conmigo; y en la noche de aquella cena, como en esta tarde alpina, no me había costado ningún trabajo tener la boca cerrada, absorto como inveteradamente estaba en el estudio del interrogante que siempre se alzaba ante mí, tan alto, en su estatura apuesta, cuadrada y fuerte.

El interrogante era tanto más atormentador cuanto que estoy seguro de que Vawdrey nunca sospechó que lo suscitara, como no había observado nunca que todos los días de su vida todo el mundo le escuchaba a la hora de cenar. Se le llamaba «subjetivo e introspectivo» en los semanarios, pero si eso significaba estar ávido de tributos ningún hombre podría haberlo estado menos en sociedad. Nunca hablaba de sí mismo; era ése un apartado sobre el cual, a pesar de que habría sido tremendamente digno de él, al parecer jamás reflexionaba siquiera. Tenía su horario y sus costumbres, su sastre y su sombrerero, su sistema higiénico y su vino particular, pero todas esas cosas juntas nunca sumaron una actitud. Y sin embargo constituían la única que adoptaba, y para él era fácil hablar de que fuéramos «más agradables» en el extranjero que en nuestro país. *Él* estaba a cubierto de variaciones, y no era punto más ni menos agradable en un sitio que en otro.

Difería de otros, pero nunca de sí mismo —salvo en el sentido extraordinario que voy a exponer—, y a mí me daba la impresión de no tener ni estados ni sensibilidades ni preferencias. Podría haber estado siempre en la misma compañía, en cuanto a reconocer diferencias de edad o condición o sexo: se dirigía a las mujeres exactamente igual que a los hombres, y chismorreaba con todos los hombres por igual, sin hablar mejor con los listos que con los lerdos. Yo me dolía para mis adentros de ver —en la medida en que podía apreciarlo— que lo mismo le gustaba un tema que otro: para mí los había detestables. Siempre le vi locuaz y liberal y alegre, y jamás le oí formular una paradoja ni expresar un matiz ni jugar con una idea. La ocurrencia de que fuéramos «humanos» era, en su conversación, una osadía verdaderamente excepcional. Sus opiniones eran sanas y mediocres, y sobre sus percepciones era demasiado desconcertante pensar. Yo le envidiaba su magnífica salud.

Vawdrey se había internado, con su paso regular y su conciencia inmaculada, en la planicie de lo anecdótico, donde las historias se ven de lejos como molinos y postes indicadores; pero yo noté al cabo de un poco que la atención de lady Mellifont vagaba. Estaba yo sentado a su lado. Observé que sus ojos deambulaban con cierta preocupación por las laderas bajas de las montañas. Por fin, tras

consultar el reloj, me dijo: «¿Sabe usted a dónde iban?»
—¿Blanche Adney y lord Mellifont?
—Lord Mellifont y Blanche Adney. —Las palabras de su señoría parecían corregirme— inconscientemente, sin duda, —pero no se me ocurrió que pudieran ser efecto de los celos. Yo no le imputaba tan vulgares sentimientos: en primer lugar porque la apreciaba, y en segundo lugar porque a cualquiera se le ocurriría con bastante rapidez poner a lord Mellifont, fuera cual fuese el contexto, el primero. *Era* el primero— en grado extraordinario. No digo el más grande ni el más sabio ni el más renombrado, sino esencialmente la persona en cabeza de la lista y cabecera de la mesa. Eso en sí es una posición, y lógicamente su esposa estaba acostumbrada a verle en ella. Mi pregunta había sonado como si Blanche Adney le hubiera llevado consigo; pero no se le podía llevar —llevaba él. Nadie, por la lógica de las cosas, podía saberlo mejor que lady Mellifont. Yo al principio la había temido un poco, viéndola, con sus rígidos silencios y la extremada negrura de casi todo lo que constituía su persona, un tanto dura, hasta un poco saturnina. Su palidez parecía levemente gris, y metálico su cabello negro brillante, lo mismo que los broches y bandas y peinecillos que inveteradamente lo adornaban. Estaba de luto perpetuo, y llevaba innumerables ornamentos de azabache y ónice, mil tintineantes cadenillas y lentejuelas y abalorios. Yo había oído a Blanche Adney llamarla la Reina de la Noche, y la denominación era descriptiva si se entendía noche nublada. Lady Mellifont tenía un secreto, y si no lo descubrías al conocerla mejor por lo menos te dabas cuenta de que era amable y sencilla y limitada, así como algo sumisamente triste. Era como el que tiene una enfermedad que no duele. Le dije que únicamente había visto a su marido bajar por el valle con su acompañante como una hora antes, y señalé que acaso Adney supera algo de sus intenciones.
Vincent Adney, que a pesar de haber cumplido los cincuenta semejaba un buen niño al que se ha inculcado que los niños no hablan en las reuniones de mayores, desempeñaba con sencillez y gusto notables la posición de esposo de una gran figura de la comedia. Aun reconociendo que ella se lo facilitaba, había que admirar aquel cariño rendido con que Adney pasaba por todo. Es difícil para un marido que no pisa las tablas, o el teatro al menos, llevar con elegancia a una esposa tan conspicua en esos círculos; pero Adney iba más allá de lo elegante en papel tan poco airoso: había logrado, extrañamente, que el propio papel le hiciera interesante a *él*. Ponía música a su amada; y recordarán ustedes cuán auténtica podía ser su música —las únicas composiciones inglesas que yo he visto tomar en serio a un extranjero. Su mujer estaba en ellas de alguna forma y siempre; eran una brillante traducción libre de la impresión que producía. Al escucharlas, era como verla cruzar riendo el escenario, con el cabello suelto y andares de ninfa de los bosques. Él no era al principio más que un modesto violinista del teatro, siempre en su puesto entre acto y acto; pero ella había hecho de él un ser singular, valioso e incomprendido. La superioridad de los dos había llegado a ser como una empresa conjunta, y su felicidad formaba parte de la felicidad de sus amigos. El único incomodo de Adney era no poder escribir una obra para su mujer, y su única manera de entrometerse en sus asuntos era preguntar a personas imposibles si no podrían *ellas* escribírsela.
Lady Mellifont, tras mirarle un instante, me comentó que prefería no preguntarle nada. Y añadió de seguido: «Prefiero no hacerme notar cuando estoy nerviosa.»
—¿Está usted nerviosa?

—Siempre me pone nerviosa que mi marido esté mucho rato lejos de mí.
—¿Imagina que le haya pasado algo?
—Sí, siempre. Claro que ya me he acostumbrado.
—¿Que se caiga por un precipicio, o cosa por el estilo?
—No sé exactamente *qué* es lo que temo; es la sensación genérica de que no va a volver.
Era tanto lo que decía y tanto lo que callaba que me pareció que el único tratamiento que se podía dar a su idiosincrasia era el jocoso.
«¡Seguro que nunca la abandona!», reí.
Ella miró al suelo un momento. «No, si en el fondo estoy tranquila.»
—Es imposible que le pase nada a un hombre tan dotado, tan infalible, tan acorazado por los cuatro costados —proseguí en el mismo tono.
—¡Acorazado, no sabe usted hasta qué punto! —me replicó, con un temblor de voz tan extraño que sólo lo pude justificar por su nerviosismo. En esa idea me confirmó el que casi inmediatamente se levantara para cambiar de sitio un poco sin objeto, no como para cortar nuestra conversación, sino porque estaba preocupada. A duras penas podía yo compartir su estado de ánimo, pero al cabo sentí un alivio al ver venir a Blanche Adney. Traía un gran ramo de flores silvestres, pero no venía acompañada de lord Mellifont. Vi en seguida, sin embargo, que no tenía ningún desastre que anunciar; pero como sabía que a lady Mellifont le agradaría oír la respuesta a una pregunta que no deseaba hacer, al punto expresé mi esperanza de que su señoría no se hubiera quedado en un barranco.
—No, no; me dejó hace escasamente tres minutos. Ha entrado en la casa. —Blanche Adney posó sus ojos en los míos por un instante— un modo de comunicación al que ningún hombre, de por sí, podía tener nada que objetar. El interés en esta ocasión venía acrecentado por lo que concretamente estaban diciendo aquellos ojos. Normalmente no solían decir más que: «¡Sí, soy encantadora, ya lo sé, pero tómeselo con calma, yo lo único que quiero es un papel nuevo, un papel, un papel!» En aquel momento añadieron oscuramente, subrepticiamente y por supuesto dulcemente —porque así era como todo lo hacían: «Todo está en orden, pero es verdad que ha pasado algo. A lo mejor se lo cuento después.» Se volvió hacia lady Mellifont, y la transición a la jovialidad sencilla me recordó su dominio de la profesión—. Le he traído sano y salvo. Hemos dado un paseo precioso.
—Lo celebro mucho —dijo lady Mellifont con su débil sonrisa; continuando distraídamente, al tiempo que se ponía en pie—: Habrá ido a vestirse para la cena. ¿No es ya la hora? —Se encaminó al hotel con aquella manera simplificadora que tenía de despedirse, y los demás, a la mención de la cena, miramos los unos los relojes de los otros como por desviar la responsabilidad de semejante rudeza. El *maître,* que como todos los *maîtres* era esencialmente un hombre de mundo, nos concedía horas y espacios propios, de suerte que al anochecer, apartados a la luz de una lámpara, formábamos una camarilla compacta y consentida. Pero sólo los Mellifont «se vestían», y sólo de ellos se reconocía que lógicamente *tenían* que vestirse: ella exactamente igual que todas las noches de su ceremoniosa existencia— no era persona en cuyos hábitos pudiera introducirse cosa tan mudable como la oportunidad, —y él, en cambio, con afinación y propiedad notables. Tenía casi tanto de hombre de mundo como el *maître*, y hablaba casi el mismo número de idiomas; pero se abstenía de

alentar la comparación de chaqués y chalecos blancos, analizando la ocasión de manera mucho más fina: en terciopelo negro y terciopelo azul y terciopelo marrón, por ejemplo, en delicadas armonías de la corbata y sutiles lasitudes de la camisa.

Tenía una indumentaria para cada función y una lección para cada indumentaria; y sus funciones, indumentarias y lecciones formaban siempre parte de la amenidad de la vida —parte en todo caso de su belleza y su romanticismo— para un inmenso círculo de espectadores. Para sus íntimos esas cosas eran, de hecho, más que una amenidad; eran un tema, un apoyo social y por supuesto además un motivo constante de expectación especulativa. Si su esposa no hubiera estado presente antes de la cena, probablemente habrían sido el centro del cotilleo general.

Clare Vawdrey tenía un filón de anécdotas sobre todo el asunto: conocía a lord Mellifont casi desde el primer día. Era una peculiaridad de este noble el que no hubiera conversación sobre él que no tomara al instante la forma de lo anecdótico, y aún otra distinción era que al parecer no hubiera anécdota que en conjunto no redundase en su mayor honra. En cualquier momento en que entrase en un salón se le podía decir con franqueza: «¡Ya se figurará que estábamos contando historias de usted!» Y para como suelen ser las conciencias en Londres, la conciencia general habría sido buena. Además habría sido imposible imaginarle acogiendo ese tributo con ánimo que no fuese amigable, porque siempre se mostró tan inalterado como el actor que sabe entrar a tiempo. Nunca en su vida había necesitado al apuntador —hasta sus perplejidades estaban ensayadas. Por mi parte, yo siempre que se hablaba de él tenía la sensación de estar hablando de un muerto: la charla llevaba la marca de esa peculiar acumulación de gusto. Su reputación era una especie de dorado obelisco, como si se le hubiera sepultado debajo; el cuerpo de leyendas y reminiscencias del cual estaba destinado a ser objeto había fraguado antes de tiempo.

Esta ambigüedad brotaba, supongo, del hecho inexplicado de que el mero sonido de su nombre y aspecto de su persona, la general expectación que suscitaba, tuvieran un tinte tan romántico y tan anormal. La experiencia de su urbanidad se daba siempre después; la prefiguración, la leyenda palidecían entonces frente a la realidad. Yo recuerdo que aquella noche la realidad me pareció suprema. El hombre más apuesto de su tiempo, más guapo que nunca, era, sentado entre nosotros, como un director suave que controlase con armonioso juego de brazos una orquesta todavía un poco tosca. Dirigía la conversación con ademanes tan irresistibles como vagos; se sentía que sin él no habría tenido nada que se pudiera llamar tono. Eso era esencialmente lo que lord Mellifont aportaba a toda ocasión —lo que aportaba sobre todo a la vida pública inglesa. Él la impregnaba, la coloreaba, la embellecía, y sin él habría carecido, hablando en términos relativos, de vocabulario. Desde luego no habría tenido estilo, porque estilo era lo que tenía en la persona de lord Mellifont. Él *era* un estilo. Nuevamente tuve esa impresión mientras en la *salle-á-manger* del pequeño hostal suizo nos resignábamos a la inevitable ternera. Comparada con *su* gran clase— digamos entre paréntesis que no se la comparaba mucho, —la charla de Clare Vawdrey hacía pensar en la distancia que va del reportero al bardo. Era interesante observar el choque de personalidades, que cada noche hacía esperar tantas cosas. Pero no había colisión: todo quedaba amortiguado y minimizado al tacto de lord Mellifont. Era elemental para él dar con la solución de un problema tal actuando de anfitrión, asumiendo responsabilidades que llevaban aparejado el sacrificio. Cierto era que él jamás había

sido el invitado; era el anfitrión, el mecenas, el moderador en todas las mesas. Si había algún defecto en sus modales— y esto lo digo en voz baja, —era el de tener un poco más de arte del que posiblemente pudiera requerir ninguna conjunción, ni aun la más complicada. De cualquier manera, uno se hacía sus reflexiones viendo cómo el cumplido aristócrata manejaba el caso, y cómo el sólido hombre de letras ni sospechaba que el caso —y menos aún él como parte del mismo— estuviera siendo objeto de manejo. Lord Mellifont gastaba tesoros de tacto, y Clare Vawdrey jamás se lo barruntó.

No sospechaba Vawdrey tales precauciones ni siquiera cuando Blanche Adney le preguntó si verdaderamente seguía sin ver el tercer acto —interrogación en la que ella introducía una sutileza propia. Se había empeñado en que Vawdrey le tenía que escribir una obra de teatro, cuya protagonista, simplemente con que él hiciera lo que debía, sería el papel que ella anhelaba desde tiempo inmemorial. Tenía cuarenta años— sobre esto no podía haber secreto para quienes desde el principio la habíamos admirado, —y ahora veía al alcance de la mano su meta máxima. La edad daba un tinte de pasión trágica— aunque Blanche fuera una perfecta actriz de comedia —a su deseo de no perderse la gran ocasión. Habían pasado los años, y había seguido echándola de menos; nada de cuanto había hecho era lo soñado, y ya no había más tiempo que perder. Ése era el chancro de la rosa, el dolor oculto tras la sonrisa. La hacía conmovedora —hacía su tristeza más picante que su alegría. Blanche Adney había interpretado el teatro inglés antiguo y el teatro francés moderno, y durante un tiempo había tenido hechizada a su generación; pero la obsesionaba la visión de una oportunidad mayor, de algo más consonante con las condiciones que la rodeaban. Estaba harta de Sheridan y aborrecía a Bowdler; pedía un cañamazo más fino. Lo peor, a mi entender, era que jamás conseguiría sacarle su comedia moderna al gran novelista maduro, que era tan incapaz de hacerla como de enhebrar una aguja. Le mimaba, le hablaba, le cortejaba y así lo proclamaba con franqueza; pero eran ganas de ilusionarse: lo suyo sería Bowdler[1] hasta la muerte.

Es difícil despachar en pocas palabras a esta mujer encantadora, que era bella sin belleza y completa con una docena de deficiencias. La perspectiva del escenario la transformaba, y en sociedad era como la modelo bajada del pedestal. Era el cuadro que echa a andar, lo cual, para la ingenua mentalidad social, era una sorpresa perenne —un milagro. Los demás creían que les contaba los secretos de la naturaleza pictórica, a cambio de lo cual le daban reposo y té. Ella no contaba nada y se bebía el té: pero aun así eran los otros los más gananciosos. Era verdad que Vawdrey estaba trabajando en una obra de teatro; pero, si la había empezado por aprecio a Blanche Adney, yo creo que la tenía empantanada por la misma razón. Sentía secretamente la atroz dificultad, y no quería llegar, por no matar la ilusión, a la fase de las pruebas y las tribulaciones. Aun así no podía haber cosa más agradable que tener semejante cuestión pendiente con Blanche Adney, y a buen seguro que de tanto en tanto introducía algo muy bueno en la obra. Si engañaba a Blanche era sólo porque ella, de pura desesperación, estaba resuelta a dejarse engañar. A su pregunta sobre el tercer acto repuso que antes de cenar había escrito un pasaje espléndido.

—¿Cómo antes de cenar? —dije yo—. Pero, *cher grand maître,* si antes de cenar nos ha tenido a todos suspensos en la terraza. Mis palabras eran una broma, porque creí que lo habían sido las suyas; pero por primera vez, que recordase, vi en su semblante una sombra de confusión. Me miró

fijamente, echando atrás la cabeza con ímpetu, casi un poco como el caballo al que se frena en seco. «Es que fue antes», replicó con sobrada naturalidad.
—Antes estuvo usted jugando al billar *conmigo* —dejó caer lord Mellifont.
—Pues habrá sido ayer —dijo Vawdrey. Pero estaba cercado. «Esta mañana me ha dicho que ayer no había hecho nada», objetó Blanche.
—Puede ser que no sepa realmente cuándo hago las cosas. —Miró vagamente, sin servirse, a una fuente que se le acababa de ofrecer.
—Basta con que lo sepamos *nosotros* —sonrió lord Mellifont.
—Yo no creo que haya escrito ni una línea —dijo Blanche Adney.
—Creo que les podría repetir la escena. —Y Vawdrey se refugió en las *haricots verts*.
—¡Eso, eso! —clamamos dos o tres.
—Después de la cena, en el salón, será un gran *régal* —declaró lord Mellifont.
—No estoy seguro, pero lo intentaré —prosiguió Vawdrey.
—¡Ah, qué tesoro de hombre! —exclamó la actriz, que estaba practicando lo que para ella eran americanismos y estaba resignada incluso a hacer una comedia americana.
—Pero tendrá que ser con esta condición —dijo Vawdrey—: que haga tocar a su marido.
—¿Mientras usted lee? ¡Jamás!
—Mi vanidad no lo permitiría —dijo Adney.
La dirección de los hermosos ojos de lord Mellifont le distinguió. «Usted tiene que poner la obertura que hay antes de que se alce el telón. Es un momento particularmente delicioso.»
—No voy a leer…, voy a recitar simplemente —dijo Vawdrey.
—Mejor aún; déjeme que vaya yo por el manuscrito —sugirió Blanche.
Vawdrey repuso que no hacía falta el manuscrito; pero una hora después, en el salón, habríamos deseado que lo tuviera. Estábamos expectantes, aún bajo el hechizo del violín de Adney. Su esposa, en primer término, sobre una otomana, era toda impaciencia y perfil, y lord Mellifont, en el sillón —porque *el* sillón era siempre el de lord Mellifont—, prestaba al agradecido grupito la sensación de hallarse en un congreso de ciencias sociales o un reparto de premios. De improviso, en vez de empezar, nuestro león[2] domado se puso a rugir desafinadamente —no recordaba ni una sola palabra. Lo lamentaba mucho, pero se le resistía por más que hiciera; estaba profundamente avergonzado, pero tenía la memoria en blanco. Avergonzado no parecía en absoluto— en la vida se le había visto a Vawdrey avergonzado; lo único que mostraba era una naturalidad jovial e imperturbable. Nos aseguró que jamás se había imaginado haciendo el ridículo de aquella manera, pero los demás pensamos que no por ello dejaría de figurar el incidente entre sus reminiscencias más humorísticas. *Nosotros* éramos los humillados, como si nos hubiera gastado una broma premeditada. Era una ocasión, si las hubiera, para el tacto de lord Mellifont, que descendió sobre nosotros como un bálsamo: él nos contó, a su manera artística y encantadora, con su destreza para salvar los momentos de aridez (tenía un *débit* —en Inglaterra no había nada que se le aproximase— como los actores de la Comédie Française), su propio naufragio en una ocasión trascendental, al ir a pronunciar un discurso ante una multitud imponente, cuando, descubriendo que se le habían olvidado los apuntes, se puso a rebuscar, sobre el terrible podio, blanco de todas las miradas, a rebuscar en vano las notas

indispensables por todos los bolsillos inocentes. Pero la moraleja de su historia era más fina que la del fácil fiasco de nuestro otro animador, porque con cuatro gestos leves nos retrató la brillantez de una actuación que había sabido sobreponerse al apuro, que se había resuelto, se nos dejó entrever, en un esfuerzo reconocido en el momento como no exactamente un borrón sobre lo que el público tenía la bondad de denominar su prestigio.

—¡Toca algo, anda! —clamó Blanche Adney, dándole unas palmaditas a su marido y recordando cómo en el teatro siempre se ahogan en música los *contretemps*. Adney se agarró a su violín, y yo le dije a Clare Vawdrey que su error tenía fácil enmienda mandando a buscar el manuscrito. Si me decía dónde estaba, yo lo traería inmediatamente de su habitación. A esto repuso: «Querido amigo, es que me temo que *no haya* manuscrito.»

—¿Quiere decir que no ha escrito nada?

—Lo escribiré mañana.

—¡Pero nos está usted tomando el pelo! —dije yo absolutamente perplejo.

Ante eso pareció que se lo pensaba mejor. «Si *hay* algo, lo encontrará usted encima de mi mesa.»

En aquel momento le hablaba uno de los otros, y lady Mellifont comentó audiblemente, como queriendo corregir con delicadeza nuestra desconsideración, que el señor Adney estaba tocando una cosa muy hermosa. Ya antes había yo observado que parecía muy aficionada a la música; siempre la escuchaba en mudo arrobamiento. La atención de Vawdrey se desvió, pero no me parecía que sus últimas palabras constituyeran una autorización clara a ir a su cuarto. Además yo quería hablar con Blanche Adney; quería preguntarle una cosa. Pero hube de aguardar la ocasión, porque su marido nos tuvo un rato en silencio, tras de lo cual la conversación se hizo general. Acostumbrábamos acostarnos temprano, pero aún quedaba un rato de la velada. Antes de que se consumiera encontré la oportunidad de decirle a Blanche que Vawdrey me había dado permiso para poner las manos en su manuscrito. Blanche me conjuró por lo más sagrado a que lo llevara inmediatamente, a que se lo diera a ella; y no cejó en su insistencia cuando le hice ver que era ya muy tarde para que Vawdrey diera comienzo a la lectura: además se había roto el encanto —a los demás no les apetecería. Me aseguró que no era demasiado tarde para que *ella* empezara; de modo que debía posesionarme de las preciosas páginas sin más dilación. Yo dije que la obedecería al momento, pero antes quería que diese satisfacción a mi justa curiosidad. ¿Qué había pasado antes de la cena, cuando estaba en el monte con lord Mellifont?

—¿Cómo sabe usted que ha pasado algo?

—Porque se lo vi en la cara cuando volvió.

—¡Y pensar que me llaman actriz! —clamó mi amiga.

—¿Y qué me llaman *a mí?* —pregunté.

—Ustedes un estudioso de las almas…; eso tan frívolo que se conoce con el nombre de observador.

—¡Podría dejar que un observador le escriba una obra! —exclamé.

—Lo que usted escribe no le interesa al público; sería gafe.

—Pues veo comedias por todas partes —declaré—; esta noche pululan en el aire.

—¿En el aire? ¡Muchas gracias! Yo donde las quiero es en los cajones de mi mesa.

—¿La cortejó lord Mellifont en el glaciar? —proseguí.

Ella me miró sin parpadear —y luego rompió en el graduado éxtasis de su risa. «¿El infeliz de lord Mellifont? ¡Qué sitio tan divertido! ¡Desde luego sería el más propio para *nuestro* amor!».
—¿Se cayó a un barranco? —continué. Blanche Adney me volvió a mirar— de una manera tan inequívoca, aunque fugaz —como cuando volvía antes de la cena con las manos llenas de flores. «No sé a dónde se cayó. Mañana se lo cuento».
—¿Así que fue un descenso?
—A lo mejor fue una ascensión —rió—. Una cosa muy rara.
—Razón de más para que me la cuente esta noche.
—Tengo que meditar sobre ello; descifrarlo.
—Ah, si lo que quiere son enigmas le sugiero otro —dije—. ¿Qué le pasa al Maestro?
—¿Al maestro de qué?
—De todas las formas del fingimiento. Vawdrey no ha escrito una sola línea.
—Vaya usted por sus papeles y lo veremos.
—No quisiera descubrirle —dije.
—¿Por qué no, si yo descubro a lord Mellifont?
—Ah, a cambio de eso haría cualquier cosa —concedí—. Pero ¿por qué iba Vawdrey a decir una falsedad? Es muy curioso.
—Es muy curioso —repitió Blanche Adney con aire pensativo y la mirada puesta en lord Mellifont. Luego, volviendo en sí, añadió—: Vaya a mirar en su cuarto.
—¿En el de lord Mellifont?
Rápidamente se volvió hacia mí. *«¡Sería* una manera!»
—¿De qué?
—¡De averiguarlo…, de averiguarlo! —Hablaba alegre y excitada, pero de pronto se refrenó—. Estamos diciendo unas tonterías tremendas.
—Estamos mezclando las cosas, pero esa idea me interesa. Consiga usted el permiso de lady Mellifont.
—*¡Ella* ha mirado ya! —dijo Blanche con la más extraña expresión dramática. Después, tras un movimiento de su hermosa mano alzada, como si quisiera desechar una visión fantástica, añadió imperiosamente—: ¡Tráigame esa escena…, tráigame esa escena!
—Voy por ella —le respondí—: pero no me diga que no sé escribir una comedia.
Blanche me dejó, pero mi misión se vio postergada al acercárseme una señora que venía con un álbum de cumpleaños —desde hacía varias noches pendía sobre nosotros esa amenaza— y me hacía el honor de pedirme un autógrafo. Ya se lo había pedido a los demás, y no habría sido decoroso excluirme. Yo solía recordar mi nombre, pero acordarme de mi fecha de nacimiento me llevaba siempre cierto tiempo, y ni aún así me quedaba muy seguro. Dudé entre dos fechas, no sin decirle a mi peticionaria que estaba dispuesto a firmar en las dos si así podía complacerla. Ella opinó que lo más seguro sería que hubiese nacido una sola vez, y yo a eso contesté, naturalmente, que el día que la conocí había vuelto a nacer. Si menciono esta bobada es porque se entienda que, con el obligado examen de los restantes autógrafos, dedicamos a la transacción unos cuantos minutos. La señora se fue con su álbum, y yo me encontré con que la reunión se había deshecho. Estaba yo solo en el

saloncito que teníamos reservado para nuestro uso. Mi primera impresión fue de desencanto: si Vawdrey se había ido a acostarse no sería cosa de molestarle. Estando en esa duda, sin embargo, juzgué que debía estar aún levantado. Había una ventana abierta, y de fuera me llegaron voces: Blanche estaba en la terraza con su dramaturgo, y hablaban de las estrellas. Me asomé; era una espléndida noche alpina. Mis amigos habían salido juntos; Blanche Adney se había puesto una capa; yo la había visto con aquel mismo aspecto entre bastidores. Guardaron silencio un poco; se oía el bramido de un torrente cercano. Me volví hacia dentro, y la tranquila luz de la lámpara me dio una idea.

Nuestros compañeros se habían dispersado —era hora avanzada para un país pastoril—, y estaríamos los tres solos. Clare Vawdrey había escrito su escena, que no podía por menos de ser espléndida; y el que nos la leyera allí y a semejante hora sería una de esas cosas que se recuerdan toda la vida. Pensé bajar el manuscrito y salirles al encuentro con él cuando volvieran.

Salí del salón con ese propósito; ya conocía el cuarto de Vawdrey y sabía que estaba en el segundo piso, el último de un largo pasillo.

Un minuto después tenía la mano en el pomo de la puerta, que naturalmente empujé sin llamar. Igualmente natural era que en ausencia de su ocupante la habitación estuviera a oscuras; tanto más cuanto que, por no estar iluminado a esas horas el fondo del pasillo, la oscuridad no disminuyó inmediatamente al abrirse la puerta. En el primer momento sólo fui consciente de que no me había equivocado, y de que, por no estar echadas las cortinas, tenía enfrente un par de vagas aberturas por donde entraba la luz de las estrellas. Su ayuda, sin embargo, no era bastante para encontrar lo que iba buscando, y ya tenía yo la mano, en un bolsillo, sobre la cajita de fósforos que llevaba siempre para los cigarrillos.

De pronto la retiré dando un respingo y soltando una exclamación, una disculpa. Había entrado donde no era; una mirada prolongada durante tres segundos me mostró a una figura sentada a una mesa que había junto a una de las ventanas —una figura que yo al pronto había tomado por manta de viaje tirada sobre una silla. Retrocedí sintiéndome intruso; pero a la vez comprendí, en menos tiempo del que me lleva contarlo, primero, que aquel cuarto era el de Vawdrey, y segundo, que sorprendentemente era su propio ocupante el que estaba allí sentado. Refrenándome en el umbral, tuve un momento de confusión, pero sin darme cuenta ya había exclamado: «¿Es usted, Vawdrey?»

Él ni se volvió ni me contestó, pero mi pregunta recibió una respuesta inmediata y práctica al abrirse una puerta del otro lado del pasillo. De la habitación de enfrente había salido un criado con una vela, y bajo aquella iluminación fugaz reconocí nítidamente al hombre que un instante antes había dejado abajo con toda certeza, conversando con Blanche Adney. Estaba a medias dándome la espalda e inclinado sobre la mesa en actitud de escribir, pero su identidad le emanaba por todos los poros. «Le ruego que me perdone…, creí que estaba abajo», dije; y como la persona que tenía enfrente no daba muestras de oírme, añadí: «Si está usted ocupado, no le molesto.» Y di marcha atrás, cerrando la puerta —había estado allí, calculo, menos de un minuto. Tenía una sensación de asombro que, sin embargo, se ahondó infinitamente al instante siguiente. Allí mismo me quedé, sin levantar la mano del pomo de la puerta, sobrecogido por la impresión más extraña de mi vida. Vawdrey estaba sentado a su mesa, y era un sitio muy natural para él; pero ¿por qué estaba escribiendo a oscuras y por qué no

me había contestado? Esperé unos segundos por oír algún movimiento, por ver si salía de su abstracción— tales accesos eran imaginables en un gran escritor —y exclamaba: «Ah, hombre, ¿es usted?» Pero no oí más que la quietud, no sentí más que la penumbra estrellada de la habitación, con la presencia inesperada que encerraba. Di media vuelta, volví sobre mis pasos lentamente y bajé confuso las escaleras. En el salón seguía ardiendo la lámpara, pero estaba vacío. Torcí hacia la puerta del hotel y salí. Vacía también estaba la terraza. Al parecer, Blanche Adney y el caballero que estaba con ella se habían recogido. Aguardé unos cinco minutos— y me fui a la cama.

II

Dormí mal, porque estaba agitado. Al volver ahora la vista sobre aquellos extraños sucesos (¡pronto se verá *cuán* extraños!), quizá me imagino más afectado de lo que estaba; porque las grandes anomalías nunca son tan grandes al principio como después que se ha reflexionado sobre ellas. Agotar las explicaciones lleva su tiempo. Yo estaba vagamente nervioso —me había llevado un fuerte sobresalto; pero todo se podía aclarar preguntándole a Blanche Adney, tan pronto como la viera por la mañana, quién estaba con ella en la terraza. Curiosamente, sin embargo, al despuntar la mañana— que despuntó admirablemente —sentía menos deseos de cerciorarme sobre ese punto que de huir, quitarme de encima la sombra del estupor. Vi que iba a hacer un día espléndido, y me dio el capricho de pasarlo, como había pasado días felices de la juventud, vagando en solitario por la montaña. Me vestí temprano, me tomé el café de rigor, me eché una barra de pan a un bolsillo y una frasca a otro, y armado de un recio bastón me encaminé a las alturas. Las horas deliciosas que allí pasé, de esas horas que dejan recuerdo intenso, no interesan mucho a la historia que estoy contando. Si la mitad la gasté vagando por las laderas de los montes, durante la otra mitad estuve tendido en un declive herboso, con la gorra tapándome los ojos— menos un atisbo de panoramas inconmensurables, —escuchando, en la luminosa quietud, a la abeja montañera y sintiendo cómo casi todo se eclipsaba y se empequeñecía. Clare Vawdrey se me hizo más pequeño, Blanche Adney se me hizo borrosa, lord Mellifont se me hizo viejo, y antes de acabar el día ya se me había olvidado que alguna vez hubiera estado intrigado. Cuando al atardecer tomé el camino de regreso al hostal, lo que más me apetecía saber era que la cena estaba próxima. Aquella noche me vestí, más o menos, y para cuando me vi presentable ya estaban todos a la mesa.

Nuevamente en su compañía me volvió a rondar mi pequeño problema, y sentí curiosidad por ver si Vawdrey no me miraba con alguna extrañeza. Pero no me miraba siquiera; lo cual me dio ocasión tanto de ser paciente como de preguntarme por qué vacilaba en plantearle la cuestión allí mismo. Es

cierto que vacilé, y con la consciencia de ello me volvió un poco de aquella agitación que había dejado atrás, o abajo, durante el día. Pero no me avergonzaba de mis escrúpulos: no eran sino una fina discreción. Lo que vagamente sentía era que una investigación pública no estaría dentro de lo correcto. Allí teníamos a lord Mellifont, por supuesto, para mitigar con sus perfectos modales todas las consecuencias; pero creo haber tenido presente que aquellos particulares elementos no eran de los que mejor le iban a su señoría. Así que apenas nos levantamos me dirigí a Blanche Adney para preguntarle si, como hacía tan buena noche, no le apetecería darse un paseo conmigo.

—Usted ha andado cien millas; ¿no le vendría mejor estarse quieto? —me respondió.

—Andaría otras cien porque me dijera usted una cosa.

Ella me miró un instante, con algo de aquella consciencia extraña que yo había buscado, sin hallarla, en la mirada de Clare Vawdrey. «¿Se refiere a qué fue de lord Mellifont?»

—¿De lord Mellifont? —Con la nueva especulación había perdido ese hilo.

—¿Dónde se ha dejado la memoria, atolondrado? Anoche hablamos de ello.

—¡Ah, sí! —exclamé, acordándome—; tenemos muchas cosas de que hablar. —La conduje a la terraza, y apenas habíamos dado dos pasos le dije—: ¿Quién estaba aquí con usted anoche?

—¿Anoche? —estaba tan despistada como yo un momento antes.

—A las diez…, cuando se dispersó la reunión. Usted salió de aquí con un caballero. Estuvieron hablando de las estrellas.

Ella me miró un momento sin parpadear, y luego soltó aquella risa suya. «¿Está celoso del pobre Vawdrey?»

—¿Entonces era él?

—Claro que era él.

—¿Y cuánto tiempo estuvo con usted?

Volvió a reír. «¡Le ha dado fuerte! Estaría como un cuarto de hora…, quizá un poco más. Paseamos un poco. Me estuvo hablando de la obra. Eso fue todo. Es la única hechicería que he empleado.»

Pero no era bastante para mí. «¿Qué hizo Vawdrey después?», continué.

—No tengo la menor idea. Yo me despedí y me fui a la cama.

—¿A qué hora se fue usted a la cama? —¿A qué hora se fue *usted?* Por casualidad recuerdo que me separé de Vawdrey a las diez y veinticinco— dijo Blanche. —Volví a entrar en el salón para coger un libro y miré el reloj.

—¿Es decir, que con toda seguridad usted y Vawdrey se entretuvieron aquí desde las diez y cinco, más o menos, hasta esa hora?

—No sé con cuánta seguridad, pero sí muy gratamente. *¿Où voulez-vous en venir?* —preguntó Blanche Adney.

—Simplemente a esto, señora mía: a que al mismo tiempo que su acompañante estaba ocupado como usted dice, estaba también entregado a la composición literaria en su habitación.

Esto la detuvo en seco, y sus ojos tomaron un brillo en la oscuridad. Quiso saber si yo impugnaba su veracidad; y yo le repuse que, al contrario, la sostenía —hacía muy interesante el caso. Replicó que eso sería sólo si ella sostenía la mía; cosa que, sin embargo, no me fue difícil conseguir relatándole pormenorizadamente lo ocurrido en mi búsqueda del manuscrito— el manuscrito que en aquellos

momentos, por una razón que yo ahora comprendía, parecía habérsele ido tan completamente del pensamiento.
—Con la conversación de Vawdrey se me olvidó…; olvidé que le había mandado a usted a buscarlo. En compensación por el fiasco del salón, me declamó la escena —dijo Blanche.
Se había dejado caer en un banco para escucharme y, allí sentados, me había sometido a un breve interrogatorio. Luego prorrumpió en nuevas carcajadas. —¡Ah, las excentricidades del genio!
—¡Sí, desde luego! ¡Mayores aún de lo que yo creía!
—¡Ah, los misterios de la grandeza!
—Usted los conocerá todos, pero a mí me pillan por sorpresa —declaré.
—¿Está usted absolutamente seguro de que era Vawdrey? —preguntó mi acompañante.
—¿Quién podía ser si no? Que un señor desconocido, de idéntico aspecto y parecidas ocupaciones literarias, estuviera sentado en su habitación a esas horas de la noche y escribiendo en su mesa *a oscuras* —insistí—, prácticamente sería tan prodigioso como lo que yo afirmo.
—Sí, ¿por qué a oscuras? —meditó mi amiga.
—Los gatos ven en la oscuridad —dije yo.
Ella me sonrió vagamente. «¿Parecía un gato?»
—No, señora mía, pero le voy a decir lo que sí parecía…: parecía el autor de las admirables obras de Vawdrey. Se le parecía infinitamente más de lo que se le parece nuestro amigo —dictaminé.
—¿Quiere usted decir que era alguien que tiene para que se las escriba?
—Sí, mientras él cena fuera y decepciona.
—¿A quién, a mí? —murmuró sin malicia.
—*A mí* me decepciona…, como decepciona a cualquiera que busque en él al genio que ha creado esas páginas que adora. ¿Dónde está ese genio cuando se pone a hablar?
—Ah, anoche estuvo espléndido —dijo la actriz.
—Siempre está espléndido, como es espléndido el baño de la mañana, o un solomillo de ternera, o el servicio de trenes con Brighton. Pero nunca excepcional.
—Ya veo lo que quiere decir.
Le habría dado un abrazo…, y quizá se lo di.
«Por eso es un consuelo hablar con usted. Yo lo he rumiado muchas veces…, ahora lo entiendo. Son dos.»
—¡Qué idea más deliciosa!
—Uno sale y el otro se queda en casa. Uno es el genio y el otro es el burgués, y es sólo al burgués al que conocemos personalmente. Habla, circula, cae simpático en todas partes, coquetea con usted…
—¡Mientras que es con el genio con quien *usted* tiene el privilegio de coquetear! —me interrumpió Blanche—. Le agradezco mucho la distinción.
Le puse una mano sobre el brazo. «Véale usted también. Inténtelo, haga la prueba, vaya a su cuarto.»
—¿Que vaya a su cuarto? ¡Sería impropio! —clamó con su mejor acento de comedia.
—Nada es impropio en una indagación como ésta. Si le ve quedará zanjada la cuestión.
—¡Qué agradable…, zanjarla! —Reflexionó un momento, y luego saltó en pie—. *¿Ahora mismo?*
—Cuando usted quiera.

—Pero ¿y si me encuentro con el que no es? —dijo con efecto exquisito.
—¿Cómo el que no es? ¿A quién llama usted el que no es?
—El que no estaría bien que una señora fuera a ver. ¿Y si no encuentro… al genio?
—Ah, del otro me encargo yo —repliqué. Luego, porque casualmente había mirado en derredor, añadí—: Cuidado…, se acerca lord Mellifont.
—De *él* se debería usted encargar —dijo ella apagando la voz.
—¿Qué le pasa?
—Precisamente era eso lo que le iba a contar.
—Cuéntemelo. No viene hacia aquí. Blanche miró un momento. Lord Mellifont, que parecía haber salido del hotel para fumarse un cigarro en meditación, se había detenido a cierta distancia y estaba admirando las maravillas del panorama, discernibles a pesar de la poca luz. Nosotros echamos a andar despacio en otra dirección, y al cabo Blanche continuó: «Mi idea es casi tan chocante como la suya.»
—Yo no la llamaría chocante: es hermosa.
—No hay nada más hermoso que lo chocante —replicó Blanche Adney.
—Lo ve usted desde el punto de vista profesional. Pero soy todo oídos. —Era verdad que mi curiosidad volvía a ser viva.
—Pues bien, amigo mío, si Clare Vawdrey es doble —y yo debo decir que para mí cuantos más Vawdreys haya, mejor—, aquí su señoría padece el mal contrario: no llega a ser ni uno entero.
Detuvimos el paso una vez más, simultáneamente. «No lo comprendo.»
—Ni yo. Pero se me antoja que, aunque Vawdreys haya dos, de lord Mellifont, se mire como se mire, no llega a haber uno.
Medité un momento, y luego me eché a reír. «¡Creo que ya entiendo lo que quiere decir!»
—También *usted* es un consuelo. —Ella, por desdicha, no me dio un abrazo, sino que prestamente siguió adelante—. ¿Usted le ha visto solo alguna vez?
Traté de recordar. «Sí…, ha ido a verme.»
—Pero entonces no estaba solo.
—Y *yo* he ido a verle…, a su despacho.
—¿Y él sabía que estaba usted allí?
—Naturalmente…, me anunciaron.
Ella me atravesó con la mirada como una bella conspiradora. «¡Es que *no hay* que anunciarse!» Y con esto siguió andando. Yo la seguí sin aliento. «¿Quiere decir que hay que acercársele sin que se dé cuenta?»
—Hay que sorprenderle desprevenido. Tiene usted que ir a su habitación… sencillamente.
Aunque embelesado por cómo se iba desplegando nuestro misterio, yo estaba también, comprensiblemente, un poco confuso. «¿Cuando sepa que no está?»
—Cuando sepa que sí está.
—¿Y qué veré?
—¡No verá usted nada! —exclamó al tiempo que dábamos media vuelta.
Habíamos llegado al final de la terraza, y ese movimiento nos dejó cara a cara con lord Mellifont,

que, reanudando su paseo, esta vez nos había alcanzado sin indiscreción. Verle en aquel momento fue esclarecedor, y puso en marcha un largo tren de asociaciones que enlazaba con la impresión general que uno tenía del personaje. Así, sonriéndonos y agitando una mano experta en la noche transparente —nos presentaba el panorama como si presentara a un candidato del partido de los mismísimos Alpes—, perfilado frente a nosotros con la delicada fragancia de su cigarro y todas sus restantes delicadezas y fragancias, con más perfecciones de algún modo acumuladas sobre su hermosa testa que jamás ni en ningún sitio se hubieran visto acumuladas, se me apareció tan esencialmente, tan conspicua y uniformemente como el prototipo de la figura pública, que en un destello leí la respuesta al enigma de Blanche. Lord Mellifont era todo público y carecía de la correspondiente vida privada, así como Clare Vawdrey era todo privado y carecía de la correspondiente vida pública. Sólo había oído a medias la historia que tenía que contarme mi acompañante, pero al reunirnos con lord Mellifont —nos había seguido porque le agradaba Blanche Adney. pero tratándose de él siempre había que entender no que buscase compañía, sino que la aceptaba—, al participar con Blanche durante media hora de las riquezas distribuidas de su discurso, sentí con descarada duplicidad que le habíamos descubierto, como quien dice. Me divirtió aún más aquel revuelo del telón con que la actriz acababa de obsequiarme de lo que me había divertido mi propio descubrimiento; si no me dio vergüenza compartir con ella su secreto, como no me la daba haber dividido el mío con ella —aunque el mío era, de los dos misterios, el más glorioso para el personaje en cuestión—, fue porque en mi ventaja no había crueldad, sino al revés, una ternura extrema y una sincera compasión. Ah, conmigo estaba seguro lord Mellifont, y además me sentía rico y esclarecido, como si de golpe tuviera el universo en la faltriquera. Había aprendido hasta qué punto una gran apariencia puede ser cosa del lugar y del momento. Sin duda sería demasiado decir que siempre había sospechado la posibilidad, en el fondo del ser de su señoría, de un ejemplo tan hermoso; pero es un hecho cierto, al menos, por más que pueda sonar a superioridad, que había sido consciente de tener hacia él ciertas reservas de indulgencia.

Le había compadecido secretamente por lo perfecto de su actuación, me había preguntado qué rostro vacío tendría que cubrirse con una máscara así, qué le quedaría para esas horas inmitigables en que un hombre se sienta a estar consigo mismo, o, lo que es aún más serio, con ese yo más intenso que es su legítima esposa. ¿Cómo sería en casa y qué haría cuando estuviera solo? Había algo en lady Mellifont que daba sentido a esas indagaciones —algo que sugería que hasta con ella tenía que seguir siendo el personaje público, y ella que debatirse en interrogaciones similares. Jamás las había aclarado: ése era su eterno mal. Por lo tanto sabíamos nosotros más que ella, Blanche Adney y yo; pero no se lo íbamos a contar por nada del mundo, ni ella probablemente nos lo habría agradecido. Prefería la relativa grandeza de la incertidumbre. No estaba en casa con él, así que no podía decir nada; y estando ella él no estaba solo, así que él no se lo podía mostrar. Para su mujer actuaba, visto por sus criados era un gran hombre, y lo que uno habría querido saber era qué quedaba realmente de él cuando no había ningún par de ojos para verle— ni a fortiori ningún alma para admirarle. Era de suponer que se relajaría y descansaría; pero ¡qué vacuidad tan absoluta no haría falta para reparar semejante plenitud de presencia!… ¡qué entreacto tan intenso para posibilitar nuevas representaciones de la misma clase! A lady Mellifont el orgullo la impedía fisgar, y como nunca

había mirado por el ojo de la cerradura se mantenía en su dignidad y en su desasosiego.
Pudo ser fantasía mía que Blanche Adney hiciera explayarse a nuestro acompañante, o pudo ser que la ironía práctica de nuestra relación con él en tal momento me hiciera verle con mayor vividez: el hecho es que nunca se me había aparecido tan diferente de como habría sido si no le hubiéramos ofrecido un reflejo de su imagen. Éramos sólo dos en la concurrencia, pero jamás se había mostrado más público. Nunca fuera más perfecto su perfecto porte, nunca más notable su notable tacto, nunca más atestiguada su única *raison d'être* concebible, la singularidad absoluta de su identidad. Yo tenía una sensación tácita como si todo fuera a salir en la prensa del día siguiente, con editoriales, y también otra secretamente vigorizante de saber algo que no saldría, que no podría salir nunca, aunque un periódico emprendedor me hubiera dado una fortuna a cambio. Tengo que añadir que a pesar de mi disfrute —que era casi sensual, como el de un manjar consumado o un placer sin precedentes— ansiaba estar de nuevo a solas con Blanche, que me debía una anécdota. Fue imposible aquella noche, porque algunos de los otros salieron a ver qué era lo que encontrábamos tan absorbente; y después lord Mellifont pidió un poco de música al violinista, que sacó el violín y tocó divinamente para nosotros, en nuestra plataforma de ecos, frente a los espectros de las montañas. Antes de que acabase el concierto eché en falta a nuestra actriz, y mirando a la ventana del salón la vi allí instalada con Vawdrey, que leía un manuscrito.
Al parecer se había logrado la gran escena, y de fijo que para Blanche sería tanto más interesante por las nuevas luces que le habían llegado sobre su autor. Consideré discreto no estorbarles, y me fui a la cama sin volverla a ver. A la mañana siguiente la busqué muy temprano, y, como el día prometía ser bueno, le propuso ir al monte, recordándole la solemne obligación que había asumido. Ella reconoció la obligación y me hizo la merced de su compañía, pero no habíamos subido diez yardas por el desfiladero cuando prorrumpió con vehemencia: «¡Amigo mío, no se figura usted cómo estoy con eso! No puedo pensar en otra cosa.»
—¿Su teoría sobre lord Mellifont?
—¡Déjese de lord Mellifont! Hablo de la de usted sobre Vawdrey, que como persona es con mucho el más interesante de los dos. Me tiene fascinada esa visión de su… ¿cómo lo llamaríamos?
—¿Su identidad alterna?
—Su otro yo; es más fácil de decir.
—¿La acepta usted entonces, la adopta? —¿Adoptarla? ¡Me embelesa! Anoche la vi con absoluta vividez.
—¿Mientras Vawdrey le leía?
—Sí, mientras le escuchaba, le observaba.
Eso lo simplificaba todo, lo explicaba todo.
Me alcé a recoger el triunfo. «Ahí está la gracia. ¿La escena es muy buena?»
—Es magnífica, y él lee soberanamente.
—¡Casi tan bien como escribe el otro! —reí.
Esto la hizo detenerse un momento, apoyando una mano en mi brazo. «¡Ha retratado usted exactamente mi impresión! Sentí que me estaba leyendo la obra de otro.»
—De una manera que era hacerle al otro un servicio tan grande —convine.

—De otra persona absolutamente distinta —dijo Blanche. Hablamos de esa diferencia mientras seguíamos andando, y de qué caudal constituía, qué fuente de recursos para la vida, aquella duplicación de la personalidad.
—Le hará vivir el doble que los demás —observé.
—¿A cuál de los dos le hará vivir?
—Pues a los dos; porque al fin y al cabo son socios de una empresa, y ninguno podría llevar adelante el negocio sin el otro. Además, la mera supervivencia sería terrible para cualquiera de los dos.
Ella guardó silencio un poco; luego exclamó: «¡No sé…, a mí sí me gustaría que sobreviviera!»
—¿Puedo yo ahora preguntar cuál?
—Si no lo adivina no seré yo quien se lo diga.
—Conozco el corazón de las mujeres. Ustedes siempre prefieren al otro.
Volvió a detenerse, mirando en torno. «Aquí, a distancia de mi marido, se lo puedo decir. ¡Estoy enamorada de él!»
—Desdichada, ese hombre no tiene pasiones —le respondí.
—Por eso exactamente le adoro. ¿Acaso una mujer con mi historial no sabe que las pasiones de los demás son insoportables? A una actriz, pobrecilla, no le puede interesar ningún amor que no esté todo de *su* parte; no se puede dar el lujo de ser correspondida. Mi matrimonio lo demuestra: una unión bonita, una unión afortunada como la nuestra, sale ruinosa. ¿Sabe usted qué era lo que yo tenía en la cabeza anoche, mientras Vawdrey me leía esos hermosos parlamentos? Un deseo irracional de ver al autor. —Y dramáticamente, como para ocultar su vergüenza, Blanche Adney siguió adelante.
—Ya lo arreglaremos —le repliqué—. Yo también pretendo echarle otra ojeada. Pero entretanto le recuerdo que llevo más de cuarenta y ocho horas esperando las pruebas que avalen ese retrato, intensamente sugestivo y verosímil, que me ha hecho usted de la vida privada de lord Mellifont.
—Bah, no me interesa lord Mellifont.
—Ayer sí le interesaba —dije.
—Sí, pero era antes de enamorarme. Usted me lo borró del pensamiento con *su* historia.
—Hará que me arrepienta de habérsela contado. Vamos —le rogué—, si no me dice cómo se le ocurrió esa idea me voy a quedar pensando que se la ha sacado de la cabeza.
—Está bien, pero déjeme hacer memoria mientras paseamos por este aterciopelado desfiladero.
Estábamos a la entrada de un encantador valle de trazado sinuoso, de cuyo llano suelo formaba parte el cauce de un riachuelo que corría liso y veloz. Por allí nos internamos, y el blando caminar junto a la clara corriente nos fue llevando cada vez más lejos; hasta que de improviso, según seguíamos y yo esperaba que mi acompañante recordase, un recodo de la hoz nos presentó a la vista a lady Mellifont, que venía hacia nosotros. Venía sola, bajo el dosel de su sombrilla, arrastrando sobre la hierba la enlutada cola de su vestido; y con aquel aspecto, por aquellos tortuosos derroteros, componía una aparición bastante extraña. Casi siempre salía acompañada de un lacayo que marchaba tras ella por los caminos de montaña, y cuya librea llamaba la atención de los rudos rústicos. Al vernos se sonrojó, como si tuviera que justificar su presencia en aquel sitio; rió vagamente y dijo haber salido sólo por dar un paseíto mañanero. Los tres nos detuvimos intercambiando obviedades, y lady Mellifont nos comentó que había esperado encontrarse con su marido.

—¿Está por esta parte? —pregunté yo.
—Me figuraba que estaría. Salió a pintar hace una hora.
—¿Le ha estado usted buscando? —preguntó Blanche.
—Un poco; no mucho —dijo lady Mellifont.
Cada una de las dos posó sus ojos con cierta intensidad, o así me lo pareció, en los de la otra. «Nosotros le buscaremos *por usted*, si quiere», dijo Blanche.
—No tiene importancia. Se me ocurrió reunirme con él.
—No pintará si no la tiene a usted —apuntó mi acompañante.
—Quizá sí si les tiene a ustedes —dijo lady Mellifont.
—Seguro que aparece —tercié yo.
—¡Si sabe que estamos aquí, desde luego! —apostilló Blanche.
—¿Quiere usted esperar mientras le buscamos? —le pregunté a lady Mellifont.
Ella reiteró que no tenía la menor importancia; ante lo cual Blanche insistió: «Nos ocuparemos del caso, será un placer.»
—Que tengan ustedes un paseo agradable —dijo su señoría, y ya se apartaba cuando yo quise saber si debíamos decirle a su esposo que ella estaba en las cercanías—. ¿Qué le he seguido? —Lo pensó un momento, y luego soltó extrañadamente—: Mejor no. —Con esas palabras se separó de nosotros, y su figura se fue flotando por la cañada con cierta rigidez.
Mi acompañante y yo contemplamos su retirada; tras de lo cual intercambiamos una mirada intensa, y de los labios de la actriz escapó el leve fantasma de una carcajada. «¡Cualquiera diría que va por los jardines de Mellifont!»
Yo tenía mi visión. «Es que tiene la sospecha.»
—Y no quiere que él lo descubra. No habrá dibujo.
—A no ser que nosotros le sorprendamos —sugerí—. En ese caso le encontraremos haciéndolo, en la actitud más airosa y tradicional, y lo raro es que será excelente.
—Dejémosle…, que vuelva a casa sin él —contribuyó mi amiga.
—Él preferiría no volver. ¡Encontrará público!
—A lo mejor lo hace por las vacas —arriesgó Blanche; y ya iba yo a reprenderla por la falta de respeto cuando prosiguió—: Eso precisamente fue lo que descubrí por casualidad.
—¿De qué está hablando?
—De lo que pasó anteayer.
Me abalancé. «¡Ah, suéltelo de una vez!»
—No fue más que eso…, que me pasó como a lady Mellifont: que no fui capaz de encontrarle.
—¿Le perdió?
—Me perdió *él* a mí…, debe ser ése el proceso. Creyó que me había ido. ¡Y ahí…! —Pero se detuvo, con un gesto— es decir, con una sonrisa —que valía por mil palabras.
—Pero usted sí le encontró —dije yo sin acabar de entender—, porque volvió con él.
—Fue *él* quien me encontró a mí. Que es también lo que debe ocurrir. Está desde el momento en que sabe que hay otra persona.
—Entiendo sus intermitencias —repliqué tras breve reflexión—, pero no acabo de ver la ley que las

rige.
¡En cambio Blanche la dominaba ya! «Tiene su dificultad, pero yo la capté en ese momento. Yo había emprendido el regreso, estaba cansada y había insistido en que no volviera conmigo. Habíamos encontrado flores raras —las que llevé al hotel—, y era él el que las había descubierto casi todas. Le divertía mucho cogerlas, y yo sabía que quería coger más; pero estaba cansada y le dejé. Él me dejó marchar —¿dónde habría estado si no su tacto?—, y yo entonces, tonta de mí, no adiviné que desde el momento en que yo no estuviera no se cogerían más flores…, no se *podrían* coger. Inició el camino de vuelta, pero a los tres minutos me di cuenta de que me llevaba su navaja —me la había prestado para pelar una rama—, y sabía que le haría falta. Volví atrás unos pasos para llamarle, pero antes de decir nada le busqué con la vista. No se puede entender lo que pasó entonces sin tener delante el escenario.»
—Tiene usted que llevarme —dije.
—Aquí mismo vemos el prodigio. Sencillamente, era un sitio que no ofrecía la menor posibilidad de ocultación: una ancha ladera continua, sin obstrucciones ni oquedades ni arbustos ni árboles. Más abajo de donde yo estaba había unas peñas, tras de las cuales yo misma había desaparecido, pero de las que inmediatamente volví a salir al retroceder.
—Entonces él tuvo que verla.
—Estaba demasiado ausente, demasiado ido, ido como una vela que se extingue; vaya usted a saber por qué. Sería un momento de fatiga: porque se está haciendo viejo, y con la sensación de la soledad recuperada la reacción había sido proporcionalmente intensa, la extinción proporcionalmente completa. El caso es que aquello estaba vacío como la palma de mi mano.
—¿No podía ser que estuviera en otra parte?
—No podía estar, por el tiempo transcurrido, más que en el mismo sitio donde le dejé. Pero el sitio estaba absolutamente vacío…, como esta cañada que tenemos delante. Lord Mellifont se había disipado…, había dejado de ser. Pero no había acabado de oírse mi voz —porque le llamé por su nombre— cuando se alzó ante mí como el sol que sale por la mañana.
—¿Y por dónde salió el sol?
—Por donde tenía que salir…, justamente por donde él tendría que haber estado y yo tendría que haberle visto si fuera una persona como las demás.
Yo la había escuchado con el mayor interés, pero mi obligación era hallar objeciones.
«¿Cuánto tiempo transcurrió entre el momento en que estuvo usted segura de su ausencia y el momento en que le llamó?»
—Unos segundos nada más. No puedo decir que fuera mucho.
—¿Lo suficiente para estar realmente segura? —dije.
—¿De que no estaba?
—De eso y de que usted no se engañaba, de que no era víctima de ninguna falacia de la vista.
—Pude engañarme…, pero tengo un convencimiento muy fuerte de que no. En cualquier caso, es por eso por lo que quiero que mire usted en su habitación.
Medité un momento. «¿Cómo voy *yo* a mirar…, si ni siquiera su mujer se atreve?»
—Pero *quiere;* propóngaselo. No costaría mucho trabajo convencerla. Es verdad que sospecha.

Medité otro momento. «Y él, ¿parecía saberlo?»
—¿Que yo le había echado en falta y podía estar extrañadísima? Pensé que sí…, pero también que probablemente creería haber actuado con la suficiente rapidez. Comprenderá usted que tiene que pensar que así es…, darlo por sentado, en general. Yo me perdí…; ¿qué sabíamos ninguno?
«¿Pero por lo menos comentó usted su desaparición?»
—¡No, por Dios!… *Y pensez-vous?* Me parecía demasiado rara.
—Claro, claro. ¿Y él qué aspecto tenía?
Intentando volver a componerlo mentalmente y reconstituir su milagro, Blanche Adney dirigió una mirada distraída al valle. De pronto exclamó: «¡El mismo que ahora!», y yo vi a lord Mellifont frente a nosotros, con su álbum de apuntes. Al reunirnos con él, no le encontré ni suspicaz ni ausente: sencillamente estaba, como estaba siempre en todas partes, de elemento principal del panorama. Naturalmente no tenía ningún apunte que enseñarnos, pero nada habría podido redondear mejor la idea efectiva que teníamos de él que su manera de colocarse en situación según nos acercábamos. Había estado escogiendo el punto de vista —del cual tomó posesión con un floreo del lápiz. Se apoyaba en una peña; su bella cajita de acuarelas reposaba a su lado en una mesa natural, un saliente del ribazo que venía a demostrar cuán inveteradamente se plegaba la naturaleza a su comodidad. Pintaba mientras hablaba y hablaba mientras pintaba; la pintura era tan mezclada como la charla, y la charla habría agraciado igualmente un álbum. Nos quedamos a ver la exhibición, y casi hubiéramos dicho que los perfiles conscientes de las cumbres tenían un interés puesto en su éxito. Se tornaron negros como siluetas en un papel, recortándose contra un cielo lívido del que, no obstante, no habría nada que temer mientras el apunte de lord Mellifont no estuviera terminado. Toda la naturaleza le rendía acatamiento, y los propios elementos esperaban por él. Blanche Adney comulgaba, conmigo en silencio, y yo leía el lenguaje de sus ojos: «¡Si *nosotros* fuéramos capaces de hacerlo así de bien! En cuanto a llenar un escenario nos da ciento y raya.» Tan imposible nos habría sido dejarle como marcharnos del teatro antes de que acabara la función; pero cuando llegó el momento dimos la vuelta con él y regresamos paseando al hotel, en cuya puerta su señoría, volviendo a echar una ojeada a su pintura, arrancó del álbum la hoja fresca y se la ofreció, con pocas y acertadas palabras, a nuestra amiga. Pasó luego al interior; y un momento más tarde, levantando la vista, le vimos arriba, en la ventana de su saloncito— tenía las mejores habitaciones, —atento a los signos del tiempo.
—Después de esto tendrá que descansar —dijo Blanche, bajando los ojos a la acuarela.
—¡Ciertamente! —Yo alcé los míos hacia la ventana: lord Mellifont había desaparecido—. Ya está reabsorbido.
—¿Reabsorbido? —Vi que la actriz pensaba ya en otros temas.
—Por la inmensidad de las cosas. Se ha vuelto a eclipsar. El entreacto ha comenzado. —Debería ser largo—. Recorrió la terraza con la mirada, y como en aquel momento apareciese en la puerta el *maître*, se volvió para dirigirse a él. —¿Ha visto usted hace poco al señor Vawdrey?
El *maître* se acercó inmediatamente. «Salió hace cinco minutos…, creo que iba de paseo. Se dirigió hacia el paso; llevaba un libro.»
Yo avizoraba las amenazadoras nubes. «Mejor habría hecho en llevarse un paraguas.»
El *maître* sonrió. «Yo se lo recomendé.»

—Gracias —dijo Blanche; y el *Oberkellner* se retiró. Ella continuó bruscamente—: ¿Me hace usted un favor?
—Sí, pero a cambio de otro. Déjeme ver si ese apunte está firmado.
Blanche le echó un vistazo antes de dármelo. «Extrañamente, no.»
—Pues debería estarlo, porque así tendría todo su valor. ¿Me lo deja usted un rato?
—Sí, si usted me hace lo que yo le pida. Tome un paraguas y vaya en busca de Vawdrey.
—¿Para traérselo a Blanche Adney?
—Para tenerle fuera… todo el tiempo que pueda.
—Le tendré fuera mientras no se ponga a llover.
—¡Qué importa que llueva! —clamó mi acompañante.
—¿Le da igual que nos empapemos?
—Totalmente. —Luego, con una luz extraña en los ojos—: Voy a intentarlo.
—¿El qué?
—Ver al de verdad. ¡Si pudiera llegar hasta él! —exclamó con pasión.
—¡Inténtelo, inténtelo! —le repliqué—. Yo tendré a nuestro amigo entretenido todo el día.
—¡Si consigo llegar hasta el que lo hace todo —y se detuvo, con un brillo en los ojos—, si consigo discutirlo con él tendré otro acto, tendré el papel!
—¡Yo le entretengo a Vawdrey hasta el día del juicio! —le grité mientras ella entraba en la casa con paso rápido.
Su audacia era comunicable, y me dejó sumido en la excitación. Miré a la acuarela de lord Mellifont y miré a la tormenta que se estaba preparando; volví a dirigir los ojos hacia las ventanas de su señoría, y luego a mi reloj. Vawdrey me llevaba tan poca ventaja que tenía tiempo de alcanzarle, incluso robando cinco minutos para subir al saloncito de lord Mellifont —donde a todos se nos había recibido con hospitalidad— y decirle, en calidad de mensajero, que la señora Adney le rogaba que concediese al apunte la alta consagración de su firma. Examinando de nuevo la obra de arte, noté que ciertamente le faltaba algo: ¿qué podía ser sino tan noble autógrafo? Era mi deber reparar esa deficiencia sin pérdida de tiempo, y de acuerdo con esa idea volví a entrar al instante en el hotel. Subí a las habitaciones de lord Mellifont; llegué a la puerta de su salón. Ahí, sin embargo, me tropecé con una dificultad con la que mi euforia no había contado. Si llamaba a la puerta lo echaría todo a perder; pero ¿estaba dispuesto a prescindir de esa ceremonia? Me hice la pregunta y me azaró; le di vueltas y vueltas al cuadrito, pero no me brindaba la respuesta que yo quería. Yo quería que me dijera: «Abre la puerta suavecito, muy suavecito, sin hacer ruido, pero muy deprisa: verás entonces lo que vas a ver.» Había llegado al punto de poner la mano en el pomo cuando me di cuenta (porque tenía todos los sentidos muy alerta) de que exactamente así como yo estaba pensando —suavecito, muy suavecito, sin hacer ruido— se había movido otra puerta, y del otro lado del vestíbulo. En el mismo instante me encontré sonriendo con sonrisa bastante forzada a lady Mellifont, que al verme se había detenido en el umbral de su habitación. Por un momento, estando ella así, intercambiamos un par de ideas tanto más singulares por lo tácitas. Mutuamente nos habíamos sorprendido acechando, y en esa medida nos comprendíamos; pero al acercarme a ella —de modo que toda la anchura del vestíbulo nos separaba del saloncito— sus labios formaron una súplica casi inaudible: «¡No!» En sus

ojos conscientes vi todo lo que expresaba esa sola palabra: la confesión de su propia curiosidad y el miedo a las consecuencias de la mía. «¡No!», repitió cuando me tuvo delante. Desde el momento en que mi experimento pudiera parecerle un acto de violencia, yo estaba dispuesto a abandonarlo; pero en su rostro atemorizado me pareció sorprender una revelación aún más profunda: una posibilidad de desencanto si yo cedía. Era como si me hubiera dicho: «Se lo permito si asume usted la responsabilidad. Sí, con otra persona yo le sorprendería. Pero de ningún modo que pensara que había sido yo.»

—Encontramos en seguida a lord Mellifont —observé, aludiendo a nuestro encuentro con ella una hora antes—, y ha tenido la gentileza de regalarle este precioso apunte a la señora Adney, quien me ha pedido que subiera con el ruego de que le ponga la firma que le falta.

Lady Mellifont tomó de mis manos el apunte, y pude adivinar la lucha que se libraba en su interior mientras lo miraba. Esperó antes de decir nada: sentí entonces que todas sus delicadezas y dignidades, todas sus viejas timideces y piedades se interponían en su gran ocasión. Se apartó de mí, y llevándose el dibujo regresó a su cuarto. Estuvo ausente un par de minutos, y cuando reapareció vi que había vencido la tentación, que incluso la había huido con una especie de horror resurgente. El apunte lo había depositado en la habitación. «Si hace usted el favor de dejármelo, yo me encargaré de que sea atendida la petición de la señora Adney», dijo con gran cortesía y dulzura, pero de una manera que ponía fin a nuestro coloquio.

Asentí, con entusiasmo acaso un tanto superficial, y luego, por hacer más fácil nuestra separación, le comenté que iba a cambiar el tiempo.

—En ese caso nosotros nos iremos…, nos iremos inmediatamente —me replicó la pobre señora. Me hizo gracia el ansia con que formuló esa declaración: parecía representar una huida codiciada a buen puerto, una fuga con su secreto amenazado. Por eso me sorprendió tanto más que, al yo apartarme, me tendiera la mano para tomar la mía. Tenía el pretexto de decirme adiós, pero mientras le estrechaba la mano sobre esa hipótesis sentí que lo que realmente comunicaba aquel movimiento era: «Le agradezco la ayuda que me habría prestado, pero es mejor dejarlo estar. Si yo me enterase, ¿quién me iba a ayudar entonces?» Camino de mi cuarto en busca del paraguas, me dije: «Está segura, pero no quiere hacer la prueba.»

Un cuarto de hora más tarde había alcanzado a Clare Vawdrey en el paso, y poco después tuvimos que buscar donde guarecernos. La tormenta no sólo había acabado de prepararse, sino que al fin había estallado con violencia extraordinaria. Trepamos por una ladera hasta una cabaña desocupada, una tosca construcción que era poco más que un cobertizo para protección del ganado. Pero era un refugio aceptable, y tenía fisuras por donde podíamos ver el espectáculo, contemplar la cólera grandiosa de la naturaleza. El entretenimiento nos duró una hora —una hora que se me ha quedado en la memoria como llena de extrañas disparidades. Mientras el relámpago jugaba con el trueno y la lluvia chorreaba sobre nuestros paraguas, me dije que Clare Vawdrey era decepcionante. No sé exactamente qué habría postulado de un gran autor expuesto a la furia de los elementos, no puedo decir qué particular actitud manfrediana[3] habría esperado de mi acompañante, pero lo que sí pensé es que nunca le habría creído capaz de obsequiarme, en una situación tal, con historias— que ya me habían contado —de la celebrada lady Ring— rose. Su señoría fue el tema de conversación de

Vawdrey durante aquella escena prodigiosa, si bien antes de que llegara a su fin ya la había emprendido con Chafer, el apenas menos notorio crítico. Oír a un hombre como Vawdrey hablar de críticos me partió el alma. El relámpago proyectaba una dura claridad sobre una verdad que yo ya sabía de años, pero a la que los dos últimos días habían añadido un apoyo trascendente —la irritante certeza de que para las relaciones personales aquel genio admirable juzgaba suficientes sus recursos de segunda clase. Y *lo eran*, sin duda, para lo que era el trato social, pero había un desprecio en la distinción que no podía por menos de mortificar a un admirador. El mundo era vulgar y estúpido, y hubiera sido necedad en el gran hombre molestarse por él, pudiendo chismorrear y cenar por delegación. Aun así, se me cayó el alma a los pies viéndole practicar esa economía. No sé exactamente qué era lo que yo quería; supongo que quería que hiciera una excepción *conmigo*— conmigo sólo, airosa y tiernamente, entre la inmensa hueste de los lerdos. Casi creía que la hubiera hecho de haber sabido cómo adoraba yo su talento. Pero eso nunca se lo había yo sabido comunicar, y la aplicación de su principio fue implacable. En todo caso, más que nunca estuve seguro de que a esa hora, por lo menos, la silla de su habitación no estaría vacía: *allí* estaba la actitud manfrediana, *allí* estaban los destellos responsivos. No cabía sino envidiar a Blanche Adney por su presumible disfrute de esas cosas.

El cielo se despejó por fin, y la lluvia amainó lo suficiente para que pudiéramos salir de nuestro asilo y volver al hotel, donde al llegar nos encontramos con que nuestra prolongada ausencia había producido cierta agitación. Al parecer se creyó que la tormenta nos habría puesto en apuros. En la puerta estaban varios de nuestros amigos, que se quedaron un poco perplejos al ver que únicamente veníamos empapados. Clare Vawdrey era el que traía la mojadura mayor, no se sabía por qué, y se fue derecho a su habitación. Blanche Adney estaba entre los reunidos esperándonos, pero, al aproximarse a ella el objeto de nuestra especulación, se apartó sin saludarle siquiera; con un movimiento que yo calibré como casi de frialdad, le volvió la espalda y pasó rápidamente al salón. Mojado como estaba, yo entré tras ella; ante lo cual inmediatamente dio media vuelta y se encaró conmigo. Lo primero que vi fue que nunca había estado tan hermosa. Había en ella una luz de inspiración, y con el susurro más rápido, que era a la vez el grito más sonoro que yo jamás oyera, me espetó: «¡Tengo el papel!»

—¿Fue a su cuarto…, estaba yo en lo cierto?

—¿En lo cierto? —repitió Blanche Adney—. ¡Ay, amigo mío! —murmuró.

—¿Estaba allí…, le vio?

—Él me vio *a mí*. ¡Ha sido la gran hora de mi vida!

—Habrá sido la gran hora de la de él, si estaba usted la mitad de bella que está en este momento.

—Es maravilloso —prosiguió como si no me oyera—. ¡Es *él* el que lo hace! —Yo la escuchaba, enormemente impresionado, y añadió—: Nos hemos comprendido mutuamente.

—¿A la luz de los relámpagos?

—¡Yo no veía los relámpagos!

—¿Cuánto tiempo estuvo usted? —pregunté admirado.

—Lo suficiente para decirle que le adoro.

—¡Ah, lo que yo nunca le he podido decir! —gemí sin disimulo.

—¡Voy a tener mi papel…, voy a tener mi papel! —continuó ella con triunfal indiferencia; y salió danzando por la habitación, alegre como una niña, refrenándose sólo para decirme—: Váyase a cambiarse de ropa.

—Va a tener la firma de lord Mellifont —dije.

—¡Qué me importa a mí la firma de lord Mellifont! Es mucho más agradable que Vawdrey —prosiguió incongruentemente.

—¿Lord Mellifont? —fingí entender.

—¡Al diablo lord Mellifont! —Y Blanche Adney, desbordante de gozo, me pasó rozando para salir, nuevamente como una exhalación, por la puerta abierta. Apenas la había traspasado cuando se dio de manos a boca con su marido; y con un grito delicioso de «¡Hablábamos *de ti*, mi amor!» se arrojó sobre él y le besó.

Yo me fui a mi cuarto y me cambié, pero no salí de allí hasta la noche. La violencia de la tormenta había pasado, pero la lluvia se hizo llovizna persistente. Cuando bajé a cenar vi que el cambio de tiempo había deshecho ya nuestro grupo. Los Mellifont habían partido en un coche de cuatro caballos, otros habían seguido su ejemplo, y para la mañana había pedidos varios vehículos. Uno de ellos era el de Blanche Adney, y con la excusa de los preparativos nos dejó apenas acabada la cena. Clare Vawdrey me preguntó qué le ocurría —de repente parecía haberle tomado antipatía. No recuerdo qué respuesta le di, pero hice lo que pude por consolarle yéndome con él en el mismo coche al día siguiente. Cuando bajamos, Blanche se había evaporado; pero en Londres hicieron las paces, porque él acabó la comedia y ella la puso en escena. Debo añadir que, de todos modos, aún no le ha llegado el gran papel. Yo tengo pensado uno precioso, pero ella no viene a verme para animarme a hacerlo. Lady Mellifont deja caer una palabra amable siempre que me ve, pero eso no me consuela.

Owen Wingrave[4]

I

—¡Pero tú estás mal de la cabeza! —clamó Spencer Coyle mientras el joven lívido que tenía enfrente, un poco jadeante, repetía: «Francamente, lo tengo decidido» y «Le aseguro que lo he pensado bien». Los dos estaban pálidos, pero Owen Wingrave sonreía de un modo exasperante para su supervisor, quien aun así distinguía lo bastante para advertir en aquella mueca— era como una irrisión intempestiva —el resultado de un nerviosismo extremo y comprensible.

—No digo que llegar tan lejos no haya sido un error; pero precisamente por eso me parece que no debo dar un paso más —dijo el pobre Owen, esperando mecánicamente, casi humildemente— no quería mostrarse jactancioso, ni de hecho podía jactarse de nada, —y llevando al otro lado de la ventana, a las estúpidas casas de enfrente, el brillo seco de sus ojos.

—No sabes qué disgusto me das. Me has puesto enfermo —y, en efecto, el señor Coyle parecía abatidísimo.

—Lo lamento mucho. Si no se lo he dicho antes ha sido porque temía el efecto que iba a causarle.

—Tenías que habérmelo dicho hace tres meses. ¿Es que no sabes lo que quieres de un día al siguiente? —demandó el hombre mayor.

El joven se contuvo por un momento; luego alegó con voz temblorosa: «Está usted muy enfadado conmigo, y me lo esperaba. Le estoy enormemente reconocido por todo lo que ha hecho por mí, yo haría por usted cualquier cosa a cambio, pero eso no lo puedo hacer, ya sé que todos los demás me van a poner como un trapo. Estoy preparado…, estoy preparado para lo que sea. Eso es lo que me ha llevado cierto tiempo: asegurarme de que lo estaba. Creo que su disgusto es lo que más siento y lo que más lamento. Pero poco a poco se le pasará —remató Owen.

—¡A *ti* se te pasará más deprisa, supongo! —exclamó satíricamente el otro. No estaba menos agitado que su amigo, y evidentemente ninguno se hallaba en condiciones de prolongar un encuentro que a los dos les estaba costando sangre. El señor Coyle era «preparador» profesional; preparaba a aspirantes al ejército, no más de tres o cuatro a un tiempo, aplicándoles el irresistible impulso cuya posesión era a la vez su secreto y su tesoro. No tenía un gran establecimiento, él habría dicho que no era un negocio al por mayor. Ni su sistema, ni su salud ni su temperamento se habrían avenido a los grandes números; así que pesaba y medía a sus discípulos, y eran más los solicitantes que rechazaba que los que admitía. Era en lo suyo un artista, que sólo se interesaba por los temas escogidos y era capaz de sacrificios casi apasionados por el caso individual. Le gustaban los jóvenes fogosos— había tipos de facilidad y clases de capacidad que le dejaban indiferente, —y a Owen Wingrave le había tomado un cariño especial. La valía de aquel chico, por no hablar de su personalidad toda, tenía un tinte particular que era casi un hechizo, que en cualquier caso cautivaba. Los candidatos del señor Coyle solían hacer maravillas, y habría podido ingresar a una multitud. Su persona tenía exactamente la estatura del gran Napoleón, con una cierta chispa de genialidad en los claros ojos azules: se había

dicho de él que parecía un concertista de piano. Ahora el tono de su discípulo predilecto expresaba, ciertamente sin intención, una sabiduría superior que le irritaba. Antes la elevada opinión que Wingrave tenía de sí mismo, y que había parecido justificada por unas dotes notables, no le había molestado; pero hoy, de pronto, se le hacía intolerable. Cortó por lo sano la discusión, negándose rotundamente a dar por concluidas las relaciones que les unían, y señaló a su discípulo que le vendría bien irse a alguna parte— a Eastbourne, por ejemplo: el mar le pondría como nuevo —y tomarse unos cuantos días para pisar tierra y volver a la realidad. Podía robar ese tiempo, porque iba muy bien; cuando Spencer Coyle recordó lo bien que iba, de buena gana le habría dado de bofetadas. Aquel joven alto y atlético no era físicamente objeto recomendable para emplear con él razonamientos simplificados; pero una suavidad turbada en su apuesto semblante, índice de compunción mezclada con resolución, prácticamente venía a decir que si con eso se consiguiera algo habría presentado ambas mejillas. Evidentemente no pretendía que su sabiduría fuera superior; tan sólo la exponía como suya. Era su carrera, al fin y al cabo, lo que estaba sobre el tapete. No podía negarse a la formalidad de intentar la estancia en Eastbourne, o por lo menos de callarse, aunque algo de su actitud implicaba que si lo hacía sería, en el fondo, por darle a Coyle ocasión de recobrarse. Él no se sentía nada cansado, pero era lo más natural que, con aquella presión tremenda, el señor Coyle lo estuviera. El propio intelecto de Coyle se beneficiaría de las vacaciones de su discípulo. Coyle vio por donde iba, pero se dominó; demandó únicamente, como era su derecho, una tregua de tres días. Owen la concedió, aunque el alimentar tristes ilusiones fuera visiblemente contra su conciencia; pero antes de que se separasen el famoso instructor comentó: «De todos modos, pienso que es mi deber hablar de esto con alguien. Creo que me has dicho que tu tía había venido a Londres.»

—Así es…, está en Baker Street. Vaya usted a verla —dijo el muchacho con solicitud.

Su tutor clavó en él una mirada penetrante. «¿Le has dicho algo de esta locura?».

—Aún no…, no se lo he dicho a nadie. Me pareció lo más correcto hablar antes con usted.

—¡Ah sí, «te pareció lo más correcto»! —clamó Spencer Coyle, indignado ante los cánones de su joven amigo. Añadió que probablemente iría a visitar a la señorita Wingrave; y tras esto el joven apóstata salió de la casa.

Pero no fue para partir de inmediato hacia Eastbourne, sino para dirigir sus pasos hacia los jardines de Kensington, de donde la deseable residencia del señor Coyle —cobraba carísimo y tenía una casa espaciosa— no distaba mucho. El famoso preparador daba alojamiento a sus discípulos, y Owen había dejado dicho al mayordomo que volvería a cenar. Su sangre joven notó la tibieza del día primaveral; en el bolsillo llevaba un libro que, una vez que se hubo adentrado en los jardines y, tras un corto paseo, aposentado en una silla, sacó con ese suspiro lento y blando con que al fin se acomete un placer demorado. Estiró las largas piernas y se puso a leer; era un volumen de poesías de Goethe. Llevaba varios días en un estado de máxima tensión, y ahora, al romperse la cuerda, el alivio había sido proporcionado; pero era característico de él que esa liberación tomara la forma de un placer intelectual. Si había arrojado por la borda la probabilidad de una carrera magnífica no era para holgazanear por Bond Street ni para pregonar su indiferencia desde el ventanal de un club. Sea como fuere, a los pocos momentos se le había olvidado todo —la presión tremenda, la decepción de Coyle y hasta su temible tía de Baker Street. Si estos vigilantes le hubieran sorprendido, de fijo habrían

tenido argumentos que excusaran su exasperación. No cabía duda de que era contumaz, porque hasta en la elección de pasatiempo no hacía sino poner de manifiesto lo bien que llevaba el alemán.
—¿*Tú* sabes qué diantre le pasa? —preguntó esa tarde Spencer Coyle a Lechmere hijo, que nunca había visto al rector del establecimiento dando tan mal ejemplo de lenguaje. El joven Lechmere no era sólo condiscípulo de Wingrave; parecía ser amigo íntimo suyo, e incluso su mejor amigo, e inconscientemente le había prestado a Coyle el servicio de hacer resaltar más, por contraste, la promesa de las grandes dotes de Owen. Era de baja estatura, robusto y en general poco inspirado, y a Coyle, que no hallaba la menor diversión en creer en él, jamás le había parecido menos interesante que en aquel momento, viéndole responder con una mirada fija desde un rostro del que habría resultado tan difícil deducir que hubiese captado una idea como juzgar del almuerzo contemplando la tapadera de una fuente. Lechmere hijo ocultaba esa clase de logros como si de imprudencias juveniles se tratara. En cualquier caso, lo que era evidente era que no se le alcanzaba que pudiera haber motivos para pensar que a su compañero de estudios le pasara nada fuera de lo normal, de modo que Coyle tuvo que seguir adelante—: Se niega a presentarse. ¡Lo manda todo a paseo!
Lo primero del caso que llamó la atención de Lechmere hijo fue la frescura, como de lengua vernácula olvidada, que había comunicado al léxico del maestro. «¿No quiere ir a Sandhurst?»
—No quiere ir a ninguna parte. Renuncia al ejército. Desaprueba —dijo Coyle en tono que dejó casi sin respiración al joven Lechmere— la profesión militar.
—¡Pero si ha sido la profesión de toda su familia!
—¿Profesión? ¡Ha sido su religión! ¿Conoces a Jane Wingrave?
—Sí. ¿Verdad que es horrible? —dijo inocentemente Lechmere hijo.
Su instructor titubeó. «Es imponente, si es eso lo que quieres decir, y está bien que lo sea; porque de algún modo, en su persona, aunque sea una apacible señora soltera, representa el poderío, representa las tradiciones y las gestas del ejército británico. Representa propiedad expansiva del nombre de Inglaterra. Doy por hecho que la familia de Wingrave se le eche encima, pero sería preciso poner en juego todas las influencias. Quiero saber cuál es la tuya. ¿Puedes tú hacer algo en esta cuestión?»
—Puedo intentar decirle un par de cosas —dijo reflexivamente Lechmere hijo—. Pero Wingrave sabe mucho. Tiene unas ideas bastante curiosas.
—¿Es que te las ha contado…, te ha hecho confidencias?
—Le he oído perorar hasta por los codos —sonrió el sincero joven—. Me ha dicho que lo desprecia.
—¿*Qué* es lo que desprecia? Yo no lo entiendo.
El más consecutivo de los educandos del señor Coyle se paró a meditar un momento, como consciente de una responsabilidad.
«Pues yo creo que eso, la vida militar. Dice que tenemos una idea equivocada.»
—Pues no te lo debería decir a ti. Eso es corromper a la juventud de Atenas. Es sembrar la sedición.
—¡A mí no me hace mella! —dijo Lechmere hijo—. Tampoco me ha dicho nunca que pensara dejarlo. Siempre he creído que pensaba seguir hasta el final, sencillamente porque era su obligación. Wingrave es capaz de argumentar cualquier cosa y volverte la cabeza del revés… de eso doy fe. Pero es una verdadera lástima…; estoy seguro de que haría una gran carrera.
—Pues díselo; arguméntaselo; lucha con él…, por lo que más quieras.

—Haré lo que pueda…, le diré que es una vergüenza.
—Eso es, pulsa *esa* nota…; insiste en que sería una deshonra.
El joven miró extrañamente a Coyle. «Estoy seguro de que es incapaz de hacer nada deshonroso.»
—Sí, pero… no parecería bien. Eso es lo que hay que hacerle ver…, atacarle por ahí. Dale el punto de vista de un camarada…, de un compañero de armas.
—¡Eso creía yo que íbamos a ser! —reflexionó románticamente Lechmere hijo, muy elevado por la naturaleza de la misión que se le asignaba—. Es un gran tipo.
—¡Nadie lo pensará si se echa atrás! —dijo Spencer Coyle.
—¡Pues a *mí* que no se atrevan a decírmelo! —contestó su discípulo acalorado. Coyle reflexionó, tomando buena nota de aquel tono y consciente de que, porque así de retorcidas son las cosas, aunque este muchacho fuera un soldado nato, en torno a sus opciones no habría nunca emoción, como no fuera en el ánimo de la buena chica con quien a punto fijo se uniría plácidamente en fecha no muy lejana. «¿Le aprecias mucho…, tienes confianza en él?» La vida del joven Lechmere en aquellos tiempos se gastaba en responder a preguntas terribles, pero era la primera vez que le llovían en descarga tan cerrada. «¿Si tengo confianza? ¡Por supuesto!»
—¡Pues *sálvale*!
El pobre chico se quedó confuso, como si con esa intensidad se le obligara a entender que había más cosas en aquel ruego que las que pudieran salir a la superficie; y sin duda sentía que apenas empezaba a aprehender una situación compleja cuando un instante después, con las manos metidas en los bolsillos, repuso esperanzado pero sin arrogancia: «¡Ya verá como yo le convenzo!»

II

Antes de ver a Lechmere, Coyle había resuelto enviar un telegrama a la señorita Wingrave. Había dejado pagada la respuesta, que al serle prestamente entregada puso punto final al encuentro que acabamos de relatar. Partió Coyle inmediatamente hacia Baker Street, donde la dama había dicho que le esperaba, y cinco minutos después de llegar, sentado frente a la singular tía de Owen Wingrave, repetía varias veces, desahogando su entristecido enojo y con la infalibilidad de su experiencia: «¡Es tan inteligente…, es tan inteligente!» Había declarado que preparar a un chico así había sido un lujo.
—Claro que es inteligente; ¿qué iba a ser si no? ¡Que yo sepa, no ha habido más que un tonto en la familia! —dijo Jane Wingrave. Era ésta una alusión que Coyle podía entender, y que le recordaba otra de las razones del desengaño, de la humillación, por así llamarla, de la buena gente de Paramore, a la vez que daba ejemplo de aquella consciente rudeza que ya en otras ocasiones había

observado en su anfitriona. El pobre Philip Wingrave, hijo primogénito del difunto hermano de esta señora, era literalmente imbécil y vivía desterrado de todas las miradas; deforme, inapto para la sociedad; irrecuperable, había sido relegado a un manicomio privado, y reducido, dentro del círculo de los amigos de la familia, a pequeña leyenda lúgubre y silenciada. Todas las esperanzas de la casa, de la pintoresca Paramore, ahora residencia permanente y un tanto triste del anciano sir Philip— sus achaques le tendrían allí recluido hasta el final, —recaían por lo tanto sobre la cabeza del hermano menor, a la que la naturaleza, como arrepentida de su anterior chapucería, había hecho notablemente apuesta y colmado de marcadas y genéricas dotes. Habían sido los únicos hijos del único hijo varón del anciano, quien, como tantos de sus antepasados, había entregado su vida joven y gallarda al servicio de su país. Owen Wingrave padre había recibido la herida mortal, en combate cuerpo a cuerpo, de un sable afgano; el golpe le había hundido el cráneo. Su esposa, que a la sazón se hallaba en la India, estaba por dar a luz su tercer hijo; y cuando sobrevino el acontecimiento, en la angustia y la negrura, la criatura llegó al mundo sin vida y la madre sucumbió bajo la multiplicación de sus penas. En Inglaterra el segundo de los niñitos, que estaba en Paramore con su abuelo, pasó a ser objeto peculiar de la tutela de su tía, la única soltera; y durante aquel interesante domingo que por apremiante invitación y a pesar de sus muchos quehaceres había pasado Spencer Coyle bajo ese techo, luego de que aceptase preparar a Owen, el celebrado instructor recibió una impresión vívida de la influencia que ejercía la señorita Wingrave, en su intención al menos. Efectivamente, el observador hombrecito había conservado una imagen curiosa de aquella corta visita: la visión de una casa de tiempos del rey Jacobo, venida a menos, decrépita y notablemente tétrica, pero llena de carácter todavía y llena de cualidades para servir de marco a la figura distinguida del viejo soldado ya pacificado. Sir Philip Wingrave, reliquia más que celebridad, era un octogenario derecho, menudo y curtido, de ojos como brasas en rescoldo y estudiada cortesía. Le gustaba hacer los honores disminuidos de su casa, pero incluso cuando con mano temblorosa encendía la vela del dormitorio para un invitado entre las protestas de éste era imposible no vislumbrar, por debajo de la superficie, al viejo inmisericorde hombre de guerra. Los ojos de la imaginación podían volverse hacia su apretado pasado oriental— a episodios en los que sus escrupulosos modales sólo podían haber servido para tornarle más terrible. Tenía su leyenda… ¡y qué historias se contaban de él!

Coyle recordaba también otras dos figuras: una tal señora Julian, descolorida e inofensiva, domesticada en la casa por un sistema de visitas frecuentes como viuda de un oficial y amiga particular de la señorita Wingrave, y una muchacha de dieciocho años, notablemente despierta, que era hija de esa señora y que al especulativo visitante le pareció ya formada para otras relaciones. Era muy impertinente con Owen, y en el transcurso de un largo paseo que Coyle se había dado con el joven, y cuyo efecto fue, entre la mucha charla, consolidar su buena opinión de él, había sabido —porque Owen parloteaba confidencialmente— que la señora Julian era hermana de un caballero muy gallardo, el capitán Hume Walker, del cuerpo de Artillería, que había caído en la sublevación de la India[5], y de quien se creía que entre él y Jane Wingrave (había sido la única concesión conocida de esta dama) hubiera habido una situación delicada, que tomó un sesgo trágico. Habían estado prometidos, pero ella, cediendo a su naturaleza celosa, había roto con él y le había despachado a su destino, que fue espantoso.

Una conciencia apasionada de haberle maltratado, un remordimiento áspero y perpetuo había tomado posesión de ella desde entonces, y cuando la pobre hermana del capitán, también ella unida a un soldado, quedó casi sin recursos por un golpe aún más duro, se había consagrado inflexiblemente a una larga expiación. Había buscado consuelo en tener a la señora Julian residiendo durante gran parte del tiempo en Paramore, donde vino a hacer las veces de ama de llaves sin sueldo, aunque no sin críticas, y Spencer Coyle casi creyó ver una parte de ese consuelo en la libertad de pisotearla a placer. La impresión de Jane Wingrave no sería la más débil que cosechara en aquel domingo intensificador —una ocasión singularmente teñida para él de la sensación de luto y pena y recuerdo, de nombres nunca pronunciados, del lamento lejano de las viudas y los ecos de batallas y malas nuevas. Ciertamente ere todo muy militar, y a Coyle le hizo estremecerse un poco ante aquella profesión cuyas puertas ayudaba a franquear a unos jóvenes por lo demás inofensivos. La señorita Wingrave podía, además, agravar esa mala conciencia: tan fría y clara era la buena que miraba a Coyle desde sus ojos, hermosos y duros, y vibraba en su sonora voz.

Era persona de gran distinción, angulosa pero no desgarbada, de amplia frente y abundante cabello negro, colocado como el de quien, quizá excusablemente, se cree poseedora de una cabeza «aristocrática», y ya irregularmente veteado de blanco. Pero si para nuestro perturbado amigo representaba el genio de una raza militar no era porque tuviese andares de granadero ni vocabulario de cantinera; era tan sólo porque esas asociaciones estaban vívidamente implícitas en el hecho genérico al que su mera presencia y cada una de sus acciones y miradas y tonos aludían de forma constante y directa: la valentía suprema de su familia. Si era militar era porque venía de casta de militares y porque por nada del mundo habría sido otra cosa que lo que habían sido los Wingrave. Al hablar de sus antepasados caía casi en la vulgaridad, y el que se viera tentado a reñir con ella habría encontrado un buen pretexto en su defectuoso sentido de las proporciones. Esa tentación, sin embargo, no le decía nada a Spencer Coyle, para quien Jane Wingrave, como carácter fuerte manifestado en color y sonido, era casi un espectáculo, y que se alegraba de ver en ella una fuerza ejercida en su favor. Habría deseado que su sobrino tuviera algo más de la estrechez de miras de su tía, en lugar de aquella tendencia a contemplar las cosas en sus relaciones que era en él casi una maldición. Se preguntaba por qué, cada vez que la señorita Wingrave venía a la ciudad, escogía Baker Street para alojarse. Él nunca había conocido ni oído hablar de Baker Street como lugar residencial —no lo asociaba más que con bazares y fotógrafos.

Adivinaba en ella una indiferencia rígida hacia todo lo que no fuera la pasión de su vida. Eso era lo único que verdaderamente le importaba, y habría tomado habitaciones en Whitechapel si hubieran entrado en sus planes tácticos. Jane Wingrave había recibido a su visitante en un salón espacioso, frío y descolorido, amueblado con asientos resbaladizos y decorado con jarrones de alabastro y flores de cera. La única pequeña comodidad personal que parecía haberse procurado era un grueso catálogo de los Economatos del Ejército y la Armada, que reposaba sobre un vasto y desolado tapete de falso azul. Su clara frente —era como una pizarra de porcelana, un receptáculo para direcciones y cuentas— se había ruborizado cuando el preparador de su sobrino le comunicó la insólita noticia; pero Coyle vio que, afortunadamente, estaba más enojada que asustada. Tenía esencialmente, tendría siempre, demasiada poca imaginación para el miedo, y además la sana costumbre de plantar cara a

todo le había enseñado que las ocasiones solían encontrar en ella un contrincante nada despreciable. Veía Coyle que su único temor en la hora presente podría haber sido el de no poder impedir que su sobrino apareciese en público como un asno, o como cosa peor, y que a esa clase de aprensiones la señorita Wingrave era de hecho inasequible. Tampoco, prácticamente, podía turbarla la sorpresa; Jane Wingrave no reconocía ninguno de los sentimientos fútiles, de los sentimientos sutiles. Si Owen había hecho el tonto, aunque sólo hubiera sido por una hora, eso la enojaba; le molestaba como le habría molestado enterarse de que su sobrino declaraba deudas o se había enamorado de una muchacha de baja condición. Pero en todo enojo quedaba el dato salvador de que nadie podría tomarla a *ella* por tonta.

—Yo no recuerdo haberme tomado tanto interés por ningún otro muchacho…, creo que no lo he hecho nunca, desde que trato con ellos —dijo Coyle—. Le aprecio, tengo confianza en él. Ha sido un verdadero placer ver cómo se desenvolvía.

—¡Sé muy bien cómo se desenvuelven! —Jane Wingrave echó la cabeza atrás, con gesto tan entendido como si ante ella hubiera desfilado una hueste impetuosa de muchas generaciones con rechinar de vainas y espuelas. Spencer Coyle recogió la insinuación que ella no tenía nada que aprender de nadie acerca del porte natural de un Wingrave, y hasta se sintió convicto por las palabras que siguieron a éstas de ser, a ojos de aquella señora, con la apurada historia su contratiempo, la débil lamentación por su educando, más bien un pobre hombre—. ¡Si le aprecia —exclamó la señorita Wingrave—, haga el favor de tenerle sujeto!

Coyle empezó a explicarle que era menos sencillo de lo que ella parecía imaginar; pero comprendió que realmente Jane Wingrave entendía poco de lo que le decía. Cuanto más se le insistía en que el chico tenía una especie de independencia intelectual, más lo interpretaba como prueba concluyente de que su sobrino era un Wingrave y un soldado. Hasta que le mencionó que Owen había hablado de la carrera de las armas como cosa que estaría «por debajo» de él, hasta que aquella luz más intensa sobre la complejidad del problema fijó bruscamente su atención, no reaccionó, tras un momento de reflexión estupefacta, con un: «¡Dígale que venga a verme inmediatamente!»

—Justamente para eso quería pedirle permiso. Pero también he querido prepararla para lo peor, hacerle comprender que veo a Owen verdaderamente obstinado, y sugerirle que los argumentos más poderosos que tenga usted a su alcance —sobre todo si pudiera usted esgrimir alguno intensamente práctico— nunca estarían de más.

—Creo tener un argumento poderoso —y la señorita Wingrave miró fijamente a su visitante. No tenía éste la menor idea de qué artefacto pudiera ser, pero le rogó que lo pusiera en campaña sin demora. Prometió que el joven acudiría a Baker Street aquella misma noche, mencionando, no obstante, que él ya le había instado vivamente a marcharse a pasar un par de días en Eastbourne. Esto llevó a Jane Wingrave a inquirir, sorprendida, qué virtud podía encerrarse en ese costoso remedio, y a replicar con decisión, al decirle él: «La virtud de un pequeño descanso, un pequeño cambio, un pequeño alivio de la tensión nerviosa»: «¡Ah, no le dé caprichos…; nos está costando mucho dinero! Yo hablaré con él y le llevaré conmigo a Paramore; allí se hará con él lo que hay que hacer, y se lo devolveremos a usted corregido.»

Spencer Coyle acogió esta garantía con muestras externas de satisfacción, pero antes de despedirse

de la esforzada dama era consciente de haber tomado sobre sí una nueva preocupación: un desasosiego que le llevó a decirse, lamentándose para sus adentros: «Sí, en el fondo es un granadero, y no está dispuesta a obrar con tacto. No sé cuál será su poderoso argumento; lo que me temo es que actúe sin sentido y el chico se empecine aún más. Es mejor el viejo…, él sí sabe emplear el tacto, aunque tampoco es un volcán del todo apagado. Lo más probable es que Owen le ponga hecho una furia. En fin, es un problema que el mejor de ellos sea el chico.»

Aquella noche, a la hora de cenar, volvió a sentir que el mejor era el chico. El joven Wingrave —quien, observó complacido Coyle, aún no había partido hacia la costa— se presentó en la colación como de costumbre, con aire inevitablemente un poco consciente de sí, pero no demasiado original para Bayswater. Con toda naturalidad entabló conversación con la señora Coyle, que desde el principio le tenía por el joven más apuesto que había pasado por aquella casa; de suerte que el más incómodo de los presentes era el pobre Lechmere, que se esforzó mucho, como a instancias de la más profunda delicadeza, en no cruzar la mirada con su descarriado compañero. Spencer Coyle, sin embargo, pagaba el precio de su propia hondura con estar cada vez más preocupado; veía tan claro que había toda clase de cosas en su joven amigo que la gente de Paramore era incapaz de comprender. Ya empezaba incluso a desaprobar la idea de presionarle; a decirse que al fin y al cabo tenía derecho a pensar como quisiera; a recordar que estaba hecho de una pasta demasiado fina para manejarla con manos torpes. Era así como el fogoso preparador, entre sus percepciones caprichosas y sus complicadas solidaridades, vivía en general condenado a no instalarse cómodamente ni en sus desagrados ni en sus entusiasmos. Su amor a la verdad rigurosa no le daba nunca ocasión de disfrutarlos. Después de cenar habló a Wingrave de la conveniencia de una visita inmediata a Baker Street, y el joven, con gesto extraño, o que así se lo pareció —es decir, volviendo a sonreír con aquella terca animación al servicio de una causa equivocada que ya mostrara en la reciente entrevista de los dos—, partió para enfrentarse a la prueba. Spencer Coyle estaba seguro de que iba amedrentado, de que su tía le daba miedo, pero no veía en ello señal de pusilanimidad. Él habría ido amedrentado, bien se hacía cargo, de haber estado en la posición del pobre muchacho, y la visión de su pupilo marchando hacia la batería con paso resuelto a pesar de sus terrores era una viva estampa del temple del soldado. Más de un bravo joven se habría echado atrás ante ese especial peligro.

—¡Qué ideas tiene! —exclamó Lechmere hijo, dirigiéndose a su instructor, luego que su camarada hubo salido de la casa.

Estaba asombrado y un tanto compungido —tenía una emoción que desahogar. Antes de la cena había abordado derechamente a su amigo, como le había pedido Coyle, y le había sonsacado que sus escrúpulos se fundaban en un convencimiento aplastante de la imbecilidad— «crasa barbarie» lo llamaba —de la guerra. Su gran queja era que no se hubiera inventado nada más inteligente, y estaba resuelto a demostrar, de la única manera que podía, que él no era así de animal.

—¡Y opina que a todos los grandes generales habría habido que fusilarles, y que Napoleón Bonaparte en particular, el más grande, era un bellaco, un criminal, un monstruo tal que no hay palabras para calificarle! —replicó Coyle, completando el cuadro que le pintaba Lechmere—. Veo que te ha obsequiado exactamente con las mismas perlas de sabiduría que me ofreció a mí. Pero quiero saber qué has dicho *tú*.

—¡Yo he dicho que eso era una sarta de majaderías! —El joven Lechmere lo dijo con énfasis, y se sorprendió un poco al oír que el señor Coyle se reía, fuera de tono, ante tan justa declaración, y seguía diciendo pasado un instante:

—Es muy curioso todo eso…, no diría yo que no lleve algo de razón. ¡Pero es una pena!

—Me ha contado cuándo empezó a verlo desde ese ángulo. Hace cuatro o cinco años, leyendo un montón de cosas sobre todos los grandes y sus campañas: Aníbal y Julio César, Marlborough, Federico y Bonaparte. Es verdad que ha leído mucho, y según él eso le abrió los ojos. Dice que le invadió una ola de repugnancia. Habla de la «miseria insondable» de las guerras, y pregunta por qué las naciones no despedazan a los gobiernos, a los gobernantes que las sostienen. Al que más aborrece es al pobre Bonaparte.

—Bueno, es verdad que el pobre Bonaparte era un bellaco. Era todo un rufián —declaró inopinadamente el señor Coyle—. Pero supongo que eso no se lo habrás reconocido.

—Hombre, sí, seguro que habría cosas que decir de él, y yo me alegro mucho de que le pusiéramos de rodillas. Pero lo que le he señalado a Wingrave es que también su propio comportamiento se prestaría a muchísimos comentarios. —Y Lechmere hizo una pausa de apenas un instante antes de añadir—: Le he dicho que tendría que prepararse para lo peor.

—Por supuesto que él te habrá preguntado qué entendías tú por «lo peor» —dijo Spencer Coyle.

—Sí, me lo preguntó, ¿y sabe qué le dije? Le dije que sus escrúpulos de conciencia y su oleada de repugnancia se interpretarían como un mero pretexto. Entonces me dijo: «¿Pretexto de qué?»

—¡Ah, ahí te puso en apuros! —respondió el señor Coyle con una risilla incomprensible para su educando.

—En absoluto…, porque se lo dije.

—¿Qué le dijiste?

Una vez más, durante unos instantes, con su mirada consciente puesta en la de su instructor, el joven se hizo esperar. «Pues lo que estuvimos hablando hace unas horas. La impresión que daría de no tener… —El sincero joven titubeó de nuevo, pero lo soltó—: Temple militar, ¿no? ¿Y sabe usted qué nos contesta a eso? —continuó.

—¡Al cuerno el temple militar! —repuso prestamente el preparador.

Lechmere hijo le miró sin parpadear. El tono del señor Coyle le dejaba en la duda de si estaba atribuyendo la frase a Wingrave o formulando una opinión propia, pero exclamó: «¡Ésas han sido exactamente sus palabras!»

—Le da igual —dijo Coyle.

—Quizá. Pero no es justo que se meta con *nosotros*. Yo le he dicho que es lo mejor del mundo, y que no hay nada más espléndido que el valor y el heroísmo.

—¡Ahí eras *tú* el que le tenía pillado!

—Le he dicho que era indigno de él insultar una profesión gloriosa, magnífica. Le he dicho que no hay figura más digna que la del soldado que cumple con su deber.

—Esa es esencialmente *la tuya*, hijo mío.

—El joven Lechmere se ruborizó; no veía claro —y era un riesgo que naturalmente le resultaba inesperado— si en aquel momento no existiría principalmente para diversión de su amigo. Pero le

tranquilizó en parte la jovialidad con que ese amigo continuó, poniéndole una mano en el hombro: —¡Sigue hablándole así! Podemos conseguir algo. En cualquier caso, te lo agradezco enormemente.

Otra duda quedaba, empero, sin disipar; una duda que le impulsó a un nuevo desahogo antes de abandonar el doloroso tema: «¡Le da igual! ¡Pero es incomprensible que le dé igual!»

—Sí, pero acuérdate de lo que me decías esta tarde…, me refiero a eso de que no le aconsejarías a nadie que te viniera a ti con insinuaciones.

—¡Creo que le tumbaría de una bofetada! —dijo Lechmere hijo. Coyle se había puesto en pie; esta conversación de los dos había tenido lugar después de que la señora Coyle se retirase de la mesa, y el dueño del establecimiento, obediente a principios que formaban parte de su minuciosidad, administró a su cándido pupilo una copa de excelente clarete. El discípulo en cuestión, también en pie, remoloneó un instante, no por darle otro «tiento», como él hubiera dicho, a la garrafa, sino para secarse el microscópico bigote con prolongado e inusitado esmero. Su acompañante vio que tenía algo que decir que requería un último esfuerzo, y le esperó un momento con la mano en el pomo de la puerta. Al acercarse más Lechmere hijo, Spencer Coyle advirtió una intensidad desacostumbrada en aquella cara redonda e ingenua. El muchacho estaba nervioso, pero trataba de comportarse como un hombre de mundo—. Por supuesto que esto queda entre nosotros —tartamudeó—, y ni se me ocurriría nombrarlo ante nadie que no tuviera el interés que tiene usted por el pobre Wingrave. Pero ¿usted cree que es por zafarse? Coyle le miró por un instante con tal dureza que visiblemente se asustó de lo que había dicho. «¡Zafarse! ¿Zafarse de qué?»

—Pues de eso de lo que hablábamos… del servicio. —El joven Lechmere tragó saliva y añadió, con una falta de ingenio activo que a Spencer Coyle le pareció casi patética—: ¡De los peligros, ya me entiende!

—¿Que esté pensando en su pellejo, quieres decir?

Los ojos de Lechmere hijo se dilataron suplicantes, y lo que su instructor vio en su rosada faz —creyendo ver incluso una lágrima— fue el horror a un desengaño que sería tan espantoso como grande había sido la lealtad de la admiración.

—¿Le da…, le da mucho miedo? —repitió el sincero mozo con temblorosa zozobra.

—¡Quiá, hombre! —dijo Spencer Coyle, volviendo la espalda.

Con lo cual el joven Lechmere sintió un poco de desaire y hasta un poco de vergüenza. Pero mayor que todo eso fue su alivio.

III

Menos de una semana después Spencer Coyle recibió una nota de Jane Wingrave, que había salido inmediatamente de Londres con su sobrino. Le proponía que se acercara a Paramore el domingo siguiente —Owen estaba muy pesado. Allí, en aquella casa de ejemplos y recuerdos y en combinación con su pobre padre, que estaba «tremendamente disgustado», podría valer la pena hacer un último esfuerzo. Coyle leyó entre las líneas de esta carta que el grupo de Paramore había cubierto mucho terreno desde que la señorita Wingrave, en Baker Street, tratara como superficial su propia desesperación. No era una mujer insinuante, pero llegaba al extremo de presentar la cuestión como un favor particular que podía hacer a una familia afligida; y expresaba el placer que les daría el que fuera acompañado por la señora Coyle, para quien adjuntaba una invitación por separado. Mencionaba que iba a escribir también, a reserva de que el señor Coyle diera su aprobación, al joven Lechmere. Pensaba que un muchacho tan simpático y varonil podría hacerle algún bien a su desdichado sobrino. El celebrado preparador decidió no despreciar la ocasión; y ahora no se trataba ya de que estuviera irritado, sino alarmado. Mientras dirigía su respuesta a la carta de la señorita Wingrave se sorprendió sonriendo ante la idea de que en el fondo iba a defender a su ex pupilo más que a entregarle. A su esposa, que era una mujer rubia, frescachona y lenta— persona de mucha más presencia que él; —le recomendó tomarle la palabra a Jane Wingrave: aquella casa era un ejemplar tan extraordinario, tan fascinante de hogar inglés de otros tiempos. Esta última alusión era blandamente sarcástica— más de una vez había acusado a la buena mujer de estar enamorada de Owen Wingrave. Ella lo reconocía, se ufanaba incluso de su pasión; lo que demuestra que el tema, entre ellos, se trataba con espíritu liberal. Su esposa llevó adelante la broma aceptando la invitación con entusiasmo. A Lechmere hijo le pareció de perlas hacer lo propio; su instructor, bondadoso, dictaminó que un pequeño descanso le refrescaría de cara al último empujón.´

Si algo llamó la atención de nuestro amigo al poco tiempo de estar en la hermosa mansión fue que, en efecto, los ocupantes de Paramore se tomaban el trance muy a pecho. Esta brevísima segunda visita, que dio comienzo el sábado por la tarde, estaba llamada a constituir el episodio más extraño de su vida. Tan pronto como se halló en privado con su mujer —se habían retirado para arreglarse para la cena—, ambos se señalaron, con efusión y casi con alarma, la siniestra tristeza que impregnaba el lugar.

La casa era admirable desde su antigua fachada gris, que avanzaba en alas formando tres lados de un cuadrilátero, pero la señora Coyle no tuvo empacho en declarar que si hubiera sabido de antemano la clase de impresión que iba a hacerle jamás habría puesto el pie en ella. La calificó de «inquietante», de ambiente malsano y lóbrego, y acusó a su marido de no habérselo advertido debidamente. Él le había anticipado algunas de las apariciones que la esperaban, pero la dama aún tenía innumerables preguntas que hacerle mientras se vestía casi febrilmente. No le había dicho nada de la chica, de aquella chica increíble, Kate Julian; no le había dicho, esto es, que esa señorita, que hablando en plata era una simple paniaguada, iba a ser de hecho, y como consecuencia de su manera de estar, la persona más importante de la casa. La señora Coyle estaba ya dispuesta a proclamar que detestaba la afectación de Kate Julian. Su marido, sobre todo, no le había dicho que iban a encontrar a su joven pupilo como si le hubieran echado encima cinco años más.

—No me lo podía imaginar —dijo Spencer—, ni que fuera tan visible el carácter de la crisis que

aquí se está viviendo. Pero el otro día le sugerí a Jane Wingrave la conveniencia de presionar a su sobrino seriamente, y me ha tomado la palabra. Le han cortado los suministros…, están intentando rendirle por el hambre. No era eso lo que yo quería decir…, pero la verdad es que ya ni sé qué quería decir. Owen siente la presión, pero no cede. —Lo extraño era que, viéndose allí, el pequeño y caviloso preparador sabía todavía mejor, aunque entornase los ojos al hecho, que su propio ánimo había sucumbido a una oleada de reacción. Si estaba en aquella casa era porque estaba del lado del pobre Owen. Toda su impresión, toda su aprensión, se había tornado allí mucho más honda. Había algo en la propia resistencia del joven fanático que empezaba a encantarle. Cuando su esposa, en la intimidad de la conferencia que he citado, se quitó la máscara y encomió hasta con extravagancias la posición que había adoptado su discípulo (valía demasiado para ser un soldado horrible. Tenía la nobleza de sufrir por sus convicciones— ¿no era impávido como un joven héroe, aunque tuviera la palidez de un mártir cristiano?), la buena señora no hacía sino expresar la solidaridad que él, so capa de considerar a su ex alojado como una rara excepción, ya había reconocido en su propia alma.

Porque media hora antes, después de tomar un té superficial en la parda y vetusta sala grande de la casa, aquel indagador en las razones de las cosas le había propuesto dar un breve paseo por el exterior antes de ir a vestirse, e incluso ya en la terraza, según caminaban juntos hacia uno de los extremos, había tomado del brazo suplicantemente a su acompañante, permitiéndose así una familiaridad desacostumbrada entre discípulo y maestro, y calculada para mostrar que había adivinado de quién podía esperar más comprensión. También Spencer Coyle había adivinado algo, por lo que no le sorprendió que el chico tuviera una confidencia particular que hacerle. Había sentido al llegar que cada uno de los miembros del grupo iba a querer ser el primero en apropiarse de él, y sabía que en ese momento Jane Wingrave estaría acechando a través de la antigua borrosidad de alguna ventana —la casa había sido tan poco modernizada que los cristales, gruesos y oscuros, tenían tres siglos—, para ver si su sobrino daba trazas de estar emponzoñando el espíritu del visitante. De modo que Coyle no perdió tiempo en recordarle al joven —aunque cuidando de dar un sesgo jocoso a sus palabras— que él no había venido a Paramore para dejarse corromper. Había venido para hacer, cara a cara, un último llamamiento, que esperaba no fuese enteramente inútil. Owen sonrió tristemente según caminaban, preguntándole si le veía con el aspecto general del que va a claudicar.

—Te veo extraño…, te veo enfermo —dijo Spencer Coyle muy sinceramente. Se habían detenido al llegar al extremo de la terraza.

—He tenido que ejercitar una gran capacidad de resistencia, y eso desgasta.

—¡Ay, hijo mío, ojalá que tu gran capacidad —porque evidentemente la tienes— se ejercitara en mejor causa!

Owen Wingrave, sonriente, bajó la mirada a su pequeño pero erguido instructor. «¡Eso no me lo creo!» Y a continuación añadió, para explicar por qué: «¿Lo que usted quiere (ya que por su bondad juzga positivamente mi carácter) no es verme ejercer la mayor capacidad, en una u otra dirección? Pues así es como ejerzo más.» Reconoció haber tenido terribles sesiones con su abuelo, que le había atacado de una manera espeluznante. Él ya contaba con que no les iba a hacer ninguna gracia, pero no se figuraba que fueran a armar tal escándalo. Lo de su tía fue distinto, pero igualmente insultante. Le

habían hecho sentir que se avergonzaban de él; le acusaban de arrojar un baldón sobre su apellido. Era el único que se había echado atrás —el primero en trescientos años. En todas partes se había sabido que iba para el ejército, y ahora en todas partes se le conocería como un hipócrita que de repente fingía tener escrúpulos. Hablaban de sus escrúpulos como no se hablaría ni de un dios de los caníbales. Su abuelo le había aplicado adjetivos intolerables. «Me ha llamado…, me ha llamado…» Al llegar aquí Owen flaqueó y se le quebró la voz. No cabía aspecto más alicaído en un joven de tan espléndida salud.

—¡Me lo imagino! —dijo Spencer Coyle con una risa nerviosa.

Los ojos empañados de su acompañante, como siguiendo las últimas y extrañas consecuencias de las cosas, se posaron por un instante en un objeto lejano. Luego buscaron los suyos, y durante otro momento los sondearon profundamente. «No es verdad. No. ¡No es *eso*!»

—¡Ni yo creo que lo sea! ¿Pero tú qué propones a cambio?

—¿A cambio de qué?

—De la estúpida solución de la guerra. Para negarla tendrías que sugerir por lo menos una alternativa.

—Eso es problema de los que mandan, de los gobiernos y los consejos de ministros —dijo Owen—. Ellos encontrarían en seguida la alternativa, en cada caso particular, si se les diera a entender que de no encontrarla acabarían en la horca… y cortados en cuatro. Que lo hagan delito capital; ¡íbamos a ver si no se les aguzaba el ingenio a los ministros! —Al hablar se le iba iluminando la mirada, y su aspecto denotaba seguridad y exaltación. Coyle dio un suspiro de triste desaliento: verdaderamente era un caso de obsesión. Veía que al momento siguiente Owen le preguntaría si él también le tenía por cobarde; pero calculó con alivio que no sospechaba de él en ese sentido o se retraía de plantear la pregunta. Spencer Coyle quería demostrar confianza, pero una declaración directa de que no ponía en duda el valor de Owen sería como un cumplido demasiado grosero— sería como decirle que no ponía en duda su sinceridad. La dificultad se allanó al cabo, cuando Owen siguió diciendo: —Mi abuelo no puede deshacer el mayorazgo, pero lo único que me quedará será esta casa, que, como usted sabe, es pequeña, y que según están las rentas ha dejado de producir ingresos. Él tiene dinero… no mucho, pero de lo que hay me deshereda. Mi tía hará otro tanto…, así me lo ha comunicado. Me iba a dejar las seiscientas libras que tiene al año. Lo tenía todo dispuesto, pero ahora lo que está claro es que no veré ni un penique de eso si renuncio al ejército. Debo añadir, todo sea dicho, que yo por mi cuenta tengo trescientas libras anuales de mi madre. Y será la pura verdad si le digo que la pérdida del dinero me trae completamente al fresco.

—El joven respiró hondo y despacio, como una criatura dolorida; luego añadió: —¡No es eso lo que me preocupa!

—¿A qué te piensas dedicar entonces? —preguntó su amigo sin otro comentario.

—No lo sé…, a lo mejor a nada. A nada grande, en cualquier caso. ¡A algo pacífico!

Owen sonrió con gesto cansado, como si, en medio de su agobio, todavía pudiera apreciar el efecto humorístico de semejante declaración de labios de un Wingrave; pero lo que suscitó en su invitado, que le miraba pensando que al fin y al cabo no era en vano un Wingrave y demostraba marcial entereza bajo el fuego enemigo, fue la exasperación que semejante programa, que así expresado sólo

podía parecerles el colmo de lo ignominioso, debía haber producido en su abuelo y en su tía. «A lo mejor a nada»: ¡cuando podía continuar la gran tradición! No. Owen no era débil, y era un chico interesante; pero estaba claro que desde cierto punto de vista podía sacar de quicio. «¿Qué es, entonces, lo que te preocupa?», demandó Coyle.

—Esta casa…, hasta el aire que se respira en ella. Hay voces extrañas que parece como si me murmurasen…, como si me dijeran cosas horribles al pasar. Me refiero a la conciencia y responsabilidad generales de lo que hago. Por supuesto que para mí no ha sido fácil… ¡ni mucho menos! Le aseguro que no es ningún placer. —Con una luz en ellos que era como un anhelo de justicia, Owen volvió a bajar los ojos hacia los del pequeño preparador, y prosiguió—: He despertado a todos los viejos fantasmas. Hasta los retratos me fulminan desde las paredes. Hay uno de mi tatarabuelo (el de esa historia extraña que usted conoce…, el que está en el segundo descansillo de la escalera grande) que yo diría que hasta rebulle en el lienzo, que resopla un poco cuando paso cerca. Tengo que subir y bajar las escaleras…, ¡es bastante molesto! Es lo que mi tía llama el círculo familiar, todos sentados muy serios formando tribunal. Aquí está constituido el círculo entero, es una especie de presencia tremenda que todo lo abarca, que se prolonga hacia el pasado, y el otro día, cuando veníamos, me decía mi tía que no iba a tener yo la insolencia de decir tales cosas en mitad de él. No tuvo más remedio que decírselas a mi abuelo; pero ahora que ya están dichas me parece que no hay más que hablar. Quiero irme…; no me importa que sea para no volver.

—¡Pero *tú eres* un soldado; tienes que dar la batalla! —rió Coyle.

Esta ligereza pareció desanimar al joven; pero, según daban media vuelta para regresar por donde habían venido, él mismo sonrió débilmente tras un instante y repuso: «¡Estamos todos contaminados!»

Hicieron en silencio parte del camino hasta el viejo pórtico; entonces el mayor de los dos, deteniendo el paso tras comprobar que la distancia a la casa era suficiente para que no le oyeran, preguntó a bocajarro: «¿Qué dice Kate Julian?»

—¿Kate Julian? —Owen se había ruborizado perceptiblemente.

—Estoy seguro de que ella no habrá ocultado *su* parecer.

—Es el mismo del círculo familiar, que la incluye, naturalmente. Aparte de que ella tenga el suyo propio.

—¿Su propio parecer?

—Su propio círculo familiar.

—¿Te refieres a su madre…, esa señora tan paciente?

—Me refiero más en particular a su padre, que cayó en combate. Como su abuelo, y el padre de su abuelo, y sus tíos y sus tíos abuelos…, todos cayeron en combate.

Coyle, ahora con expresión extrañamente fija, asimiló aquella respuesta. «¿No ha sido suficiente el sacrificio de tantas vidas? ¿Por qué quiere sacrificarte a *ti*?

—¡Porque *me odia*! —declaró Owen al tiempo que reanudaban la marcha.

—¡Ah sí, el odio de las chicas guapas a los jóvenes apuestos! —exclamó Spencer Coyle.

Él no lo creía, pero su mujer sí, según se echó de ver al comentarle él la conversación mientras, de la manera que se ha dicho, ambos se vestían para la cena. La señora Coyle ya había descubierto, en la

media hora que el grupo pasó en la sala grande, que no había cosa más odiosa que el comportamiento de la señorita Julian hacia el muchacho caído en desgracia; y a juicio de esta dama había que ser ciego para no ver que dicha señorita estaba ya intentando coquetear descaradamente con Lechmere hijo. Era una pena que hubieran llevado a ese bobo: en esos momentos estaba en la sala con aquel ser. Spencer Coyle tenía otra versión —le parecía que había en juego elementos más sutiles. La posición de aquella chica en la casa era inexplicable salvo sobre la base de estar predestinada al sobrino de la señorita Wingrave. Como sobrina del infortunado novio de la propia Jane Wingrave, desde muy temprano habíale destinado esta dama la misión de cerrar, mediante su enlace con la esperanza de la estirpe, la trágica brecha que había separado a sus mayores; y si a esto se respondía que a una muchacha de temperamento no le podía hacer gracia que nadie le dijera lo que tenía que hacer en ese terreno, el perspicaz amigo de Owen tenía ya preparado el argumento de que ninguna chica en la situación de Kate Julian haría la tontería de rehusar seriamente una oportunidad tan buena. En Paramore era de la casa y se sentía segura: por lo tanto podía concederse el entretenimiento de aparentar una posibilidad de escoger. No eran más que trucos inocentes y aires de importancia. Tenía un curioso encanto, y sería vano sostener que el heredero de aquella casa pudiera parecerle poco a una chica de dieciocho años, por muy lista que fuera. La señora Coyle le recordó a su marido que precisamente su ex pupilo ya no se contaba entre los de la casa: esta cuestión había sido uno de los temas en que emplearan su ingenio después del paseo de los dos hombres por la terraza. Spencer le contó entonces a su mujer que a Owen le daba miedo el retrato de su tatarabuelo. Como no se había fijado, se lo enseñaría al bajar.

—¿Y por qué el de su tatarabuelo más que los otros?

—Porque es el más temible. Es el que a veces se aparece.

—¿Dónde? —La señora Coyle se había vuelto dando un respingo.

—Donde le encontraron muerto…, en el Cuarto Blanco, como lo llaman desde siempre.

—¿Me estás diciendo que en esta casa hay un fantasma *probado*? —chilló casi la señora Coyle—. ¿Y me traes aquí sin avisar?

—¿No te lo conté al volver de mi otra visita?

—Ni palabra. No me hablaste más que de Jane Wingrave.

—¡Pero si me impresionó mucho la historia…, será que ya no te acuerdas!

—¡Pues tu obligación era habérmelo recordado!

—Si hubiera pensado en ello no te habría dicho nada…, porque entonces no habrías venido.

—¡Más me habría valido! —clamó la señora Coyle—. Pero —preguntó inmediatamente— *¿qué* historia es ésa?

—Nada, un suceso violento que hubo aquí hace siglos. Creo que fue en tiempos de Jorge II cuando el coronel Wingrave, un antepasado de la familia, en un arrebato de ira, le propinó tal golpe en la cabeza a uno sus hijos, casi un niño, que el desdichado murió. De momento se ocultó lo sucedido y se dieron otras explicaciones. Tendieron al pobre chico en una de las habitaciones del otro lado de la casa, y apresuraron el entierro en medio de extraños rumores. Al día siguiente, cuando se reunió la familia, faltaba el coronel Wingrave; le buscaron en vano, y por fin a alguien se le ocurrió que acaso estuviera en aquel cuarto de donde habían llevado a su hijo a enterrar. Esa persona llamó a la puerta

sin recibir respuesta…, y la abrió. El infeliz yacía muerto en el suelo, vestido, como si perdiendo el equilibrio se hubiera caído de espaldas, sin una herida, ni una señal, ni nada en su aspecto que revelase lucha ni sufrimiento. Era un hombre fuerte y sano…, nada podía explicar un ataque tan fulminante. Debió de ir a aquel cuarto por la noche, antes de acostarse, movido del arrepentimiento o fascinado por el miedo. Sólo después de aquello se supo la verdad de lo del chico. Pero en ese cuarto no duerme nadie.

La señora Coyle había palidecido un tanto. «¡Cómo quieres que duerman! ¡Gracias a Dios que nos han puesto ahí a *nosotros!*»

—Estamos bastante alejados…; yo conozco el lugar del hecho.

—¿Que tú has *estado*…?

—Sólo unos momentos. Están bastante ufanos, y mi joven amigo me lo enseñó la otra vez que vine.

Su esposa le miraba sin parpadear. «¿Y cómo es?»

—No es más que una alcoba vacía y sin gracia, de estilo antiguo, espaciosa y amueblada con cosas «de época». Está forrada de maderas hasta el techo, y se ve que hace muchísimos años la madera estuvo pintada de blanco. Pero la pintura ha amarilleado con el tiempo, y en las paredes hay colgados tres o cuatro «dechados» vetustos y extraños, con su marco y su cristal.

La señora Coyle miró en derredor con un estremecimiento. «¡Me alegro de que aquí no haya dechados! ¡En la vida he oído una cosa más siniestra! Vamos a cenar.»

Al bajar la escalera su marido le mostró el retrato del coronel Wingrave: la efigie, no carente de fuerza y estilo para su época, de un señor de facciones duras y armónicas, con casaca roja y peluca. La señora Coyle dictaminó que su descendiente el anciano sir Philip se le parecía muchísimo; y su marido pensó, aunque no lo dijo, que si uno tenía la valentía de pasearse de noche por los vetustos corredores de Paramore acaso se tropezase con una figura parecida, vagando, con fantasmal desasosiego, de la mano de la figura de un muchachito espigado. Según se dirigía al salón con su esposa se sorprendió de pronto arrepentido de no haber insistido más en que su discípulo se fuera a Eastbourne. La velada, sin embargo, parecía favorable para disipar presentimientos caprichosos, pues la severidad del círculo familiar, tal como Coyle había imaginado su composición, apareció mitigada por una representación del «vecindario». El grupo de comensales estaba reforzado por dos animados matrimonios, uno de ellos el formado por el vicario y su esposa, y un joven silencioso que había venido al campo a pescar. Lo cual fue un alivio para Coyle, que ya empezaba a preguntarse qué era, en resumidas cuentas, lo que se esperaba de él y por qué habría hecho la tontería de venir, y que vio entonces que al menos durante las primeras horas no habría que abordar directamente la situación. Y no sólo esto, sino que encontró, como ya encontrara antes, ocupación bastante para su ingenio en leer los diversos síntomas de los que era expresión el cuadro social desplegado ante él. El día siguiente sería seguramente agotador: preveía la dificultad del largo y decoroso domingo, y la sequedad de las ideas de Jane Wingrave, destiladas en ardua conferencia.

Su padre y ella le harían ver que dependían de él para lo imposible, y si intentaban mezclarle en una política demasiado grosera quizá acabase dándoles su opinión sobre la misma —accidente que no era necesario para hacer de su visita una triste equivocación. De hecho el designio del viejo era evidentemente que sus amistades vieran en ella una muestra inequívoca de que no pasaba nada. La

presencia del gran instructor londinense equivalía a una profesión de fe en los resultados del examen inminente. Estaba claro, aunque ello no dejara de sorprender al visitante principal, que se había obtenido de Owen el compromiso de no hacer nada que desmintiera la aparente concordia. Dejaba pasar las alusiones a sus duros trabajos, y, callado en cuanto a sus cosas, hablaba con las señoras tan amigablemente como si nadie le hubiera repudiado.

Cuando Coyle, desde el otro lado de la mesa, sorprendió en un par de ocasiones su mirada, que dejaba entrever una pasión indefinible, halló un desconcertante patetismo en su rostro risueño: era imposible no sentir dolor ante un corderito tan visiblemente marcado para el sacrificio. «¡Demonios, qué lástima que sea tan luchador!», suspiró para sus adentros —y con una falta de lógica que era sólo superficial.

Esa idea, sin embargo, le habría absorbido más de no haber estado tan dominada su atención por Kate Julian, que ahora, teniéndola enfrente, le parecía una joven notable, y hasta posiblemente interesante. El interés no residía en ninguna gran hermosura, porque, aunque era guapa, con aquellos ojos rasgados, orientales, aquel cabello magnífico y aquella genérica originalidad descarada, Coyle había conocido otros cutis de mejor color y otras facciones que le gustaban más; el interés habitaba en una extraña impresión que daba Kate de ser exactamente la clase de persona que, dada su posición, las consideraciones vulgares, las de la prudencia y quizá hasta un poco las del decoro, le hubieran aconsejado no ser. Era lo que vulgarmente se llama un paniaguado —un ser destituido, tutelado, tolerado; pero algo en su presencia toda proclamaba que si su situación era inferior, su genio, para compensar, estaba por encima de precauciones o sumisiones. No era que fuera agresiva, no: era demasiado indiferente para eso; era sólo como si, no teniendo nada que ganar ni que perder, pudiera darse el lujo de hacer lo que le viniera en gana.

Pensaba Spencer Coyle en la posibilidad de que se estuviera jugando más cosas que las que parecía abarcar con la imaginación; fuera cual fuese esa cantidad, en fin, no había visto nunca a una mujer joven menos preocupada por andar sobre seguro. Se preguntó, inevitablemente, cómo serían las relaciones entre Jane Wingrave y una alojada así; pero ese género de preguntas eran, por supuesto, simas insondables. Acaso la aguda Kate mandase incluso sobre su protectora. Aquella otra vez que Coyle estuvo en Paramore había tenido la impresión de que, con sir Philip a su lado, la chica era capaz de luchar aunque se viera acorralada contra la pared. Kate era una diversión para sir Philip, le deleitaba, y a él le gustaba la gente intrépida; entre él y su hija, además, no había duda de quién estuviera más arriba en la escala de mando. Jane Wingrave da por sentadas muchas cosas, y más que ninguna el rigor de la disciplina y el destino del vencido y del cautivo.

Pero entre el inteligente delfín de los Wingrave y una compañera tan original de su niñez, ¿qué relación singular se habría trabado? No podía ser de indiferencia, pero partiendo de dos personas jóvenes, felices y agraciadas era todavía menos probable que fuera de aversión. No eran Pablo y Virginia, pero tenían que haber tenido su verano común y su idilio: a ninguna buena chica podía dejar de gustarle tan buen chico como no fuese por no gustarle ella a él, y ningún buen chico podía resistirse a aquella proximidad. Coyle recordaba, sí, que por lo que le había contado la señora Julian no parecía que la proximidad hubiera sido ni mucho menos constante, debido a las estancias de su hija en el colegio, y las de Owen; sus visitas a unos cuantos amigos que tenían la bondad de

«llevársela» de vez en cuando; sus temporadas en Londres —tan difíciles de organizar, pero todavía posibles con la ayuda de Dios— para «perfeccionarse» en el dibujo, en el canto, sobre todo en el dibujo, o mejor dicho en la pintura al óleo, por la que había sido muy elogiada.

Pero también había dicho la buena señora que los chicos eran enteramente como hermanos, lo cual *era* un poco, en el fondo, lo de Pablo y Virginia. La señora Coyle tenía razón, y era evidente que Virginia estaba haciendo todo lo posible por endulzarle las horas a Lechmere hijo. No había un torrente de conversación que exigiera graves esfuerzos de nuestro crítico para pensar estas cosas: el tono de la ocasión, gracias principalmente a los otros invitados, no daba pie a divagaciones: tendía a la repetición de anécdotas y a la glosa de las rentas, temas que se apretaban entre sí como animales temerosos. Juzgaba Coyle con qué intensidad ansiaban sus anfitriones que la velada transcurriera como si nada hubiera sucedido; y esto le daba la medida de su íntimo resentimiento. Antes de que acabase la cena se halló inquieto por su segundo pupilo. El joven Lechmere, desde que empezó a prepararse, había hecho todo lo que se podía esperar de él; pero eso no impedía la percepción presente de su preparador de que en los momentos relajados era inocente como un recién nacido. Coyle había ido pensando que las distracciones de Paramore seguramente le servirían de tónico, y el comportamiento del pobre muchacho confirmaba lo acertado del pronóstico. El tónico había sido inequívocamente administrado; había llegado en forma de revelación. La luz que brillaba en la faz de Lechmere hijo proclamaba, con un candor que era casi una llamada a la compasión, o cuando menos una eximente del ridículo, que jamás había conocido nada semejante a Kate Julian.

IV

Ya en el salón, después de la cena, la joven halló ocasión de abordar al ex preceptor de Owen. Se detuvo ante él un momento, sonriendo a la vez que abría y cerraba el abanico, y luego dijo bruscamente, alzando sus extraños ojos: «Sé a qué ha venido usted, pero es inútil.»

—He venido a atenderla a usted un poquito. ¿Eso es inútil?

—Es muy cortés. Pero yo no soy el tema del día. No podrá usted hacer nada con Owen.

Spencer Coyle vaciló un momento. «Y *usted*, ¿qué piensa hacer con su joven amigo?»

Ella miró en derredor, abriendo mucho los ojos. «¿Con Lechmere? ¡Pobrecito mío! Hemos estado hablando de Owen. Le admira muchísimo.»

—Y yo también, debo decirlo.

—Todos le admiramos. Por eso estamos tan desesperados.

—¿Así que usted personalmente querría que fuese militar? —preguntó el visitante.

—Tengo todas mis esperanzas puestas en ello. Adoro el ejército, y le tengo muchísimo cariño a quien fue mi amigo de la infancia —dijo Kate Julian.
Spencer recordó la distinta versión de su actitud que daba él; pero juzgó leal no discutir. «No hemos de pensar que su amigo de la infancia no le tenga cariño a usted. Por lo tanto, deseará complacerla; y no veo por qué no pueda eso arreglarse entre un par de jóvenes inteligentes como son ustedes.»
—¡Complacerme! —repitió la señorita Julian—. Lamento decirle que no manifiesta el menor deseo. Me tiene por necia y descarada. Le he dicho lo que pienso de él, y me detesta.
—¡Pero si piensa usted muy buenas cosas! Acaba de decirme que le admira.
—Su talento y sus posibilidades sí; hasta su aspecto personal, si se puede decir. Pero no su conducta en este momento.
—¿Ha hablado usted de eso con él? —preguntó Spencer.
—Ya lo creo, me he atrevido a serle franca…, porque me pareció que la ocasión lo permitía. No le podía gustar lo que le he dicho.
—¿Qué le ha dicho?
La joven, pensando un momento, volvió a abrir y cerrar el abanico. «Pues…, siendo como somos amigos de tanto tiempo… ¡le he dicho que su conducta no es ni mucho menos la de un caballero!»
Dicho esto sus ojos se cruzaron con los de Coyle, que se asomó a sus ambiguas profundidades. «¿Qué le hubiera dicho, entonces, de no existir ese vínculo?»
—¡Es curioso que *usted* lo pregunte… de esa manera! —replicó ella echándose a reír—. No comprendo su posición: ¡yo creía que lo suyo era *formar* soldados!
—Acepte mi modesta broma. Pero en el caso de Owen Wingrave no hay nada que «formar» —declaró Coyle—. A mi entender —y el pequeño preparador hizo una pausa, como consciente de incurrir en una paradoja—, a mi entender ya es, en un sentido elevado de la palabra, un luchador.
—¡Pues que lo demuestre! —exclamó ella con impaciencia y volviéndole la espalda bruscamente.
Spencer Coyle la dejó marchar; algo había en aquel tono que le molestaba, y aun que le escandalizaba un poco. Evidentemente había habido una escena violenta entre aquellos jóvenes, y la reflexión de que al fin y al cabo no era cosa de su incumbencia no hacía sino intranquilizarle más. Aquella casa era, en efecto, una casa militar, y ella en cualquier caso era una damisela que tenía puesto su ideal de hombría —porque sin duda todas las damiselas tenían sus ideales de hombría— en el tipo del guerrero consagrado. Era un gusto como otro cualquiera; pero todavía un cuarto de hora más tarde, encontrándose cerca de Lechmere, que encarnaba ese ideal, Spencer Coyle seguía estando tan molesto que abordó al inocente mozo con una cierta sequedad profesoral.
«Que conste que no estás obligado a trasnochar. No es para eso para lo que te he traído.» Los invitados a la cena se estaban despidiendo, y las velas para los dormitorios parpadeaban en significativa hilera. Pero el joven estaba muy gratamente agitado para sentir desaires: tenía una fijación feliz que le hacía sonreír casi de oreja a oreja.
—Si estoy deseando que llegue la hora de acostarse. ¿Sabe usted que hay una habitación muy animada?
Coyle dudó un instante sin recoger la insinuación; luego habló al dictado de su tensión general. «¿No te habrán puesto ahí?»

—Desde luego que no: hace siglos que nadie pasa allí la noche. Pero eso es exactamente lo que yo quiero… sería la mar de divertido.
—¿Y te has dedicado a obtener el permiso de la señorita Julian?
—Dice que *ella* no es quien lo puede dar. Pero cree en todo eso, y sostiene que hasta ahora nadie se ha atrevido.
—¡Ni se atreverá! —dijo Spencer con decisión—. Y particularmente un hombre en tu crítico estado debe pasar la noche con tranquilidad.
Lechmere hijo dio un suspiro apenado pero razonable. «Está bien. Pero ¿no me puedo quedar a darle un toque a Wingrave? Aún no he tenido ocasión.»
Coyle consultó su reloj. «Puedes fumarte un cigarrillo.»
Sintió una mano en el hombro, y volviéndose vio a su mujer echándole cera derretida sobre la chaqueta. Las señoras se iban a la cama, y era la hora oficial de sir Philip; pero la señora Coyle comunicó confidencialmente a su marido que después de oírle contar aquellos horrores se negaba en rotundo a quedarse sola en ninguna parte de la casa, aunque fuera por muy poco tiempo.
Él prometió seguirla al momento, y tras los saludos de rigor las señoras se retiraron. En Paramore se mantenían las formas con tanta bravura como si ninguna congoja ensombreciera el caserón. La única que Coyle echó en falta fue la salutación de Kate Julian, que no le dirigió ni una palabra ni una mirada; pero sí la vio mirar con dureza a Owen. Su madre, apocada y compadecida, fue al parecer la única de quien el joven recibió una inclinación de cabeza. Jane Wingrave acaudilló la marcha de las tres damas —un pequeño desfile de velas temblorosas— por la ancha escalera de roble y más allá del retrato vigilante del malhadado ancestro. Compareció el criado de sir Philip para ofrecer su brazo al anciano, que volvió una tiesa espalda al pobre Owen cuando el chico hizo un vago ademán de adelantarse a prestar ese servicio. Coyle supo más tarde que antes de que Owen cayera en desgracia había sido siempre suyo el privilegio, cuando estaba en casa, de llevar ceremoniosamente a su abuelo a descansar. Ahora sir Philip, desdeñoso, había cambiado de costumbres.
Sus habitaciones estaban en el piso bajo, y hacia ellas se fue arrastrando los pies, pero muy derecho, con la ayuda de su mayordomo, luego de fijar por un momento, significativamente, sobre el más responsable de sus visitantes aquel rayo rojo y denso, como relumbre de ascuas removidas, que hacía que sus ojos desentonaran extrañamente de la suavidad de sus modales. Fue como decirle al pobre Spencer: «¡Mañana nos las veremos con ese golfo!» Cualquiera hubiera deducido de aquella mirada que lo menos que había hecho el golfo, que en ese momento se alejaba hasta el otro extremo de la sala, era falsificar un cheque. Su amigo le contempló por un instante; le vio dejarse caer nervioso en un sillón, y levantarse en seguida con desasosiego. Este mismo movimiento volvió a llevarle a donde Coyle dictaba sus últimas órdenes al joven Lechmere.
—Me voy a la cama, y tengo particular empeño en que hagas lo que te estaba diciendo hace un momento. Te fumas un solo cigarrillo aquí con nuestro anfitrión y luego te vas a tu cuarto. Ay de ti como yo me entere de que has estado por la noche haciendo majaderías. —El joven Lechmere, con la mirada baja y las manos en los bolsillos, no decía nada— no hacía más que tirar de la esquina de una alfombra con la punta del pie; de modo que su compañero de visita, no satisfecho con promesa tan tácita, se volvió a Owen y siguió diciendo: —Wingrave, tengo que pedirte que no me tengas

levantado a un sujeto tan sensible…; es más, que le lleves a la cama y le encierres con llave—. Y como Owen le mirase un instante sin entender, aparentemente, el motivo de tanta solicitud, añadió:
—Lechmere siente una curiosidad morbosa por una de vuestras leyendas…, de vuestras habitaciones históricas. Córtasela de raíz.
—¡Ah, la leyenda no está mal, pero lo de la habitación me temo que sea un timo! —rió Owen.
—¡Tú sabes que no te crees eso que estás diciendo! —le replicó Lechmere hijo.
—Yo creo que no —Coyle observó las ráfagas de rubor sobre el rostro de Owen.
—¡Él no sería capaz de pasar allí una noche! —prosiguió su acompañante.
—Ya sé quién te lo ha dicho —dijo Owen, encendiendo torpemente un cigarrillo en la vela, sin ofrecer a ninguno de sus amigos.
—¿Y qué pasa por eso? —preguntó el más joven de éstos, un poco colorado—. ¿Las quieres *todas* para ti? —continuó en broma, hurgando en la pitillera.
Owen Wingrave se limitó a fumar en silencio; luego repitió: «Sí…, ¿qué pasa por eso? Pero ella no sabe», añadió.
—¿No sabe qué?
—¡No sabe nada!… ¡Yo le meteré en la cama! —siguió alegremente para Coyle, que vio que su presencia, ahora que había sonado cierta nota, estorbaba a los jóvenes. Sentía curiosidad, pero había discreciones y delicadezas, frente a sus discípulos, que siempre había hecho gala de practicar; escrúpulos que sin embargo no le impidieron, conforme iniciaba la marcha hacia el piso de arriba, recomendarles que no fueran borricos.
En lo alto de la escalera, para su sorpresa, se encontró con Kate Julian, que al parecer bajaba otra vez. No había empezado a desvestirse, ni el verle la desconcertó perceptiblemente. Aun así, en tono un tanto discordante del rigor con que diez minutos antes se había desentendido de él, dejó caer estas palabras: «Voy a buscar una cosa. He perdido una alhaja.»
—¿Una alhaja?
—Una turquesa de bastante valor, del broche. ¡Como es el único adorno *de verdad* que tengo el honor de poseer…! —E inició el descenso.
—¿Quiere que la ayude a buscarla? —preguntó Spencer Coyle.
Ella se detuvo unos peldaños más abajo volviendo a él sus ojos orientales. «¿No son las voces de nuestros amigos lo que se oye en la sala?»
—Ahí están los eximios jóvenes.
—Pues *ellos* me ayudarán. —Y Kate Julian siguió bajando.
Spencer Coyle estuvo tentado de seguirla, pero acordándose de su tacto marchó a reunirse con su mujer en el dormitorio. Retrasó, sin embargo, el irse a la cama, y aunque se asomó al vestidor no tuvo impulso ni para quitarse la chaqueta. Durante media hora hizo como si leyera una novela, tras de lo cual, silenciosamente aunque no sin agitación, salió del vestidor al pasillo. Siguió por el corredor hasta la puerta de la habitación que sabía que se le había asignado al joven Lechmere, y le tranquilizó hallarla cerrada. Media hora antes la había visto abierta; podía dar por hecho, pues, que el aturdido mozo se había ido a acostar. Era eso lo que había querido comprobar, que iba ya a retirarse cuando oyó un ruido en la habitación: el ocupante estaba haciendo algo, en la ventana, indicativo de que

podía llamar sin miedo a despertar a su pupilo. Salió, en efecto, a la puerta Lechmere hijo en mangas de camisa. Dejó entrar a su visitante con cierta sorpresa, y éste, cuando la puerta volvió a cerrarse, dijo: «No quiero amargarte la vida, pero me sentía en la obligación de comprobar que no te expones a excitaciones innecesarias.»

—¡Hay todas las que se quiera! —dijo el ingenuo joven—. Kate Julian volvió a bajar.

—¿En busca de una turquesa?

—Eso dijo.

—¿La encontró?

—No sé. Yo me vine. La dejé con el pobre Owen.

—Muy bien hecho —dijo Spencer Coyle.

—No sé —repitió intranquilo Lechmere—. Les dejé peleándose.

—¿Por qué?

—Yo no lo entiendo. ¡Son muy raros los dos! Spencer reflexionó. Tenía, fundamentalmente, sus principios y su alto sentido del decoro, pero lo que en aquel instante tenía en particular era una curiosidad, o mejor, llamándolo por su verdadero nombre, una solidaridad que le hizo dejarlos de lado. «¿A ti te parece que la ha tomado con él?», se permitió preguntar.

—¡Y cómo!… ¡si hasta le dice que miente!

—¿A qué te refieres?

—*Delante de mí*. Por eso les he dejado; se estaba poniendo el aire demasiado cargado. Cometí la tontería de volver a sacar el tema del cuarto maldito, y dije que sentía mucho haber tenido que prometerle a usted no ir a probar suerte.

—¡No se puede fisgar de esa manera en una casa ajena…, no se puede uno tomar esas libertades! —exclamó Coyle.

—Yo no he hecho nada…, mire qué buen soy. ¡Yo no quiero ni *acercarme!* —dijo el joven Lechmere en tono confidencial—. Kate Julian me dijo: «Ah, seguro que *tú* sí te atreverías, pero» —y en éstas se volvió hacia el pobre Owen riéndose— «sería mucho pedir de quien ha optado por una línea de conducta tan singular.» Se veía que ya había habido algo entre los dos acerca del tema…, que ella le había provocado o le había desafiado. Puede ser que lo dijera sólo en broma, pero lo que está claro es que la renuncia de Owen a la carrera había suscitado la cuestión de su…, digamos de su falta de coraje.

—¿Y Owen qué dijo?

—Al principio nada; pero después dijo muy tranquilo: «He pasado toda la noche en ese maldito cuarto.» Ante eso los dos nos quedamos de piedra, y Kate le contestó que esa historia había que contarla mejor, que había que sacarle más jugo. «No es una historia…, es una simple realidad», dijo Owen, y ella entonces, riéndose de él, le preguntó que por qué, si era verdad, no se lo había contado esta mañana, sabiendo lo que pensaba de él. «Lo sé, hija mía, pero me da igual», dijo el pobrecillo. Eso la enfureció, y le preguntó muy en serio si le daría igual saber que pensaba que estaba intentando engañarnos.

—¡Qué bruta! —exclamó Spencer Coyle.

—Es una mujer muy extraña…, yo no sé qué pretende —boqueó el joven Lechmere.

—¡Extraña tiene que ser, sí…, para andar tonteando y diciendo tonterías ante un par de disipados y a tales horas de la noche!
Pero Lechmere hizo su puntualización. «Lo digo porque yo creo que le aprecia.»
A Coyle le sorprendió tanto este inusitado síntoma de sutileza, que repuso como un rayo: «¿Y crees que él la aprecia a ella?» Lo cual produjo en su educando un súbito desaliento y un suspiro lastimero. «No lo sé… ¡me rindo!… Pero estoy seguro de que sí vio algo u oyó algo», añadió el joven.
—¿En ese lugar ridículo? ¿Por qué estás tan seguro?
—Por cómo veo a Owen. Yo creo que se tiene que notar…, en un caso así. Owen actúa como si sí hubiera habido algo.
—¿Entonces por qué no iba a decirlo?
El joven Lechmere recapacitó y encontró.
«A lo mejor es tan malo que no se puede nombrar.»
Spencer Coyle se echó a reír. «¿Y tú no te alegras de no estar metido?»
—¡Muchísimo!
—Anda, ganso, vete a la cama —dijo Spencer con renovada hilaridad nerviosa—. Pero antes dime qué respuesta ha dado Owen a la acusación de estarlos engañando.
—¡Pues llévame tú y enciérrame dentro!
—¿Y le ha llevado?
—No lo sé… yo me vine.
Coyle cruzó una larga mirada con su discípulo. «No creo que sigan estando en la sala. ¿Dónde está la habitación de Owen?»
—No tengo la menor idea.
Coyle no sabía qué hacer; estaba en la misma ignorancia, y no se podía poner a probar puertas. Aconsejó a Lechmere entregarse al sueño, y salió al corredor. Caviló si sería capaz de encontrar la habitación que Owen le había mostrado una vez, recordando que en común con muchas de las otras tenía pintado un letrero con su nombre antiguo. Pero los corredores de Paramore eran intrincados; además parte de la servidumbre estaría levantada todavía, y no quería dar la impresión de merodear sin motivo.
Regresó a su cuarto, donde la señora Coyle no tardó en advertir que su marido seguía sin poder darse al descanso. Como ella misma confesó tener por su parte, en aquel lugar terrible, una sensación acrecentada de «repeluzno», pasaron las primeras horas de la noche en conversación, e inevitablemente entretuvieron una parte de esa vigilia con el relato que hizo Coyle de su coloquio con Lechmere, y el intercambio de opiniones que él mismo suscitó. A eso de las dos la señora Coyle estaba tan preocupada por su joven amigo perseguido, y tan poseída por el temor de que aquella chica retorcida se hubiera aprovechado de la invitación de Owen para someterle a una prueba abominable, que rogó a su marido que fuera a hacer averiguaciones, aunque fuese en detrimento de su propia tranquilidad. Pero Spencer, contumaz, había acabado acomodándose, a medida que sobre ellos se tendía el perfecto silencio de la noche, en una pálida aceptación de que Owen estuviera dispuesto a arrostrar sabía Dios que impía tensión —prueba tanto más dura para una sensibilidad excitada cuanto que el pobre chico ya había aprendido, por la experiencia de la noche anterior, qué

esfuerzo tan resuelto tendría que hacer. «Yo espero que *esté* ahí— dijo a su mujer; —¡es la manera de demostrar la vileza con que le están tratando todos!» En cualquier caso, no podía comprometerse a explorar una casa que conocía tan poco. Inconsecuentemente, tampoco se preparó para acostarse. Se sentó en el vestidor con su luz y su novela— esperando que llegase la cabezada. Al cabo la señora Coyle se dio media vuelta y dejó de hablar, y al cabo también él se quedó dormido en el sillón. Cuánto tiempo estuvo durmiendo sólo lo supo después por cálculos; lo que primero supo fue que se había despertado confuso y bajo la impresión de un sonido espantoso. Su conciencia se aclaró deprisa, ayudada sin duda por un grito corroborante que salió del cuarto de su esposa. Pero Coyle no tenía oídos para su esposa; ya se había puesto en dos zancadas en el corredor. Allí el sonido se repitió: era el «¡Socorro! ¡Socorro!» de una mujer empavorecida. Venía de un sector lejano de la casa, pero indicaba suficientemente de cuál. Coyle corrió sin parar, con ruido de puertas que se abrían y voces asustadas en los oídos y la débil luz del alba en los ojos.

Al doblar el recodo de un pasillo dio ante sí con la blanca figura de una mujer desmayada sobre un banco, y al vívido fulgor de la revelación leyó sin detenerse que Kate Julian, demasiado tarde tocada su soberbia por una punzada de contrición por lo que había hecho con ánimo de burla, y viniendo a liberar a la víctima de su escarnio, había retrocedido, aplastada, ante la catástrofe que era su obra — la catástrofe que al momento siguiente él mismo contemplaba horrorizado desde el umbral de una puerta abierta. Owen Wingrave, vestido como le había visto por última vez, yacía muerto en el lugar donde encontraran a su antepasado. Tenía todo el aspecto del joven combatiente sobre el campo conquistado.

Los amigos de los amigos

Encuentro, como profetizaste, mucho de interesante, pero poco de utilidad para la cuestión delicada —la posibilidad de publicación. Los diarios de esta mujer son menos sistemáticos de lo que yo esperaba; no tenía más que la bendita costumbre de anotar y narrar. Resumía, guardaba; parece como si pocas veces dejara pasar una buena historia sin atraparla al vuelo. Me refiero, claro está, más que a las cosas que oía, a las que veía y sentía. Unas veces escribe sobre sí misma, otras sobre otros, otras sobre la combinación. Lo incluido bajo esta última rúbrica es lo que suele ser más gráfico. Pero, como comprenderás, no siempre lo más gráfico es lo más publicable. La verdad es que es tremendamente indiscreta, o por lo menos tiene todos los materiales que harían falta para que yo lo fuera. Observa como ejemplo este fragmento que te mando después de dividirlo, para tu comodidad, en varios capítulos cortos. Es el contenido de un cuaderno de pocas hojas que he hecho copiar, que tiene el valor de ser más o menos una cosa redonda, una suma inteligible. Es evidente que estas páginas datan de hace bastantes años. He leído con la mayor curiosidad lo que tan circunstanciadamente exponen, y he hecho todo lo posible por digerir el prodigio que dejan deducir. Serían cosas llamativas, ¿no es cierto?, para cualquier lector; pero ¿te imaginas siquiera que yo pusiera semejante documento a la vista del mundo, aunque ella misma, como si quisiera hacerle al mundo ese regalo, no diera a sus amigos nombres ni iniciales? ¿Tienes tú alguna pista sobre su identidad? Le cedo la palabra.

I

Sé perfectamente, por supuesto, que yo me lo busqué; pero eso ni quita ni pone. Yo fui la primera persona que le habló de ella: ni tan siquiera la había oído nombrar. Aunque yo no hubiera hablado, alguien lo habría hecho por mí; después traté de consolarme con esa reflexión. Pero el consuelo que dan las reflexiones es poco: el único consuelo que cuenta en la vida es no haber hecho el tonto. Esa es una bienaventuranza de la que yo, desde luego, nunca gozaré. «Pues deberías conocerla y comentarlo con ella», fue lo que le dije inmediatamente. «Sois almas gemelas.» Le conté quién era, y le expliqué que eran almas gemelas porque, si él había tenido en su juventud una aventura extraña, ella había tenido la suya más o menos por la misma época. Era cosa bien sabida de sus amistades —cada dos por tres se le pedía que relatara el incidente—. Era encantadora, inteligente, guapa, desgraciada; pero, con todo eso, era a aquello a lo que en un principio había debido su celebridad.

Tenía dieciocho años cuando, estando de viaje por no sé dónde con una tía suya, había tenido una visión de su padre en el momento de morir. Su padre estaba en Inglaterra, a una distancia de cientos de millas y, que ella supiera, ni muriéndose ni muerto. Ocurrió de día, en un museo de una gran ciudad extranjera. Ella había pasado sola, adelantándose a sus acompañantes, a una salita que contenía una obra de arte famosa, y que en aquel momento ocupaban otras dos personas. Una era un vigilante anciano; a la otra, antes de fijarse, la tomó por un desconocido, un turista. No fue consciente sino de que tenía la cabeza descubierta y estaba sentado en un banco. Pero en el instante en que puso los ojos en él vio con asombro a su padre, que, como si llevara esperándola mucho tiempo, la miraba con inusitada angustia y con una impaciencia que era casi un reproche. Ella corrió hacia él, gritando descompuesta: «¿Papá, qué te pasa?»; pero a esto siguió una demostración de sentimiento todavía más intenso al ver que ante ese movimiento su padre se desvanecía sin más, dejándola consternada entre el vigilante y sus parientes, que para entonces ya la habían seguido. Esas personas, el empleado, la tía, los primos, fueron pues, en cierto modo, testigos del hecho —del hecho, al menos, de la impresión que había recibido; y hubo además el testimonio de un médico que atendía a una de las personas del grupo y a quien se comunicó inmediatamente lo sucedido. El médico prescribió un remedio contra la histeria pero le dijo a la tía en privado: «Espere a ver si no ocurre nada en su casa.» Sí había ocurrido algo: el pobre padre, víctima de un mal súbito y violento, había fallecido aquella misma mañana. La tía, hermana de la madre, recibió en el día un telegrama en el que se le anunciaba el suceso y se le pedía que preparase a su sobrina. Su sobrina ya estaba preparada, y ni que decir tiene que aquella aparición dejó en ella una huella indeleble. A todos nosotros, como amigos suyos, nos había sido transmitida, y todos nos la habíamos transmitido unos a otros con cierto estremecimiento. De eso hacía doce años, y ella, como mujer que había hecho una boda desafortunada y vivía separada de su marido, había cobrado interés por otros motivos; pero como el apellido que ahora llevaba era un apellido frecuente, y como además su separación judicial apenas era distinción en los tiempos que corrían, era habitual singularizarla como «ésa, sí, la que vio al fantasma de su padre».

En cuanto a él, él había visto al de su madre…, ¡qué más hacía falta! Yo no lo había sabido hasta esta ocasión en que nuestro trato más íntimo, más agradable, le llevó, por algo que había salido en nuestra conversación a mencionarlo y con ello a inspirarme el impulso de hacerle saber que tenía un rival en ese terreno —una persona con quien comparar impresiones. Más tarde, esa historia vino a ser para él, quizá porque yo la repitiese indebidamente, también una cómoda etiqueta mundana; pero no era con esa referencia como me lo habían presentado un año antes. Tenía otros méritos, como ella, la pobre, también los tenía. Yo puedo decir sinceramente que fui muy consciente de ellos desde el primer momento— que los descubrí antes de que él descubriera los míos. —Recuerdo haber observado ya en aquel entonces que su percepción de los míos se avivó por esto de que yo pudiera corresponder, aunque desde luego no con nada de mi propia experiencia, a su curiosa anécdota. Databa esa anécdota, como la de ella, de una docena de años atrás: de un año en el que, estando en Oxford, por no sé qué razones se había quedado a hacer el curso «largo». Era una tarde del mes de agosto; había estado en el río. Cuando volvió a su habitación, todavía a la clara luz del día, encontró allí a su madre, de pie y como con los ojos fijos en la puerta. Aquella mañana había recibido una

carta de ella desde Gales, donde estaba con su padre. Al verle le sonrió con muchísimo cariño y le tendió los brazos, y al adelantarse él abriendo los suyos, lleno de alegría, se desvaneció. Él le escribió aquella noche, contándole lo sucedido; la carta había sido cuidadosamente conservada. A la mañana siguiente le llegó la noticia de su muerte. Aquel azar de nuestra conversación hizo que se quedara muy impresionado por el pequeño prodigio que yo pude presentarle. Nunca se había tropezado con otro caso. Desde luego que tenían que conocerse, mi amiga y él; seguro que tendrían cosas en común. Yo me encargaría, ¿verdad?— si ella no tenía inconveniente; —él no lo tenía en absoluto. Yo había prometido hablarlo con ella en la primera ocasión, y en la misma semana pude hacerlo. De «inconveniente» tenía tan poco como él; estaba perfectamente dispuesta a verle. A pesar de lo cual no había de haber encuentro —como vulgarmente se entienden los encuentros.

II

La mitad de mi cuento está en eso: de qué forma extraordinaria se vio obstaculizado. Fue culpa de una serie de accidentes; pero esos accidentes, persistiendo al cabo de los años, acabaron siendo, para mí y para otras personas, objeto de diversión con cada una de las partes. Al principio tuvieron bastante gracia, luego ya llegaron a aburrir. Lo curioso es que él y ella estaban muy bien dispuestos: no se podía decir que se mostrasen indiferentes, ni muchísimo menos reacios. Fue uno de esos caprichos del azar, ayudado, supongo, por una oposición bastante arraigada de las ocupaciones y costumbres de uno y otra. Las de él tenían por centro su cargo, su sempiterna inspección, que le dejaba escaso tiempo libre, reclamándole constantemente y obligándole a anular compromisos. Le gustaba la vida social, pero en todos lados la encontraba y la cultivaba a la carrera. Yo nunca sabía dónde podía estar en un momento dado, y a veces transcurrían meses sin que le viera. Ella, por su parte, era prácticamente suburbana: vivía en Richmond y no «salía» nunca. Era persona de distinción, pero no de mundo, y muy sensible, como se decía, a su situación. Decididamente altiva y un tanto caprichosa, vivía su vida como se la había trazado.

Había cosas que era posible hacer con ella, pero era imposible hacerla ir a las reuniones en casa ajena. De hecho éramos los demás los que íbamos, algo más a menudo de lo que hubiera sido normal, a las suyas, que consistían en su prima, una taza de té y la vista. El té era bueno; pero la vista nos era ya familiar, aunque tal vez su familiaridad no alcanzara, como la de la prima —una solterona desagradable que formaba parte del grupo cuando aquello del museo que ahora vivía con ella—, al grado de lo ofensivo.

Aquella vinculación a un pariente inferior, que en parte obedecía a motivos económicos —según ella

su acompañante era una administradora maravillosa—, era una de las pequeñas manías que le teníamos que perdonar. Otro era su estimación de lo que le exigía el decoro por haber roto con su marido. Esta era extremada —muchos la calificaban hasta de morbosa—. No tomaba con nadie la iniciativa; cultivaba el escrúpulo; sospechaba desaires, o quizá me esté mejor decir que los recordaba: era una de las pocas mujeres que he conocido a quienes esa particular posición había hecho modestas más que atrevidas. ¡La pobre, cuánta delicadeza! Especialmente marcados eran los límites que había puesto a las posibles atenciones de parte de hombres: siempre estaba pensando que su marido no hacía sino esperar la ocasión para atacar. Desalentaba, si no prohibía las visitas de personas del sexo masculino no seniles: decía que para ella todas las precauciones eran pocas.

Cuando por primera vez le mencioné que tenía un amigo al que los hados habían distinguido de la misma extraña manera que a ella, le dejé todo el margen posible para que me dijera: «¡Ah, pues tráele a verme!» Seguramente habría podido llevarle, y se habría producido una situación del todo inocente, o por lo menos relativamente simple. Pero no dijo nada de eso; no dijo más que: «Tendré que conocerle; ¡a ver si coincidimos!» Eso fue la causa del primer retraso, y entretanto pasaron varias cosas. Una de ellas fue que con el transcurso del tiempo, y como era una persona encantadora, fue haciendo cada vez más amistades, y matemáticamente esos amigos eran también lo suficientemente amigos de él como para sacarle a relucir en la conversación. Era curioso que sin pertenecer, por así decirlo, al mismo mundo, o, según una expresión horrenda, al mismo ambiente, mi sorprendida pareja hubiera venido a dar en tantos casos con las mismas personas y a hacerles entrar en el extraño coro. Ella tenía amigos que no se conocían entre sí, pero que inevitable y puntualmente le hablaban bien de él. Tenía también un tipo de originalidad, un interés intrínseco, que hacía que cada uno de nosotros la tuviera como un recurso privado, cultivado celosamente, más o menos en secreto, como una de esas personas a las que no se ve en una reunión social, a las que no todo el mundo —no el vulgo— puede abordar, y con quien, por tanto, el trato es particularmente difícil y particularmente precioso. La veíamos cada cual por separado, con citas y condiciones, y en general nos resultaba más conducente a la armonía no contárnoslo. Siempre había quien había recibido una nota suya más tarde que otro.

Hubo una necia que durante mucho tiempo, entre los no privilegiados, debió a tres simples visitas a Richmond la fama de codearse con «cantidad de personas inteligentísimas y fuera de serie».

Todos hemos tenido amigos que parecía buena idea juntar, y todos recordamos que nuestras mejores ideas no han sido nuestros mayores éxitos; pero dudo que jamás se haya dado otro caso en el que el fracaso estuviera en proporción tan directa con la cantidad de influencia puesta en juego. Realmente puede ser que la cantidad de influencia fuera lo más notable de éste. Los dos, la dama y el caballero, lo calificaron ante mí y ante otros de tema para una comedia muy divertida. Con el tiempo, la primera razón aducida se eclipsó, y sobre ella florecieron otras cincuenta mejores. Eran tan parecidísimos: tenían las mismas ideas, mañas y gustos, los mismos prejuicios, supersticiones y herejías; decían las mismas cosas y, a veces, las hacían; les gustaban y les desagradaban las mismas personas y lugares, los mismos libros, autores y estilos; había toques de semejanza hasta en su aspecto y sus facciones. Como no podía ser menos, los dos eran, según la voz popular, igual de «simpáticos» y casi igual de guapos. Pero la gran identidad que alimentaba asombros y comentarios era su rara manía de no

dejarse fotografiar. Eran las únicas personas de quienes se supiera que nunca habían «posado» y que se negaban a ello con pasión. Que no y que no —nada, por mucho que se les dijera—. Yo había protestado vivamente; a él, en particular, había deseado tan en vano poder mostrarle sobre la chimenea del salón, en un marco de Bond Street. Era, en cualquier caso, la más poderosa de las razones por las que debían conocerse —de todas las poderosas razones reducidas a la nada por aquella extraña ley que les había hecho cerrarse mutuamente tantas puertas en las narices, que había hecho de ellos los cubos de un pozo, los dos extremos de un balancín, los dos partidos del Estado, de suerte que cuando uno estaba arriba el otro estaba abajo, cuando uno estaba fuera el otro estaba dentro; sin la más mínima posibilidad para ninguno de entrar en una casa hasta que el otro la hubiera abandonado, ni de abandonarla desavisado hasta que el otro estuviera a tiro—. No llegaban hasta el momento en que ya no se les esperaba, que era precisamente también cuando se marchaban. Eran, en una palabra, alternos e incompatibles; se cruzaban con un empecinamiento que sólo se podía explicar pensando que fuera preconvenido.

Tan lejos estaba de serlo, sin embargo, que acabó —literalmente al cabo de varios años— por decepcionarles y fastidiarles. Yo no creo que su curiosidad fuera intensa hasta que se manifestó absolutamente vana. Mucho, por supuesto, se hizo por ayudarles, pero era como tender alambres para hacerles tropezar. Para poner ejemplos tendría que haber tomado notas; pero sí recuerdo que ninguno de los dos había podido jamás asistir a una cena en la ocasión propicia. La ocasión propicia para uno era la ocasión frustrada para el otro. Para la frustrada eran puntualísimos, y al final todas quedaron frustradas. Hasta los elementos se confabulaban, secundados por la constitución humana. Un catarro, un dolor de cabeza, un luto, una tormenta, una niebla, un terremoto, un cataclismo se interponían infaliblemente. El asunto pasaba ya de broma.

Pero como broma había que seguir tomándolo, aunque no pudiera uno por menos de pensar que con la broma la cosa se había puesto seria, se había producido por ambas partes una conciencia, una incomodidad, un miedo real al último accidente de todos, el único que aún podía tener algo de novedoso, al accidente que sí les reuniese. El efecto último de sus predecesores había sido encender ese instinto. Estaban francamente avergonzados —quizás incluso un poco el uno del otro—. Tanto preparativo, tanta frustración: ¿qué podía haber, después de tanto y tanto, que lo mereciera? Un mero encuentro sería mera vaciedad. ¿Me los imaginaba yo al cabo de los años, preguntaban a menudo, mirándose estúpidamente el uno al otro, y nada más? Si era aburrida la broma, peor podía ser eso. Los dos se hacían exactamente las mismas reflexiones, y era seguro que a cada cual le llegaran por algún conducto las del contrario. Yo tengo el convencimiento de que era esa peculiar desconfianza lo que en el fondo controlaba la situación. Quiero decir que si durante el primer año o dos habían fracasado sin poderlo evitar, mantuvieron la costumbre porque —¿cómo decirlo?— se habían puesto nerviosos. Realmente había que pensar en una volición soterrada para explicarse una cosa tan repetida y tan ridícula.

III

Cuando para coronar nuestra larga relación acepté su renovada oferta de matrimonio, se dijo humorísticamente, lo sé, que yo había puesto como condición que me regalara una fotografía suya. Lo que era verdad era que yo me había negado a darle la mía sin ella. El caso es que le tenía por fin, todo pimpante, encima de la chimenea; y allí fue donde ella, el día que vino a darme la enhorabuena, estuvo más cerca que nunca de verle. Con posar para aquel retrato le había dado él un ejemplo que yo la invité a seguir; ya que él había depuesto su terquedad, ¿por qué no deponía ella la suya? También ella me tenía que regalar algo por mi compromiso: ¿por qué no me regalaba la pareja? Se echó a reír y meneó la cabeza; a veces hacía ese gesto con un impulso que parecía venido desde tan lejos como la brisa que mueve una flor. Lo que hacía pareja con el retrato de mi futuro marido era el retrato de su futura mujer. Ella tenía tomada su decisión, y era tan incapaz de apartarse de ella como de explicarla. Era un prejuicio, un *entêtement*, un voto —viviría y se moriría sin dejarse fotografiar —. Ahora, además, estaba sola en ese estado: eso era lo que a ella le gustaba; le otorgaba una originalidad tanto mayor. Se regocijó de la caída de su ex correligionario, y estuvo largo rato mirando su efigie, sin hacer sobre ella ningún comentario memorable, aunque hasta le dio la vuelta para verla por detrás. En lo tocante a nuestro compromiso se mostró encantadora, toda cordialidad y cariño.

«Llevas tú más tiempo conociéndole que yo sin conocerle» dijo; «Parece una enormidad.» Sabiendo cuánto habíamos trajinado juntos por montes y valles, era inevitable que ahora descansásemos juntos. Preciso todo esto porque lo que le siguió fue tan extraño que me da como un cierto alivio marcar el punto hasta donde nuestras relaciones fueron tan naturales como habían sido siempre. Yo fui quien con una locura súbita las alteró y destruyó. Ahora veo que ella no me dio el menor pretexto, y que donde únicamente lo encontré fue en su forma de mirar aquel apuesto semblante metido en un marco de Bond Street. ¿Y cómo habría querido yo que lo mirase? Lo que yo había deseado desde el principio era interesarla por él. Y lo mismo seguí deseando —hasta un momento después de que me prometiera que esa vez contaría realmente con su ayuda para romper el absurdo hechizo que los había tenido separados—. Yo había acordado con él que cumpliera con su parte si ella triunfalmente cumplía con la suya. Yo estaba ahora en otras condiciones —en condiciones de responder por él. Me comprometía rotundamente a tenerle allí mismo a las cinco de la tarde del sábado siguiente. Había salido de la ciudad por un asunto urgente, pero jurando mantener su promesa al pie de la letra: regresaría ex profeso y con tiempo de sobra. «¿Estás totalmente segura?», recuerdo que preguntó, con gesto serio y meditabundo; me pareció que palidecía un poco. Estaba cansada, no estaba bien: era una pena que al final fuera a conocerla en tan mal estado. ¡Si la hubiera conocido cinco años antes! Pero yo le contesté que esta vez era seguro, y que, por tanto, el éxito dependía únicamente de ella. A las cinco en punto del sábado le encontraría en un sillón concreto que le señalé, el mismo en el que solía sentarse y en el que— aunque esto no se lo dije —estaba sentado hacía una semana, cuando me planteó la cuestión de nuestro futuro de una manera que me convenció. Ella lo miró en silencio, como antes había mirado la fotografía, mientras yo repetía por enésima vez que era el colmo de lo ridículo

que no hubiera manera de presentarle mi otro yo a mi amiga más querida. «¿Yo soy tu amiga más querida?», me preguntó con una sonrisa que por un instante le devolvió la belleza. Yo respondí estrechándola contra mi pecho; tras de lo cual dijo: «De acuerdo, vendré. Me da mucho miedo, pero cuenta conmigo.»

Cuando se marchó empecé a preguntarme qué sería lo que le daba miedo, porque lo había dicho como si hablara completamente en serio. Al día siguiente, a media tarde, me llegaron unas líneas suyas: al volver a casa se había encontrado con la noticia del fallecimiento de su marido. Hacía siete años que no se veían, pero quería que yo lo supiera por su conducto antes de que me lo contaran por otro. De todos modos, aunque decirlo resultara extraño y triste, era tan poco lo que con ello cambiaba su vida que mantendría escrupulosamente nuestra cita.

Yo me alegré por ella, pensando que por lo menos cambiaría en el sentido de tener más dinero; pero aún con aquella distracción, lejos de olvidar que me había dicho que tenía miedo, me pareció atisbar una razón para que lo tuviera. Su temor, conforme avanzaba la tarde, se hizo contagioso, y el contagio tomó en mi pecho la forma de un pánico repentino. No eran celos —no era más que pavor a los celos. Me llamé necia por no haberme estado callada hasta que fuéramos marido y mujer. Después de eso me sentiría de algún modo segura. Tan sólo era cuestión de esperar un mes más— cosa seguramente sin importancia para quienes llevaban esperando tanto tiempo. Se había visto muy claro que ella estaba nerviosa, y ahora que era libre su nerviosismo no sería menor. ¿Qué era aquello, pues, sino un agudo presentimiento? Hasta entonces había sido víctima de interferencias, pero era muy posible que de allí en adelante fuera ella su origen. La víctima, en tal caso, sería sencillamente yo. ¿Qué había sido la interferencia sino el dedo de la Providencia apuntando a un peligro? Peligro, por supuesto, para mi modesta persona. Una serie de accidentes de frecuencia inusitada lo habían tenido a raya; pero bien se veía que el reino del accidente tocaba a su fin. Yo tenía la íntima convicción de que ambas partes mantendrían lo pactado. Se me hacía más patente por momentos que se estaban acercando, convergiendo. Eran como los que van buscando un objeto perdido en el juego de la gallina ciega; lo mismo ella que él habían empezado a «quemarse». Habíamos hablado de romper el hechizo; pues bien, efectivamente se iba a romper —salvo que no hiciera sino adoptar otra forma y exagerar sus encuentros como había exagerado sus huidas. Fue esta idea la que me robó el sosiego; la que me quitó el sueño— a medianoche no cabía en mí de agitación. Sentí, al cabo, que no había más que un modo de conjurar la amenaza. Si el reino del accidente había terminado, no me quedaba más remedio que asumir su sucesión. Me senté a escribir unas líneas apresuradas para que él las encontrara a su regreso y, como los criados ya se habían acostado, yo misma salí destocada a la calle vacía y ventosa para echarlas en el buzón más próximo. En ellas le decía que no iba a poder estar en casa por la tarde, como había pensado, y que tendría que posponer su visita hasta la hora de la cena. Con ello le daba a entender que me encontraría sola.

IV

Cuando ella, según lo acordado, se presentó a las cinco me sentí, naturalmente, falsa y ruin. Mi acción había sido una locura momentánea, pero lo menos que podía hacer era tirar para adelante, como se suele decir. Ella permaneció una hora en casa; él, por supuesto, no apareció; y yo no pude sino persistir en mi perfidia. Había creído mejor dejarla venir; aunque ahora me parece chocante, juzgué que aminoraba mi culpa. Y aún así, ante aquella mujer tan visiblemente pálida y cansada, doblegada por la conciencia de todo lo que la muerte de su marido había puesto sobre el tapete, sentí una punzada verdaderamente lacerante de lástima y de remordimiento. Si no le dije en aquel mismo momento lo que había hecho fue porque me daba demasiada vergüenza. Fingí asombro —lo fingí hasta el final; protesté que si alguna vez había tenido confianza era aquel día. Me sonroja contarlo— lo tomo como penitencia. No hubo muestra de indignación contra él que no diera; inventé suposiciones, atenuantes; reconocí con estupor, viendo correr las manecillas del reloj, que la suerte de los dos no había cambiado. Ella se sonrió ante esa visión de su «suerte», pero su aspecto era de preocupación —su aspecto era desacostumbrado: lo único que me sostenía era la circunstancia de que, extrañamente, llevara luto— no grandes masas de crespón, sino un sencillo luto riguroso. Llevaba tres plumas negras, pequeñas, en el sombrero. Llevaba un manguito pequeño de astracán. Eso, ayudado por un tanto de reflexión aguda, me daba un poco la razón. Me había escrito diciendo que el súbito evento no significaba ningún cambio para ella, pero evidentemente hasta ahí sí lo había habido. Si se inclinaba a seguir las formalidades de rigor, ¿por qué no observaba la de no hacer visitas en los primeros días? Había alguien a quien tanto deseaba ver que no podía esperar a tener sepultado a su marido. Semejante revelación de ansia me daba la dureza y la crueldad necesarias para perpetrar mi odioso engaño, aunque al mismo tiempo, según se iba consumiendo aquella hora, sospeché en ella otra cosa todavía más profunda que el desencanto, y un tanto peor disimulada. Me refiero a un extraño alivio subyacente, la blanda y suave emisión del aliento cuando ha pasado un peligro. Lo que ocurrió durante aquella hora estéril que pasó conmigo fue que por fin renunció a él.

Le dejó ir para siempre. Hizo de ello la broma más elegante que yo había visto hacer de nada; pero fue, a pesar de todo, una gran fecha de su vida. Habló, con su suave animación, de todas las otras ocasiones vanas, el largo juego de escondite, la rareza sin precedentes de una relación así. Porque era, o había sido, una relación, ¿acaso no? Ahí estaba lo absurdo. Cuando se levantó para marcharse, yo le dije que era una relación más que nunca, pero que yo no tenía valor, después de lo ocurrido, para proponerle por el momento otra oportunidad. Estaba claro que la única oportunidad válida sería la celebración de mi matrimonio. ¡Por supuesto que iría a mi boda! Cabía incluso esperar que *él* fuera también.

«¡Si voy *yo*, no irá él!»; recuerdo la nota aguda y el ligero quiebro de su risa. Concedí que podía llevar algo de razón. Lo que había que hacer entonces era tenernos antes bien casados. «No nos servirá de nada. ¡Nada nos servirá de nada!», dijo dándome un beso de despedida. «¡No le veré jamás, jamás!» Con esas palabras me dejó.

Yo podía soportar su desencanto, como lo he llamado; pero cuando, un par de horas más tarde, le

recibí a él para la cena, descubrí que el suyo no lo podía soportar. No había pensado especialmente en cómo pudiera tomarse mi maniobra; pero el resultado fue la primera palabra de reproche que salía de su boca. Digo «reproche», y esa expresión apenas parece lo bastante fuerte para los términos en que me manifestó su sorpresa de que, en tan extraordinarias circunstancias, no hubiera yo encontrado alguna forma de no privarle de semejante ocasión. Sin duda podría haber arreglado las cosas para no tener que salir, o para que su encuentro hubiera tenido lugar de todos modos. Podían haberse entendido muy bien, en mi salón, sin mí. Ante eso me desmoroné: confesé mi iniquidad y su miserable motivo. Ni había cancelado mi cita con ella ni había salido; ella había venido y, tras una hora de estar esperándole, se había marchado convencida de que sólo él era culpable de su ausencia.

—¡Bonita opinión se habrá llevado de mí! —exclamó—. ¿Me ha llamado —y recuerdo el trago de aire casi perceptible de su pausa— lo que tenía derecho a llamarme?

—Te aseguro que no ha dicho nada que demostrara el menor enfado. Ha mirado tu fotografía, hasta le ha dado la vuelta para mirarla por detrás, donde por cierto está escrita tu dirección. Pero no le ha inspirado ninguna demostración. No le preocupas tanto.

—¿Entonces por qué te da miedo?

—No era ella la que me daba miedo. Eras tú.

—¿Tan seguro veías que me enamorase de ella? No habías aludido nunca a esa posibilidad —prosiguió mientras yo guardaba silencio—. Aunque la describieras como una persona admirable, no era bajo esa luz como me la presentabas.

—¿O sea, que si sí lo hubiera sido a estas alturas ya habrías conseguido conocerla? Yo entonces no temía nada —añadí—. No tenía los mismos motivos.

A esto me respondió él con un beso y al recordar que ella había hecho lo mismo un par de horas antes sentí por un instante como si él recogiera de mis labios la propia presión de los de ella. A pesar de los besos, el incidente había dejado una cierta frialdad, y la conciencia de que él me hubiera visto culpable de una mentira me hacía sufrir horriblemente. Lo había visto sólo a través de mi declaración sincera, pero yo me sentía tan mal como si tuviera una mancha que borrar. No podía quitarme de la cabeza de qué manera me había mirado cuando hablé de la aparente indiferencia con que ella había acogido el que no viniera. Por primera vez desde que le conocía fue como si pusiera en duda mi palabra. Antes de separarnos le dije que la iba a sacar del engaño: que a primera hora de la mañana me iría a Richmond, y le explicaría que él no había tenido ninguna culpa. Iba a expiar mi pecado, dije; me iba a arrastrar por el polvo; iba a confesar y pedir perdón. Ante esto me besó una vez más.

V

En el tren, al día siguiente, me pareció que había sido mucho consentir por su parte; pero mi resolución era firme y seguí adelante. Ascendí el largo repecho hasta donde comienza la vista, y llamé a la puerta. No dejó de extrañarme un poco el que las persianas estuvieran todavía echadas, porque pensé que, aunque la contrición me hubiera hecho ir muy temprano, aun así había dejado a los de la casa tiempo suficiente para levantarse.

—¿Que si está en casa, señora? Ha dejado esta casa para siempre.

Aquel anuncio de la anciana criada me sobresaltó extraordinariamente. «¿Se ha marchado?»

—Ha muerto, señora. Y mientras yo asimilaba, atónita, la horrible palabra:

—Anoche murió.

El fuerte grito que se me escapó sonó incluso a mis oídos como una violación brutal del momento. En aquel instante sentí como si yo la hubiera matado; se me nubló la vista, y a través de una borrosidad vi que la mujer me tendía los brazos. De lo que sucediera después no guardo recuerdo, ni de otra cosa que aquella pobre prima estúpida de mi amiga, en una estancia a media luz, tras un intervalo que debió de ser muy corto, mirándome entre sollozos ahogados y acusatorios. No sabría decir cuánto tiempo tardé en comprender, en creer y luego en desasirme, con un esfuerzo inmenso, de aquella cuchillada de responsabilidad que supersticiosamente, irracionalmente, había sido al pronto casi lo único de que tuve consciencia. El médico, después del hecho, se había pronunciado con sabiduría y claridad superlativas: había corroborado la existencia de una debilidad del corazón que durante mucho tiempo había permanecido latente, nacida seguramente años atrás de las agitaciones y los terrores que a mi amiga le había deparado su matrimonio. Por aquel entonces había tenido escenas crueles con su marido, había temido por su vida.

Después, ella misma había sabido que debía guardarse resueltamente de toda emoción, de todo lo que significara ansiedad y zozobra, como evidentemente se reflejaba en su marcado empeño de llevar una vida tranquila; pero ¿cómo asegurar que nadie, y menos una «señora de verdad», pudiera protegerse de *todo* pequeño sobresalto? Un par de días antes lo había tenido con la noticia del fallecimiento de su marido —porque había impresiones fuertes de muchas clases, no sólo de dolor y de sorpresa.

Aparte de que ella jamás había pensado en una liberación tan próxima: todo hacía suponer que él viviría tanto como ella. Después, aquella tarde, en la ciudad, manifiestamente había sufrido algún percance: algo debió ocurrirle allí, que sería imperativo esclarecer. Había vuelto muy tarde —eran más de las once, y al recibirla en el vestíbulo su prima, que estaba muy preocupada, había confesado que venía fatigada y que tenía que descansar un momento antes de subir las escaleras. Habían entrado juntas en el comedor, sugiriendo su compañera que tomase una copa de vino y dirigiéndose al aparador para servírsela. No fue sino un instante, pero cuando mi informadora volvió la cabeza nuestra pobre amiga no había tenido tiempo de sentarse. Súbitamente, con un débil gemido casi inaudible, se desplomó en el sofá. Estaba muerta. ¿Qué «pequeño sobresalto» ignorado le había asestado el golpe? ¿Qué choque, cielo santo, la estaba esperando en la ciudad? Yo cité

inmediatamente la única causa de perturbación concebible— el no haber encontrado en mi casa, donde había acudido a las cinco invitada con ese fin, al hombre con el que yo me iba a casar, que accidentalmente no había podido presentarse, y a quien ella no conocía en absoluto. —Poco era, obviamente; pero no era difícil que le hubiera sucedido alguna otra cosa: nada más posible en las calles de Londres que un accidente, sobre todo un accidente en aquellos infames coches de alquiler. ¿Qué había hecho, a dónde había ido al salir de mi casa? Yo había dado por hecho que volviera directamente a la suya. Las dos nos acordamos entonces de que a veces, en sus salidas a la capital, por comodidad, por darse un respiro, se detenía una hora o dos en el «Gentlewomen», un tranquilo club de señoras, y yo prometí que mi primer cuidado sería hacer una indagación seria en ese establecimiento. Pasamos después a la cámara sombría y terrible en donde yacía en los brazos de la muerte, y donde yo, tras unos instantes, pedí quedarme a solas con ella y permanecí media hora. La muerte la había embellecido, la había dejado hermosa; pero lo que yo sentí, sobre todo, al arrodillarme junto al lecho, fue que la había silenciado, la había dejado muda. Había echado el cerrojo sobre algo que a mí me importaba saber.

A mi regreso de Richmond, y después de cumplir con otra obligación, me dirigí al apartamento de él. Era la primera vez, aunque a menudo había deseado conocerlo. En la escalera, que, dado que la casa albergaba una veintena de viviendas, era lugar de paso público, me encontré con su criado, que volvió conmigo y me hizo pasar. Al oírme entrar apareció él en el umbral de otra habitación más interior, y en cuanto quedamos solos le di la noticia: «¡Está muerta!»

—¿Muerta? —La impresión fue tremenda, y observé que no necesitaba preguntar a quién me refería con aquella brusquedad.

—Murió anoche…, al volver de mi casa.

Él me escudriñó con la expresión más extraña, registrándome con la mirada como si recelara una trampa. —¿Anoche… al volver de tu casa?— repitió mis palabras atónito. Y a continuación me espetó, y yo oí atónita a mi vez. —¡Imposible! Si yo la vi.

—¿Cómo que «la viste»?

—Ahí mismo…, donde tú estás.

Eso me recordó pasado un instante, como si pudiera ayudarme a asimilarlo, el gran prodigio de aquel aviso de su juventud. —En la hora de la muerte…, comprendo: lo mismo que viste a tu madre.

—No, *no* como vi a mi madre… ¡no así, no! —Estaba hondamente afectado por la noticia, mucho más, estaba claro, de lo que pudiera haber estado la víspera; tuve la impresión cierta de que, como me dije entonces, había efectivamente una relación entre ellos dos, y que realmente la había tenido enfrente. Semejante idea, reafirmando su extraordinario privilegio, le habría presentado de pronto como un ser dolorosamente anormal de no haber sido por la vehemencia con que insistió en la distinción—. La vi viva. La vi para hablar con ella. La vi como ahora te estoy viendo a ti.

Es curioso que por un momento, aunque por un momento tan sólo, encontrara yo alivio en el más personal, por así decirlo, pero también en el más natural, de los dos hechos extraños. Al momento siguiente, asiendo esa imagen de ella yendo a verle después de salir de mi casa, y de precisamente lo que explicaba lo referente al empleo de su tiempo, demandé, con un ribete de aspereza que no dejé de advertir: «¿Y se puede saber a qué venía?»

Él había tenido ya un minuto para pensar —para recobrarse y calibrar efectos, de modo que al hablar, aunque siguiera habiendo excitación en su mirada, mostró un sonrojo consciente y quiso, inconsecuentemente, restar gravedad a sus palabras con una sonrisa. «Venía sencillamente a verme. Venía, después de lo que había pasado en tu casa, para que al fin, a pesar de todo, nos conociéramos. Me pareció un impulso exquisito, y así lo entendí.»

Miré la habitación donde ella había estado —donde *ella* había estado y yo nunca hasta entonces. «¿Y así como tú lo entendiste fue como ella lo expresó?»

—Ella no lo expresó de ninguna manera, más que estando aquí y dejándose mirar. ¡Fue suficiente! —exclamó con una risa singular.

Yo iba de asombro en asombro. «O sea, ¿que no te dijo nada?»

—No dijo nada. No hizo más que mirarme como yo la miraba.

—¿Y tú tampoco le dirigiste la palabra?

Volvió a dirigirme aquella sonrisa dolorosa.

«Yo pensé en *ti*. La situación era sumamente delicada. Yo procedí con el mayor tacto. Pero ella se dio cuenta de que me resultaba agradable.» Repitió incluso la risa discordante.

—¡Ya se ve que «te resultó agradable»! —Entonces reflexioné un instante—. ¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—No sabría decir. Pareció como veinte minutos, pero es probable que fuera mucho menos.

—¡Veinte minutos de silencio! —empezaba a tener mi visión concreta, y ya de hecho a aferrarme a ella—. ¿Sabes que lo que me estás contando es una absoluta monstruosidad?

Él había estado hasta entonces de espaldas al fuego; al oír esto, con una mirada de súplica, se vino a mí. «Amor mío te lo ruego, no lo tomes a mal.»

Yo podía no tomarlo a mal, y así se lo di a entender; pero lo que no pude, cuando él con cierta torpeza abrió los brazos, fue dejar que me atrajera hacia sí. De modo que entre los dos se hizo, durante un tiempo apreciable, la tensión de un gran silencio.

VI

Él lo rompió al cabo, diciendo: «¿No hay absolutamente ninguna duda de su muerte?»

—Desdichadamente ninguna. Yo vengo de estar de rodillas junto a la cama donde la han tendido.

Clavó sus ojos en el suelo; luego los alzó a los míos. —¿Qué aspecto tiene?

—Un aspecto… de paz.

Volvió a apartarse, bajo mi mirada; pero pasado un momento comenzó: «¿Entonces a qué hora…?»

—Debió ser cerca de la medianoche. Se derrumbó al llegar a su casa…, de una dolencia cardíaca que sabía que tenía, y que su médico sabía que tenía, pero de la que nunca, a fuerza de paciencia y de valor, me había dicho nada.

Me escuchaba muy atento, y durante un minuto no pudo hablar. Por fin rompió, con un acento de confianza casi infantil, de sencillez realmente sublime, que aún resuena en mis oídos según escribo: «¡Era *maravillosa*!» Incluso en aquel momento tuve la suficiente ecuanimidad para responderle que eso siempre se lo había dicho yo; pero al instante, como si después de hablar hubiera tenido un atisbo del efecto que en mí hubiera podido producir, continuó apresurado: «Comprenderás que si no llegó a su casa hasta medianoche…»

Le atajé inmediatamente. «¿Tuviste mucho tiempo para verla? ¿Y cómo», pregunté «si no te fuiste de mi casa hasta muy tarde? Yo no recuerdo a qué hora exactamente…, estaba pensando en otras cosas. Pero tú sabes que, a pesar de haber dicho que tenías mucho que hacer, te quedaste un buen rato después de la cena. Ella, por su parte, pasó toda la velada en el «Gentlewomen», de allí vengo…, he hecho averiguaciones. Allí tomó el té; estuvo muchísimo tiempo.

—¿Qué estuvo haciendo durante ese muchísimo tiempo?

Le vi ansioso de rebatir punto por punto mi versión de los hechos; y cuanto más lo mostraba mayor era mi empeño en insistir en esa versión, en preferir con aparente empecinamiento una explicación que no hacía sino acrecentar la maravilla y el misterio, pero que, de los dos prodigios entre los que se me daba a elegir, era el más aceptable para mis celos renovados. Él defendía, con un candor que ahora me parece hermoso, el privilegio de haber conocido, a pesar de la derrota suprema, a la persona viva; en tanto que yo, con un apasionamiento que hoy me asombra, aunque todavía en cierto modo sigan encendidas sus cenizas, no podía sino responderle que, en virtud de un extraño don compartido por ella con su madre, y que también por parte de ella era hereditario, se había repetido para él el milagro de su juventud, para ella el milagro de la suya.

Había ido a él —sí, y movida de un impulso todo lo hermoso que quisiera; ¡pero no en carne y hueso! Era mera cuestión de evidencia. Yo había recibido, sostuve, un testimonio inequívoco de lo que ella había estado haciendo— durante casi todo este tiempo —en el club. Estaba casi vacío, pero los empleados se habían fijado en ella. Había estado sentada, sin moverse, en una butaca, junto a la chimenea del salón; había reclinado la cabeza, había cerrado los ojos, aparentaba un sueño ligero.

—Ya. Pero ¿hasta qué hora?

—Sobre eso —tuve que responder— los criados me fallaron un poco. Y la portera en particular, que desdichadamente es tonta, aunque se supone que también ella es socia del club. Está claro que a esas horas, sin que nadie la sustituyera y en contra de las normas, estuvo un rato ausente de la caseta desde donde tiene por obligación vigilar quién entra y quién sale. Se confunde, miente palpablemente; así que partiendo de sus observaciones no puedo darte una hora con seguridad. Pero a eso de las diez y media se comentó que nuestra pobre amiga ya no estaba en el club.

Le vino de perlas. «Vino derecha aquí, y desde aquí se fue derecha al tren.»

—No pudo ir a tomarlo con el tiempo tan justo —declaré—. Precisamente es una cosa que no hacía jamás.

—Ni fue a tomarlo con el tiempo justo, hija mía…, tuvo tiempo de sobra. Te falla la memoria en eso

de que yo me despidiera tarde: precisamente te dejé antes que otros días. Lamento que el tiempo que pasé contigo te pareciera largo, porque estaba aquí de vuelta antes de las diez.
—Para ponerte en zapatillas —fue mi contestación— y quedarte dormido en un sillón. No despertaste hasta por la mañana…, ¡la viste en sueños! —Él me miraba en silencio y con mirada sombría; con unos ojos en los que se traslucía que tenía cierta irritación que reprimir. Enseguida proseguí—: Recibes la visita, a hora intempestiva, de una señora…; sea: nada más probable. Pero señoras hay muchas. ¿Me quieres explicar, si no había sido anunciada y no dijo nada, y encima no habías visto jamás un retrato suyo, cómo pudiste identificar a la persona de la que estamos hablando?
—¿No me la habían descrito hasta la saciedad? Te la puedo describir con pelos y señales.
—¡Ahórratelo! —clamé con una aspereza que le hizo reír una vez más. Yo me puse colorada, pero seguí—: ¿Le abrió tu criado?
—No estaba…, nunca está cuando se le necesita. Entre las peculiaridades de este caserón está el que se pueda acceder desde la puerta de la calle hasta los diferentes pisos prácticamente sin obstáculos. Mi criado ronda a una señorita que trabaja en el piso de arriba, y anoche se lo tomó sin prisas. Cuando está en esa ocupación deja la puerta de fuera, la de la escalera, sólo entornada, y así puede volver a entrar sin hacer ruido. Para abrirla basta entonces con un ligero empujón. Ella se lo dio…, sólo hacía falta un poco de valor.
—¿Un poco? ¡Toneladas! Y toda clase de cálculos imposibles.
—Pues lo tuvo, y los hizo. ¡Quede claro que yo no he dicho en ningún momento —añadió— que no fuera una cosa sumamente extraña!
Algo había en su tono que por un tiempo hizo que no me arriesgase a hablar. Al cabo dije: «¿Cómo había llegado a saber dónde vivías?»
—Recordaría la dirección que figuraba en la etiquetita que los de la tienda dejaron tranquilamente pegada al marco que encargué para mi retrato.
—¿Y cómo iba vestida?
—De luto, mi amor. No grandes masas de crespón, sino un sencillo luto riguroso. Llevaba tres plumas negras, pequeñas, en el sombrero. Llevaba un manguito pequeño de astracán. Cerca del ojo izquierdo —continuó— tiene una pequeña cicatriz vertical…
Le corté en seco. «La señal de una caricia de su marido.» Luego añadí: «¡Muy cerca de ella has tenido que estar!» A eso no me respondió nada, y me pareció que se ruborizaba; al observarlo me despedí. «Bueno, adiós.»
—¿No te quedas un rato? —volvió a mí con ternura, y esa vez le dejé—. Su visita tuvo su belleza —murmuró teniéndome abrazada—, pero la tuya tiene más.
Le dejé besarme, pero recordé, como había recordado el día anterior, que el último beso que ella diera, suponía yo, en este mundo había sido para los labios que él tocaba.
«Es que yo soy la vida —respondí—. Lo que viste anoche era la muerte.»
—¡Era la vida…, era la vida!
Hablaba con suave terquedad —yo me desasí. Nos miramos fijamente—. Describes la escena —si a eso se puede llamar descripción— en términos incomprensibles. ¿Entró en la habitación sin que tú te dieras cuenta?

—Yo estaba escribiendo cartas, enfrascado, en esa mesa de debajo de la lámpara, y al levantar la vista la vi frente a mí.
—¿Y qué hiciste entonces?
—Me levanté soltando una exclamación, y ella, sonriéndome, se llevó un dedo a los labios, claramente a modo de advertencia, pero con una especie de dignidad delicada. Yo sabía que ese gesto quería decir silencio, pero lo extraño fue que pareció explicarla y justificarla inmediatamente. El caso es que estuvimos así, frente a frente, durante un tiempo que, como ya te he dicho, no puedo calcular. Como tú y yo estamos ahora.
—¿Simplemente mirándose de hito en hito?
Protestó impaciente. —¡Es que no estamos mirándonos de hito en hito!
—No, porque estamos hablando.
—También hablamos ella y yo…, en cierto modo —se perdió en el recuerdo—. Fue tan cordial como esto. Tuve en la punta de la lengua preguntarle si esto era muy cordial, pero en lugar de eso le señalé que lo que evidentemente habían hecho era contemplarse con mutua admiración. Después le pregunté si el reconocerla había sido inmediato. —No del todo— repuso, —porque por supuesto no la esperaba; pero mucho antes de que se fuera comprendí quién era…, quién podía ser únicamente.
Medité un poco. «¿Y al final cómo se fue?»
—Lo mismo que había venido. Tenía detrás la puerta abierta y se marchó.
—¿Deprisa…, despacio?
—Más bien deprisa. Pero volviendo la vista atrás —sonrió para añadir—. Yo la dejé marchar, porque sabía perfectamente que tenía que acatar su voluntad.
Fui consciente de exhalar un suspiro largo y vago. «Bueno, pues ahora te toca acatar *la mía*…, y dejarme marchar a mí.»
Ante eso volvió a mi lado, deteniéndome y persuadiéndome, declarando con la galantería de rigor que lo mío era muy distinto. Yo habría dado cualquier cosa por poder preguntarle si la había tocado pero las palabras se negaban a formarse: sabía hasta el último acento lo horrendas y vulgares que resultarían. Dije otra cosa —no recuerdo exactamente qué; algo débilmente tortuoso y dirigido, con harta ruindad, a hacer que me lo dijera sin yo preguntarle. Pero no me lo dijo; no hizo sino repetir, como por un barrunto de que sería decoroso tranquilizarme y consolarme, la sustancia de su declaración de unos momentos antes— la aseveración de que ella era en verdad exquisita, como yo había repetido tantas veces, pero que yo era su «verdadera» amiga y la persona a la que querría siempre. —Esto me llevó a reafirmar, en el espíritu de mi réplica anterior, que por lo menos yo tenía el mérito de estar viva; lo que a su vez volvió a arrancar de él aquel chispazo de contradicción que me daba miedo—. ¡Pero si estaba viva! ¡Viva, Viva!
—¡Estaba muerta, muerta! —afirmé yo con una energía, con una determinación de que *fuera* así, que ahora al recordarla me resulta casi grotesca. Pero el sonido de la palabra dicha me llenó súbitamente de horror, y toda la emoción natural que su significado podría haber evocado en otras condiciones se juntó y desbordó torrencial. Sentí como un peso que un gran afecto se había extinguido, y cuánto la había querido yo y cuánto había confiado en ella. Tuve una visión, al mismo tiempo, de la solitaria belleza de su fin. «¡Se ha ido…, se nos ha ido para siempre!», sollocé.

—Eso exactamente es lo que yo siento —exclamó él, hablando con dulzura extremada y apretándome, consolador, contra sí—. Se ha ido; se nos ha ido para siempre: así que ¿qué importa ya? —se inclinó sobre mí, y cuando su rostro hubo tocado el mío apenas supe si lo que lo humedecían era mis lágrimas o las suyas.

VII

Era mi teoría, mi convicción, vino a ser, pudiéramos decir, mi actitud, que aun así jamás se habían «conocido»; y precisamente sobre esa base me pareció generoso pedirle que asistiera conmigo al entierro. Así lo hizo muy modesta y tiernamente, y yo di por hecho, aunque a él estaba claro que no se le daba nada de ese peligro, que la solemnidad de la ocasión, poblada en gran medida por personas que les habían conocido a los dos y estaban al tanto de la larga broma, despojaría suficientemente a su presencia de toda asociación ligera. Sobre lo que hubiera ocurrido en la noche de su muerte, poco más se dijo entre nosotros; yo le había tomado horror al elemento probatorio. Sobre cualquiera de las dos hipótesis era grosería, era intromisión.

A él, por su parte, le faltaba corroboración aducible —es decir, todo salvo una declaración del portero de su casa, personaje de lo más descuidado e intermitente—, según él mismo reconocía, de que entre las diez y las doce de la noche habían entrado y salido del lugar nada menos que tres señoras enlutadas de pies a cabeza. Lo cual era excesivo; ni él ni yo queríamos tres para nada. Él sabía que yo pensaba haber dado razón de cada fracción del tiempo de nuestra amiga, y dimos por cerrado el asunto; nos abstuvimos de ulterior discusión. Lo que yo sabía, sin embargo, era que él se abstenía por darme gusto, más que porque cediera a mis razones. No cedía —era sólo indulgencia; él persistía en su interpretación porque le gustaba más. Le gustaba más, sostenía yo, porque tenía más que decirle a su vanidad.

Ése, en situación análoga, no habría sido su efecto sobre mí, aunque sin duda tenía yo tanta vanidad como él; pero son cosas del talante de cada uno, en las que nadie puede juzgar por otro. Yo habría dicho que era más halagador ser destinatario de una de esas ocurrencias inexplicables que se relatan en libros fascinantes y se discuten en reuniones eruditas; no podía imaginar, por parte de un ser recién sumido en lo infinito y todavía vibrante de emociones humanas, nada más fino y puro, más elevado y augusto, que un tal impulso de reparación, de admonición, o aunque sólo fuera de curiosidad. *Eso* sí que era hermoso, y yo en su lugar habría mejorado en mi propia estima al verme distinguida y escogida de ese modo.

Era público que él ya venía figurando bajo esa luz desde hacía mucho tiempo, y en sí un hecho

semejante ¿qué era sino casi una prueba? Cada una de las extrañas apariciones contribuía a confirmar la otra. Él tenía otro sentir; pero tenía también, me apresuro a añadir, un deseo inequívoco de no significarse o, como se suele decir, de no hacer bandera de ello. Yo podía creer lo que se me antojara —tanto más cuanto que todo este asunto era, en cierto modo, un misterio de mi invención—. Era un hecho de mi historia, un enigma de mi consistencia, no de la suya; por tanto él estaba dispuesto a tomarlo como a mí me resultara más conveniente. Los dos, en todo caso, teníamos otras cosas entre manos; nos apremiaban los preparativos de la boda.

Los míos eran ciertamente acuciantes, pero al correr de los días descubrí que creer lo que a mí «se me antojaba» era creer algo de lo que cada vez estaba más íntimamente convencida. Descubrí también que no me deleitaba hasta ese punto, o que el placer distaba, en cualquier caso, de ser la causa de mi convencimiento. Mi obsesión, como realmente puedo llamarla y como empezaba a percibir, no se dejaba eclipsar, como había sido mi esperanza, por la atención a deberes prioritarios. Si tenía mucho que hacer, aún era más lo que tenía que pensar, y llegó un momento en que mis ocupaciones se vieron seriamente amenazadas por mis pensamientos. Ahora lo veo todo, lo siento, lo vuelvo a vivir. Está terriblemente vacío de alegría, está de hecho lleno a rebosar de amargura; y aun así debo ser justa conmigo misma —no habría podido hacer otra cosa.

Las mismas extrañas impresiones, si hubiera de soportarlas otra vez, me producirían la misma angustia profunda, las mismas dudas lacerantes, las mismas certezas más lacerantes todavía. Ah sí, todo es más fácil de recordar que de poner por escrito, pero aun en el supuesto de que pudiera reconstruirlo todo hora por hora, de que pudiera encontrar palabras para lo inexpresable, en seguida el dolor y la fealdad me paralizarían la mano. Permítaseme anotar, pues, con toda sencillez y brevedad, que una semana antes del día de nuestra boda, tres semanas después de la muerte de ella, supe con todo mi ser que había algo muy serio que era preciso mirar de frente, y que si iba a hacer ese esfuerzo tenía que hacerlo sin dilación y sin dejar pasar una hora más.

Mis celos inextinguidos —ésa era la máscara de la Medusa. No habían muerto con su muerte, habían sobrevivido lívidamente y se alimentaban de sospechas indecibles. *Serían* indecibles hoy, mejor dicho, si no hubiera sentido la necesidad vivísima de formularlas entonces. Esa necesidad tomó posesión de mí— para salvarme, según parecía, de mi suerte. A partir de entonces no vi —dada la urgencia del caso, que las horas menguaban y el intervalo se acortaba— más que una salida, la de la prontitud y la franqueza absolutas. Al menos podía no hacerle el daño de aplazarlo un día más; al menos podía tratar mi dificultad como demasiado delicada para el subterfugio. Por eso en términos muy tranquilos, pero de todos modos bruscos y horribles, le planteé una noche que teníamos que reconsiderar nuestra situación y reconocer que se había alterado completamente.

Él me miró sin parpadear, valiente. «¿Cómo que se ha alterado?»

—Otra persona se ha interpuesto entre nosotros.

No se tomó más que un instante para pensar. «No voy a fingir que no sé a quién te refieres.» Sonrió compasivo ante mi aberración, pero quería tratarme amablemente. «¡Una mujer que está muerta y enterrada!»

—Enterrada sí, pero no muerta. Está muerta para el mundo…; está muerta para mí. Pero para ti no está muerta.

—¿Vuelves a lo de nuestras distintas versiones de su aparición aquella noche?
—No —respondí—, no vuelvo a nada. No me hace falta. Me basta y me sobra con lo que tengo delante.
—¿Y qué es, hija mía?
—Que estás completamente cambiado.
—¿Por aquél absurdo? —rió.
—No tanto por aquél como por otros absurdos que le han seguido.
—¿Que son *cuáles*?
Estábamos encarados francamente, y a ninguno le temblaba la mirada; pero en la de él había una luz débil y extraña, y mi certidumbre triunfaba en su perceptible palidez.
«¿De veras pretendes —pregunté— no saber cuáles son?»
—¡Querida mía —me repuso—, me has hecho un esbozo demasiado vago!
Reflexioné un momento. «¡Puede ser un tanto incómodo acabar el cuadro! Pero visto desde esa óptica —y desde el primer momento—, ¿ha habido alguna vez algo más incómodo que tu idiosincrasia?»
Él se acogió a la vaguedad —cosa que siempre hacía muy bien. «¿Mi idiosincrasia?»
—Tu notoria, tu peculiar facultad.
Se encogió de hombros con un gesto poderoso de impaciencia, un gemido de desprecio exagerado. «¡Ah, mi peculiar facultad!»
—Tu accesibilidad a formas de vida —proseguí fríamente—, tu señorío de impresiones, apariciones, contactos, que a los demás —para nuestro bien o para nuestro mal— nos están vedados. Al principio formaba parte del profundo interés que despertaste en mí…, fue una de las razones de que me divirtiera, de que positivamente me enorgulleciera conocerte. Era una distinción extraordinaria; sigue siendo una distinción extraordinaria. Pero ni que decir tiene que en aquel entonces yo no tenía ni la menor idea de cómo aquello iba a actuar ahora; y aun en ese supuesto, no la habría tenido de cómo iba a afectarme su acción.
—Pero vamos a ver —inquirió suplicante—, ¿de qué estás hablando en esos términos fantásticos? —Luego, como yo guardara silencio, buscando el tono para responder a mi acusación—. ¿Cómo diantres *actúa*? —continuó—, ¿y cómo te afecta?
—Cinco años te estuvo echando en falta —dije—, pero ahora ya no tiene que echarte en falta nunca. ¡Estáis recuperando el tiempo!
—¿Cómo que estamos recuperando el tiempo? —había empezado a pasar del blanco al rojo.
—¡La ves…, la ves; la ves todas las noches! —Él soltó una carcajada de burla, pero me sonó a falsa —. Viene a ti como vino aquella noche —declaré—; ¡hizo la prueba y descubrió que le gustaba! Pude, con la ayuda de Dios, hablar sin pasión ciega ni violencia vulgar; pero ésas fueron las palabras exactas —y que entonces no me parecieron nada vagas— que pronuncié. Él había mirado hacia otro lado riéndose, acogiendo con palmadas mi insensatez, pero al momento volvió a darme la cara con un cambio de expresión que me impresionó.
—¿Te atreves a negar —pregunté entonces— que la ves habitualmente?
Él había optado por la vía de la condescendencia, de entrar en el juego y seguirme la corriente amablemente. Pero el hecho es que, para mi asombro, dijo de pronto: «Bueno, querida, ¿y si la veo

qué?»
—Que estás en tu derecho natural: concuerda con tu constitución y con tu suerte prodigiosa, aunque quizá no del todo envidiable. Pero, como comprenderás, eso nos separa. Te libero sin condiciones.
—¿Qué dices?
—Que tienes que elegir entre ella o yo.
Me miró duramente. «Ya». Y se alejó unos pasos, como dándose cuenta de lo que yo había dicho y pensando qué tratamiento darle. Por fin se volvió nuevamente hacia mí. —«¿Y tú cómo sabes una cosa así de íntima?»
—¿Cuando tú has puesto tanto empeño en ocultarla, quieres decir? Es muy íntima, sí, y puedes creer que yo nunca te traicionaré. Has hecho todo lo posible, has hecho tu papel, has seguido un comportamiento, ¡pobrecito mío!, leal y admirable. Por eso yo te he observado en silencio, haciendo también mi papel; he tomado nota de cada fallo de tu voz, de cada ausencia de tus ojos, de cada esfuerzo de tu mano indiferente: he esperado hasta estar totalmente segura y absolutamente deshecha. ¿Cómo quieres ocultarlo, si estás desesperadamente enamorado de ella, si estás casi mortalmente enfermo de la felicidad que te da? —atajé su rápida protesta con un ademán más rápido—. La amas como *nunca* has amado, y pasión por pasión, ¡ella te corresponde! ¡Te gobierna, te domina, te posee entero! Una mujer, en un caso como el mío, adivina y siente y ve; no es un ser obtuso al que haya que ir con «informes fidedignos». Tú vienes a mí mecánicamente, con remordimientos, con los sobrantes de tu ternura y lo que queda de tu vida. Yo puedo renunciar a ti, pero no puedo compartirte: ¡lo mejor de ti es suyo, yo sé que lo es y libremente te cedo a ella para siempre!
Él luchó con bravura, pero no había arreglo posible; reiteró su negación, se retractó de lo que había reconocido, ridiculizó mi acusación, cuya extravagancia indefensible, además, le concedí sin reparo. Ni por un instante sostenía yo que estuviéramos hablando de cosas corrientes; ni por un instante sostenía que él y ella fueran personas corrientes. De *haberlo* sido, ¿qué interés habrían tenido para mí? Habían gozado de una rara extensión del ser y me habían alzado a mí en su vuelo; sólo que yo no podía respirar aquel aire y enseguida había pedido que me bajaran. Todo en aquellos hechos era monstruoso, y más que nada lo era mi percepción lúcida de los mismos; lo único aliado a la naturaleza y la verdad era el que yo tuviera que actuar sobre la base de esa percepción. Sentí, después de hablar en ese sentido, que mi certeza era completa; no le había faltado más que ver el efecto que mis palabras le producían. Él disimuló, de hecho, ese efecto tras una cortina de burla, maniobra de diversión que le sirvió para ganar tiempo y cubrirse la retirada. Impugnó mi sinceridad, mi salud mental, mi humanidad casi, y con eso, como no podía por menos, ensanchó la brecha que nos separaba y confirmó nuestra ruptura. Lo hizo todo, en fin, menos convencerme de que yo estuviera en un error o de que él fuera desdichado: nos separamos, y yo le dejé a su comunión inconcebible.
No se casó, ni yo tampoco. Cuando seis años más tarde, en soledad y silencio, supe de su muerte, la acogí como una contribución directa a mi teoría. Fue repentina, no llegó a explicarse del todo, estuvo rodeada de unas circunstancias en las que —porque las desmenucé, ¡ya lo creo!— yo leí claramente una intención, la marca de su propia mano escondida. Fue el resultado de una larga necesidad, de un deseo inapagable. Para decirlo en términos exactos, fue la respuesta a una llamada irresistible.

La humillación de los Northmore

I

Cuando murió lord Northmore, las alusiones públicas al suceso adoptaron, en su mayor parte, una forma un tanto plúmbea y de compromiso. Había desaparecido una gran figura política. Se había apagado una luminaria de nuestro tiempo en mitad de su carrera. Se había anticipado el fin de una gran utilidad, que en buena parte quedaba, de todos modos, insignemente ejercida. La nota de grandeza, en toda la línea, sonaba, en suma, con fuerza propia, y la del fallecido evidentemente se prestaba muy bien a figuras y florituras, la poesía de la prensa diaria. Los periódicos y sus compradores cumplieron con lo que el caso pedía: lo compusieron con pulcritud y magnificencia, aunque quizá con mano un poco violentamente expeditiva, sobre el coche fúnebre, acompañaron debidamente al vehículo por la avenida y luego, viendo que de repente el tema se había agotado, pasaron a lo siguiente de la lista. Su señoría había sido una de esas personas de las que —ahí estaba la cosa— no hay casi nada que contar aparte de la flamante monotonía de su éxito. Ese éxito había sido su profesión, sus medios lo mismo que su fin; de modo que su carrera no admitía otra descripción y no exigía, ni de hecho toleraba, otro análisis. De la política, de la literatura, de la tierra, de unos modales zafios y muchos errores, de una mujer flaca y tonta, dos hijos manirrotos y cuatro hijas sosas, de todo había sacado el máximo provecho, como podría haberlo sacado prácticamente de lo que fuera. Algo había habido en lo más profundo de su ser que lo conseguía, y su viejo amigo Warren Hope, la persona que le conoció primero, y es probable que en conjunto mejor, no alcanzó nunca, en todo aquel tiempo, a averiguar por curiosidad qué. Era un secreto que, a decir verdad, este competidor claramente rezagado no había desvelado ni para su satisfacción intelectual ni para su uso imitativo; y había como un tributo a eso en su memoria de decir, la víspera de las honras fúnebres, dirigiéndose a su mujer y tras silenciosa reflexión: «Tengo que acompañarle, qué caramba. Tengo que ir al entierro.»

En un primer momento la señora Hope se limitó a mirar a su marido con muda preocupación. «No tengo paciencia contigo. Estás tú mucho más enfermo de lo que él haya estado nunca.»

—¡Bueno, pero mientras eso no signifique más que ir a los entierros de los demás…!

—Significa que me destrozas con esa caballerosidad exagerada, con ese negarte siempre a pensar en tu propio interés. Se lo has estado sacrificando desde hace treinta años, una y otra vez, y yo creo que de este último sacrificio —que puede ser el de tu vida—, estando como estás, se te podría absolver.

—En efecto, perdió la paciencia—. ¿Ir al entierro…, con el tiempo que hace…, después de cómo se portó contigo?

—Cariño, lo de cómo se portó conmigo —repuso Hope— es un invento de tu ingeniosa mente…, de tu lealtad demasiado apasionada, de tu hermosa lealtad. Lealtad *a mí*, quiero decir.

—¡Por supuesto que la lealtad a *él* —declaró ella— te la dejo a ti!

—Lo cierto es que era mi amigo más antiguo, el primero. Tampoco estoy tan mal… salgo; y quiero

portarme como es debido. El hecho es que no rompimos nunca… siempre estuvimos unidos.
—¡Y tanto! —rió ella en medio de su amargura—. ¡Bien se cuidó él de eso! Jamás reconoció tus méritos, pero jamás te dejó escapar. Tú le tenías aupado y él te tenía pisado a ti. Te sacó el jugo hasta la última gota, y luego fuiste el único que se quedó preguntándose, con tu increíble idealismo y tu incorregible modestia, cómo se las había arreglado un tonto así para subir. Subió porque tú le llevabas a cuestas. Tú, ingenuo, se lo preguntas a los demás: «¿En qué consistía su don?» Y los demás son tan imbéciles que tampoco tienen la menor idea. ¡*Tú* eras su don!
—¡Y tú eres el mío, querida! —exclamó su marido estrechándola contra sí, más alegre y resignadamente. Al día siguiente acudió en un «especial» a la inhumación, que tuvo lugar en la propia hacienda del gran hombre y en la propia iglesia del gran hombre. Pero acudió solo— es decir, acompañado por una asamblea numerosa y distinguida, la flor de la demostración gregaria unánime; su esposa no quiso ir con él, aunque le preocupaba que viajase. Pasó las horas intranquila, atenta al estado del tiempo y temiendo al frío; deambulaba de cuarto en cuarto, deteniéndose distraídamente junto a las plomizas ventanas, y antes de que él volviera había pensado en muchas cosas. Era como si, mientras él veía cómo sepultaban al gran hombre, ella también, a solas, en el hogar reducido de sus últimos años, se viera ante una fosa abierta. En ella depositó con sus débiles manos el penoso pasado y todos los sueños comunes muertos y las cenizas acumuladas de los dos. La pompa que rodeaba a la extinción de lord Northmore le hacía sentir más que nunca que no había sido Warren el que sacara provecho de nada. Había sido siempre lo que seguía siendo, el hombre más inteligente y más trabajador que conocía; pero, a sus cincuenta y siete años, ¿qué había «sacado», como decía el vulgo, fuera del talento malgastado, la salud arruinada y la pensión mezquina? Lo que ponía estas cosas ante los ojos era el término de comparación que le brindaba fácilmente el esplendor, ahora escorzado, del dichoso rival de su marido. Como dichosos rivales de su propia y monótona unión había visto siempre a los Northmore; por lo menos los dos hombres habían empezado juntos, al salir de la universidad, hombro con hombro y —hablando en términos superficiales— con un bagaje muy parecido de preparación, ambición y oportunidad. Habían empezado en el mismo punto y queriendo las mismas cosas —pero queriéndolas de maneras muy distintas. Bien, pues el muerto las había querido de la manera en que se conseguían; pero había conseguido además, con el título de nobleza por ejemplo, las que Warren no quiso nunca: no había más que decir. No había más y, sin embargo, en la sombría, la extrañamente aprensiva soledad de aquellas horas, dijo ella mucho más de lo que yo puedo contar. Todo venía a parar en esto: que de algún modo y en alguna parte había habido una injusticia. Warren era el que debía haber triunfado. Pero ahora era ella la única persona que lo sabía, porque la otra se había ido con su conocimiento a la tumba.
Se sentaba, vagaba, en la grisura expectante de su casita londinense, con un sentir avivado de los varios conocimientos extraños que habían florecido entre los tres. Warren siempre lo había sabido todo, y, con su suave fuerza —para nada tan grande como para la indiferencia—, nunca le importó. John Northmore lo había sabido, porque muchísimos años antes se lo había dicho; y por lo tanto tenía una razón más —aparte de la de no tenerla por tonta— para intuir lo que pudiera ser la opinión de ella. Lo revivió; lo volvió a vivir; lo tenía todo allí en la mano. John Northmore la conoció primero, y aún sobrevivía el grueso paquetito de sus cartas de amor como testigo de cuánto había deseado

casarse con ella. Él le presentó a Warren Hope —por pura casualidad y porque, en la época en que compartían piso, no lo pudo evitar: era lo único que había hecho por ellos. Ahora, pensándolo, veía quizás hasta qué punto podía haber considerado Northmore con plena conciencia que eso le eximía de hacer más. Seis meses después ella aceptó a Warren, y precisamente por la misma razón cuya ausencia determinara el tratamiento que había dado a su amigo. Creyó que Warren tenía futuro. Estaba convencida de que desde ese momento John Northmore no había cejado nunca en su empeño de averiguar hasta qué punto se consideraba «engañada». Pero ella, gracias a Dios, nunca se lo había dejado ver.

Su marido volvió a casa resfriado, y ella le acostó inmediatamente. Durante una semana, cada vez que ella rondaba en torno al enfermo, sólo se dijeron cosas, cosas profundas, con la mirada; se pasó demasiado de prisa del punto en que hubiera sido soportable que ella le dijera: «¡Te lo avisé!»

No era ningún prodigio, ciertamente, que a su fallecido protector nunca le hubiera sido difícil aprovecharse de él. Pero, al fin y a la postre, sí era un tanto excesivo que le sacase hasta la vida. A eso se había llegado —ella tuvo la certeza desde el primer momento. Aquella noche apareció la congestión pulmonar, y al día siguiente, repugnantemente, se vio frente a una neumonía. Era más de lo que— sumado a todo lo anterior —podían resistir. Diez días después Warren Hope sucumbió. Tiernamente, divinamente la había amado; pero ella sintió su rendición, a través de toda la angustia, como una parte inexpresable de aquella indiferencia sublime en que al final había florecido la desafortunada historia de su marido. «¡Su suave fuerza, su suave fuerza!»: su pasión no había encontrado nunca tanto alivio en aquella expresión sencilla y secreta con que le retrataba. Era tan orgulloso, tan fino y tan flexible que para él fracasar un poco había sido tan malo como fracasar mucho; por eso había abierto las compuertas de par en par— había tirado, como decía el refrán, la soga tras el caldero. Había hecho un entretenimiento de ver cuánto podía arrancarle el mundo devorador. Y el mundo se lo había arrancado todo.

II

Pero fue después de perderle cuando vio que su nombre estaba escrito en agua. ¿Qué había dejado detrás? Sólo a ella y su gris desolación, su piedad solitaria y su rebelión dolorida e incesante. Cuando un hombre se moría, a veces la muerte hacía por él lo que no hiciera la vida; al poco tiempo había gentes, de un lado o de otro, que le descubrían y le nombraban, que le reclamaban para su bando, que le unían a su bandera.

Pero el conocimiento de haber perdido a Warren Hope no pareció aguzar en lo más mínimo el

ingenio del mundo; la lanzada más hiriente para su viuda estuvo precisamente en la trivialidad con que se habló de su renombre. No faltaron cartas, si de eso se trataba, porque obviamente su persona había cosechado muchas simpatías; los periódicos le citaron con cierta abundancia y perfecta estupidez; las tres o cuatro sociedades a las que perteneciera, «eruditas» o no, aprobaron resoluciones de pésame y condolencia, y los tres o cuatro colegas sobre los cuales había sido más divertido oírle hablar farfullaron elogios; pero, realmente, casi cualquier otra cosa habría sido mejor para ella que el general consenso de haber cumplido con la ocasión. Dos o tres pomposos badulaques de los «círculos administrativos» le escribieron diciendo que sin duda estaría confortada por la unanimidad del pesar, dando a entender claramente que sería el colmo del absurdo no estarlo.

Lo que ella sentía entretanto era que habría soportado pasablemente el que nadie dijera nada; lo que no podía soportar era aquel tratamiento de celebridad de segunda. En economía, en la más alta política, en filosofía de la historia, o era un genio insigne inapreciado o no era nada. No era, en cualquier caso —¡eso nunca!—, una «figura destacada». Las aguas, de todos modos, se cerraron sobre él como sobre lord Northmore; que fue precisamente, con el paso del tiempo, lo que encontró más duro de aceptar. Aquel personaje, a la semana de muerto, sin una hora de prórroga, limpio el lugar de sus vestigios como el local prestado para una función benéfica se limpia de las mesas y tenderetes de un bazar de tres días, aquel personaje se había ido derecho al fondo, tirado como una circular arrugada al cesto de los papeles. ¿Dónde estaba entonces la diferencia…, si el fin *era* el fin para todos por igual? Para Warren debería haber sido propiamente el principio.

Durante los seis primeros meses se estuvo preguntando qué podía hacer ella, y durante mucho de ese tiempo tuvo la sensación de estar siguiendo un río veloz que arrastraba hacia el mar un objeto querido. Todo su instinto la empujaba a ir con él, a no perderlo de vista, a correr por la orilla y llegar antes que él a algún punto donde pudiera extender los brazos y asirlo y salvarlo. Pero el objeto seguía navegando; ella lo tenía a la vista, porque el río era largo, pero ningún amable promontorio se ofrecía al rescate. Ella corría, vigilaba, vivía con su gran miedo; y por momentos, al acortarse la distancia al mar, la corriente crecía visiblemente. Para hacer lo que fuera en la última ocasión había que darse prisa. Se internó en sus papeles, registró sus cajones; algo de ese género, cuando menos, podía hacer. Pero había dificultades, el caso era especial; se perdió en el laberinto y vio puesta a prueba su capacidad; dos o tres amigos a cuyo juicio apeló se mostraron tibios, fríos incluso, y los editores, cuando les sondeó —más que ninguno, precisamente, la casa que había dado al mundo sus tres o cuatro volúmenes importantes—, no manifestaron ningún entusiasmo por una compilación de restos literarios. Sólo entonces comprendió plenamente lo poquísimo que habían «pegado» los tres o cuatro volúmenes importantes. Él se lo había ocultado con éxito, como le había ocultado otras cosas que hubieran podido ocasionarle dolor: manejar sus notas y sus memorandos era encontrarse a cada paso, entre las arenas de su duelo, con las huellas de un motivo noble. Pero al cabo hubo de aceptar la verdad de que era únicamente por ella misma, por su propio consuelo, por lo que tenía que seguirle. Al trabajo de Warren, falto de estímulos e interrumpido, le faltaba una forma definitiva: no habría habido nada que ofrecer más que fragmentos de fragmentos. Sintió, de todos modos, al reconocerlo, que le abandonaba: en aquella hora murió para ella por segunda vez.

Esa hora, además, casualmente coincidió con otra, de modo que las dos mezclaron sus amarguras.

Recibió de lady Northmore unas líneas anunciando un deseo de recopilar y publicar las cartas de su difunta señoría, tan numerosas y tan interesantes, e invitando a la señora Hope, como depositaria más que probable, a tener la bondad de enriquecer el proyecto con las dirigidas a su marido. Esto le dio varios sobresaltos en uno. Entonces, ¿la larga comedia de la grandeza de su difunta señoría no había terminado? ¿A él se le iba a erigir el monumento que ella ya se había resignado a considerar imposible para su derrotado amigo? ¿Todo tenía que volver a empezar, las comparaciones, los contrastes, las conclusiones tan descaradamente a su favor…; el montaje hábilmente compuesto para ponerle a él a la luz y tener a todo el resto del mundo en la sombra? ¿Cartas…? ¿Había escrito John Northmore tres líneas que a esas alturas pudieran tener el más mínimo interés? ¿De quién era la absurda idea de semejante publicación, y qué engañado patrocinio editorial se podría haber agenciado la familia? Ella no estaba al tanto, por supuesto, pero le sorprendería que hubiese material. Entonces se le ocurrió, pensando, que por supuesto habría habido cola de compiladores y editores —la estrella de John Northmore seguiría imperando. ¿Por qué no iba a sacar provecho de sus cartas en la muerte lo mismo que en la vida? Fueran como fuesen, se lo *había* sacado. Tendrían un éxito clamoroso.

Volvió a pensar en las ricas y desordenadas reliquias de su marido —en los bloques de mármol desgajados que ya no podían sino yacer donde habían caído; tras de lo cual, con uno de sus hondos y frecuentes suspiros, retomó la comunicación de lady Northmore.

Las cartas de John Northmore a Warren, conservadas o no, ni se le habían pasado por la cabeza. Las que le había escrito a ella estaban bien guardadas —sabía dónde poner la mano para encontrarlas; pero ésas su corresponsal se había abstenido cuidadosamente de pedirlas, y probablemente ni conocía su existencia. Pertenecían, además, a aquella fase de la carrera del gran hombre que era netamente— sólo eso se la podía llamar —anterior: anterior a la grandeza, al tema propio del volumen, anterior sobre todo a lady Northmore. El grueso paquete descolorido seguía agazapado donde venía estándolo desde hacía años; pero en el día de hoy no habría sabido decir por qué lo había conservado, como no habría sabido decir por qué no le había dicho nunca a Warren— aunque él estaba enterado del temprano episodio —que lo conservaba.

Esta última reserva mantenida ciertamente la absolvía de decírselo a lady Northmore, quien seguramente sabría también del episodio. Lo raro del asunto era, en cualquier caso, que el retener aquellos documentos no había sido accidental. Lo había hecho en obediencia a un oscuro instinto o un vago cálculo. ¿Cálculo de qué? No habría sabido explicarlo: había operado, en un rincón de la consciencia, simplemente como un sentir de que, no destruida, la coleccioncita completa era una seguridad. Pero ¿para quién, justo cielo? A lo mejor todavía lo averiguaba; aunque nada, confiaba, podía ocurrir que le exigiese tocar aquellas cosas o releerlas. No las habría tocado ni releído por todo el oro del mundo.

De todos modos, no había revisado aún aquellos receptáculos donde se habrían acumulado las cartas que Warren conservara; y tenía sus dudas de que contuvieran ninguna de lord Northmore. ¿Por qué iba a haberlas guardado? Hasta ella misma había tenido más motivos. ¿Se habría juzgado bueno el estilo epistolar maduro de su señoría, o de ese género que, por una u otra razón, prohíbe el recurso al cesto de los papeles o a las ascuas encendidas? Warren había vivido bajo un diluvio de documentos,

pero acaso en éstos hubiera podido ver aportaciones a la historia contemporánea.
Fuera como fuese, lo cierto era que no habría guardado muchos. Empezó a buscar en armarios, cajas, cajones todavía no visitados, y se llevó sus sorpresas tanto por lo que su marido había guardado como por lo que no. Cada palabra procedente de ella estaba allí —cada nota que le había mandado en ocasionales ausencias. Bien, casaba felizmente con que ella supiera dónde encontrar exactamente cada una de las que, en tales ocasiones, había recibido a su vez.
La correspondencia de los dos, al menos, estaba completa. Pero en definitiva también lo estaba, por una de las partes, según se fue manifestando gradualmente, la de lord Northmore. Era evidente que su marido no había sacrificado la sobreabundancia de aquellas misivas a ninguna conveniencia pasajera; se le fue haciendo cada vez más meridiano que había conservado hasta el último papel; y ante sí misma no pudo negar que sentía —apenas sabía por qué— su poquito de decepción. No le había faltado la esperanza, aunque fuera vaga, de verse informando a lady Northmore de que, con gran pesadumbre por su parte y tras una batida general, no encontraba nada de nada.
El hecho, por desgracia, fue que lo encontró todo. Fue concienzuda, rebuscó hasta el fondo, y para entonces una de las mesas se tambaleaba literalmente bajo los frutos de su búsqueda. Todo indicaba, además, que las cartas habían sido guardadas con cuidado y más o menos clasificadas: podía entregárselas a la familia en perfecto orden. Por última vez comprobó que no se le había escapado nada, y hecho esto, fatigada y claramente irritada, se dispuso a contestar en un sentido tan diferente de la contestación que, como podría decirse, había planeado.
Frente a frente con su misiva, sin embargo, descubrió que no tenía fuerzas para escribirla; y, por no estar más tiempo a solas con el montón de la mesa, al rato se marchó de la habitación. A última hora de la noche, justo antes de irse a la cama, regresó casi como esperanzada de que desde la tarde se pudiera haber producido alguna grata intervención en ayuda de su repugnancia. ¿No podría haber ocurrido por arte de magia que su hallazgo fuera un error…? ¿Que las cartas no estuvieran, o que al final fueran de otra persona? Estaban, ay, y al alzar en la penumbra la vela encendida el montón de la mesa se escuadró con insolencia. Ante esto, pobre señora, tuvo durante una hora su tentación.
Era oscura, era absurda; lo único que de ella se podía decir era que en aquellos momentos era extrema. Se veía, mientras daba vueltas en torno a la mesa, escribiendo con perfecta impunidad: «Estimada lady Northmore, he buscado por todas partes y no he podido encontrar nada, es evidente que mi marido lo destruyó todo antes de morir, créame que lo siento: habría tenido sumo gusto en ayudarla. Suya afectísima.»
No había más que hacer sino a la mañana siguiente aniquilar privada y resueltamente el montón, y esas palabras quedarían como una explicación del asunto que nadie estaría en situación de rebatir. ¿Qué ganaría con hacerlo, si era eso lo que había que preguntarse? Ganaría que el pobre Warren pareciera haber sido un poquito menos utilizado y engañado. Eso, en su estado de ánimo, la reconfortaría. Pues bien, la tentación era real; pero también, sintió al cabo de un rato, eran reales otras cosas. A medianoche se sentó a escribir la nota. «Estimada lady Northmore, me complace comunicarle que he encontrado muchas cartas; mi marido parece haber puesto gran cuidado en conservarlo todo. Tengo a su disposición un buen paquete, si pudiera usted enviar a alguien a buscarlo. Es para mí una alegría poder contribuir a su tarea. Suya afectísima.» Salió a la calle como

estaba y echó la carta en el buzón más cercano. A mediodía del día siguiente la mesa, para su alivio, quedó vacía. Su señoría había mandado a un servidor de confianza —su mayordomo— con un coche de punto y una caja grande de laca.

III

Después de esto, durante doce meses, hubo frecuentes anuncios y alusiones. De todas partes le llegaban, y hubo horas en las que el aire, para su imaginación, casi no contenía otra cosa. En una primera fase, inmediatamente después de aquella comunicación que le dirigiera lady Northmore, había habido un llamamiento oficial, una circular *urbi et orbi*, reproducida, aplaudida, comentada en todos los periódicos, requiriendo de cuantos poseían cartas que las remitieran sin tardanza a la familia. La familia, dicho sea en justicia, recompensaba el sacrificio con generosidad —en la medida en que fuera recompensa tener al mundo informado de los rápidos progresos de la obra. El material resultaba más copioso de lo que se hubiera podido pensar. El interés de los inminentes volúmenes se había dado naturalmente por seguro, pero quienes habían sido favorecidos con un atisbo de su contenido se sentían ya autorizados a prometerle al público un festín sin precedentes. Ciertos aspectos del pensamiento del autor y de su carrera recibirían luces hasta entonces insospechadas. Lady Northmore, profundamente reconocida por los favores recibidos, se permitía renovar su petición; no obstante la halagüeña respuesta ya obtenida, se creía posible seguir buscando un residuo de tesoro escondido, sobre todo en relación con varias fechas que ahora se especificaban.

La señora Hope veía, no podía por menos de reconocerlo, cada día a menos gente; pero su círculo no era aún tan cerrado que no oyera pregonar que a Fulano y Zutano «les habían pedido». La conversación del mundo londinense le pareció durante un tiempo casi reducida a ese género de preguntas y respuestas. «¿*A ti* te han pedido?» «Sí, ya lo creo; hace meses. ¿Y a ti?» Lo más notable, ya que a la ciudad entera se le pedía que contribuyese, parecía estar en que a la petición hubiera acompañado en cada caso la capacidad de responder. Bastó con tocar el resorte para que millones de cartas salieran volando. La señora Hope cavilaba que a esa marcha no darían de sí diez volúmenes para agotar el suministro. Cavilaba mucho, no hacía más que cavilar; y, por extraño que esto pueda parecer a primera vista, uno de los resultados finales de sus cavilaciones fue el crecimiento de un germen de duda. Había que dar como posible, a la vista de tal unanimidad, que hubiera sido víctima de una estúpida equivocación. El prestigio del gran desaparecido era, pues, seguro y sólido para el sentir general. No había estado la falta en él, inmortal, sino únicamente en ella, necia y todavía abrumada por la falibilidad del Ser. De modo que él había sido un gigante, y las cartas serían la

demostración triunfal. Ella sólo había mirado los sobres de las que entregara, pero estaba preparada para cualquier cosa. Estaba el hecho, al que no se podían cerrar los ojos, del propio y marcado testimonio de Warren. La actitud de los demás no era sino su actitud; y suspiró al hallarle en este caso, por única vez en su vida, del lado de la vocinglera multitud.

Era perfectamente consciente de haberse dejado ganar por la obsesión, pero cuando la publicación de lady Northmore se perfiló de veras en el horizonte —corría el mes de enero, y ya se anunciaba sin lugar a dudas para marzo— su pulso se aceleró de tal manera que pasaba despierta la mayor parte de las largas noches. Fue en una de esas vigilias cuando de pronto, en la fría oscuridad, sintió el roce de casi el primer pensamiento que en muchos meses no le daba dolor; el efecto fue hacerla saltar de la cama con un nuevo contento. Su impaciencia creció al máximo en aquel mismo instante —a duras penas pudo esperar al día para ponerse en acción. La idea no era ni más ni menos que reunir inmediatamente y dar a la luz las cartas de *su* héroe. Ella publicaría las cartas de su marido, ¡loado fuera Dios!, y no desperdició ni un minuto en preguntarse a qué había estado esperando. *Había* esperado— demasiado; pero quizá fuese natural que, para unos ojos sellados por las lágrimas y un corazón oprimido por la injusticia, no hubiera habido una visión instantánea de dónde estaba su remedio. Ya se lo representaba como su remedio —aunque seguramente le habría resultado dificil ponerle nombre en público a su agravio. Era un agravio para sentirlo, pero no, de fijo, para hablar de él. Y hete aquí que, al instante, el bálsamo había empezado a actuar: porque muy pronto se igualarían los lados de la balanza. Pasó todo aquel día releyendo las viejas cartas que tenía de él, demasiado íntimas y demasiado sagradas— ¡felizmente! —para entrar en el proyecto, pero que de todos modos le ponían viento en las velas y añadían grandeza a su presunción. Por supuesto que ella, porque en todos sus años de casados la separación no fue nunca frecuente, ni nunca prolongada, había conocido mucho menos que otros a su marido como corresponsal; aun así aquellas reliquias constituían una posesión— le sorprendió su número —y testificaban enormemente de su don inimitable.

Él sí era un escritor de cartas donde los hubiera —natural, ingenioso, variado, robusto, que abarcaba toda la escala con la mano más ligera y más suelta. Su suave fuerza— su suave fuerza: todo lo que le evocaba la evocaba. Las más numerosas eran, por descontado, las primeras y la serie de su noviazgo, testigos de la larga prueba, ricas e ininterrumpidas; tan cargadas, en efecto, y tan maravillosas que era casi un dolor tener que plegarse a la común medida de la modestia conyugal. Estaba la discreción, estaba la costumbre, estaba el buen gusto; pero ganas le daban de saltárselos. Si muchas eran páginas demasiado íntimas para publicarlas, casi todas las demás eran demasiado valiosas para ocultarlas. ¡Quizá después de su muerte…! No sólo la reanimó, el dichoso pensamiento de la liberación simultánea de ella y de su tesoro, haciéndole prometerse disponer las cosas de inmediato: más que eso, reforzó la impaciencia con que esperaba el término de su mortalidad, que dejaría libre el campo para la justicia que invocaba. Su gran recurso, sin embargo, claramente, serían los amigos, los colegas, los admiradores particulares con quienes él se había escrito durante años, a quienes ella le había visto escribir, y muchas de cuyas cartas, nada extraordinarias, había encontrado en sus recientes ordenaciones y clasificaciones. Hizo una lista de aquellas personas y les escribió inmediatamente, o, en los casos en que ya habían fallecido, escribió a sus viudas, a sus hijos, a sus representantes; recordándose en aquel quehacer sin desagrado, de hecho de una manera estimulante, a

la mismísima lady Northmore. Había pensado que la mismísima lady Northmore se mostraba, sin saber por qué, muy segura; pero esa idea, curiosamente, no se le ocurrió en la relación con la señora Hope. Precisamente por su señoría empezó, abordándola en los mismos exactos términos de la solicitud de la aristocrática viuda, que recordaba palabra por palabra.

Luego esperó, pero por ese lado no tuvo que esperar mucho. «Estimada señora Hope, he buscado por todas partes y no he podido encontrar nada. Es evidente que mi marido lo destruyó todo antes de morir.

Créame que lo siento: habría tenido sumo gusto en ayudarla. Suya afectísima.» Eso fue todo lo que escribió lady Northmore, sin la elegancia de una alusión a la ayuda que ella recibiera; aunque incluso en el primer sofoco de estupor y amargura nuestra amiga advirtiera la extraña identidad de forma entre aquella nota y otra que no llegó a escribirse. Se le respondía como ella, en el mismo caso y en su única hora de maldad, había soñado responder. Pero la respuesta no acababa ahí —aún tenía que ir llegando, día tras día, de todas las otras fuentes a las que había alcanzado su pregunta. Y día tras día, mientras el estupor y la amargura iban en aumento, consistía sencillamente en tres líneas de pesadumbre. Todos habían buscado, y todos en vano. Todos habrían tenido sumo gusto, pero todos se veían reducidos, igual que lady Northmore, a sentirlo mucho. Nadie encontraba nada, y nada, había que deducir en consecuencia, se había conservado. Algunos de los informantes fueron más puntuales que otros, pero todos acabaron contestando, y el asunto se prolongó durante un mes, al término del cual la pobre mujer, hundida, traspasada hasta el fondo del alma, aceptó a la fuerza su situación y volvió el rostro a la pared. En esa posición, valga decirlo, estuvo días y días, sin atender a nada, sólo sintiendo y cuidando su herida. Era una herida tanto más cruel por haberla hallado tan desprevenida. Desde el momento en que brilló a sus ojos su remedio no había conocido una hora de duda, y lo hermoso había estado en lo fácil que era. La extrañeza del desenlace fue aún mayor que el dolor. Verdaderamente era un mundo de risa, el mundo en el que las cartas de John Northmore se clasificaban y etiquetaban para la posteridad y las de Warren Hope les servían a las criadas para encender el fuego. Todo sentido, toda medida de nada, no servía más que para quedarse— quedarse indiferente y mudo. No había nada que hacer —la función iba al revés. John Northmore era inmortal y Warren Hope era maldito para siempre. En cuanto a ella, pues, ella estaba acabada. La habían derrotado. Recostada así, inmóvil, arropada, pasó un tiempo del cual, como digo, no llevó cuenta; hasta que al fin le llegó un estrépito que le hizo volver la velada cabeza. Era el ruido de la aparición de los volúmenes de lady Northmore.

IV

Llenó el aire, en efecto, y todos los periódicos del día la daban a voz en grito. Se ofrecía al lector en el umbral y en las páginas de dentro, tema en todas partes de editorial y reseña. Las reseñas, además, como vio de una ojeada, desbordaban citas; bastaba asomarse a un par de diarios para hacerse una idea justa del entusiasmo reinante. La señora Hope miró los dos o tres que, como confirmación del único que solía recibir, mandó comprar mientras desayunaba; pero su atención no fue capaz de adentrarse más: descubrió que no podía afrontar el contraste entre el orgullo de los Northmore en semejante mañana y su propia humillación. Los periódicos lo proclamaban demasiado a lo vivo; los apartó de sí, y para librarse de ellos, para no sentir su presencia, salió de casa pronto. Halló pretextos para estar en la calle; había una copa que le estaba ordenado vaciar, pero podía aplazar la hora de la prueba. Llenó el tiempo como pudo; compró cosas, en las tiendas, que no le hacían falta, y visitó a amigos que no le hacían gracia. Casi todos se encontraban a la sazón en esa categoría, y para ir de visita tenía que escoger las casas inocentes, como acaso las hubiera calificado, de la sangre de su marido. No podía dirigir la palabra a la gentes que habían respondido en tan horribles términos a su reciente circular; por otra parte, las que no la habían recibido serían las que estuviesen estólidamente desapercibidas de la publicación de lady Northmore, y sólo por tortuosos medios se podría haber conseguido de ellas una migaja de solidaridad. Lo mismo que había almorzado en una repostería tomó el té fuera, y ya había caído el crepúsculo de marzo cuando volvió a su casa. Lo primero que vio entonces, sobre la mesa del recibidor iluminado, fue un paquete grande y bien hecho; y por ello supo antes de acercarse que lady Northmore le había enviado el libro. Había llegado, le dijeron, a poco de marcharse ella; de no haberlo hecho, pues, se podría haber pasado el día con él. Comprendió entonces plenamente su pronto instinto de huir. La huida habría sido una ayuda, sí, y el contacto con la gran vida general e indiferente. Pero al cabo había que dar la cara a la realidad.

Se la dio, después de cenar, en el saloncito cerrado, desempaquetando los dos volúmenes. —*Correspondencia Pública y Privada de Su Ilustrísima Etc. Etc.*— y mirando bien lo primero, el gran escudo que campeaba en las tapas color púrpura y los varios retratos que había en el interior, tan abundantes que allí donde se abriese se tropezaba con uno. Nunca se le había ocurrido pensar que lord Northmore se pasara la vida posando, pero allí estaba representado en todas las fases y todos los estilos, y aún se enriquecía la galería con las vistas de sus sucesivas residencias, cada una un poco más grandiosa que la anterior. Ella siempre, en general, había observado que en los retratos, fueran de gente conocida u oscura, los ojos parecían buscar y encontrar los suyos; pero en todas partes John Northmore miraba más allá, talmente como si estuviera en la misma habitación y no fuera consciente de conocerla. El efecto de esto fue tan fuerte, curiosamente, que a los diez minutos la señora Hope sintió que se sumergía en el texto como lo habría hecho una extraña que vulgar y accidentalmente le debiera el favor a alguna biblioteca. Le había dado miedo zambullirse, pero desde el momento en que se metió estuvo —dicho sea en perfecta justicia para con todos— totalmente prendida. Allí, hasta altas horas, hizo tantas reflexiones y descubrimientos que —como única manera de formularlo— pasó del asombro a la estupefacción. Su propia serie ofrecida figuraba prácticamente entera; había contado las cartas de Warren antes de enviarlas, y ahora observó que faltaban apenas una docena —circunstancia que explicaba el fino detalle de lady Northmore. Fue a esas páginas a donde se dirigió primero, y fue ante ellas donde despuntó su satisfacción. Que, en

verdad, tomó al principio una forma particular— la forma de un asombro agudizado ante la innatural piedad de Warren. Su sorpresa original había sido fuerte —cuando intentó dar por hecho que habría razones; pero su sorpresa original no era nada frente a su pasmo actual. Las cartas de Warren habían sido virtualmente, juzgó, para la familia, el naipe mayor; pero si el naipe mayor no era más que eso, ¿qué habría que pensar del resto de la baraja?

Siguió mirando al azar y con una sensación de fiebre creciente; tembló, casi sin aliento, por no estar segura demasiado pronto; pero dondequiera que mirase veía dilatarse el prodigio. Las cartas a Warren eran un abismo de inanidad; las demás hacían lo posible por no desentonar; de modo que el libro era un inmenso yermo, la publicación un tema de regocijo. De tal manera se perdió en visiones animantes a medida que crecía su percepción de la escala del error, que hacia las once, cuando la doncella abrió la puerta, dio casi el respingo de la culpabilidad sorprendida. La muchacha, que ya se retiraba a descansar, venía sólo a decirlo, y su señora, supremamente despierta y con la memoria reavivada, apeló a ella, tras una mirada en blanco, con intensidad. «¿Qué ha hecho usted con los periódicos?»

—¿Qué periódicos, señora?

—Los de esta mañana…, ¡no me diga que los ha tirado! Dese prisa, tráigamelos.

La joven, por rara casualidad, no había tirado los impresos públicos; en seguida reapareció con ellos muy bien doblados; y la señora Hope, despachándola con bendiciones, supo por fin en pocos minutos cómo estaban las cosas. Vio su impresión portentosamente reflejada en las largas columnas grises. No era, pues, la ilusión de sus celos —era el triunfo, no esperado, de su justicia.

Los críticos mantenían un decoro, pero francamente, puestos a fijarse, su estupefacción no era menor que la de ella. Aquello que por la mañana había tomado por entusiasmo resultaba ser mera atención mecánica, que, no prevenida de antemano, buscaba una salida para el asombro. La cuestión estaba, si se quiere, planteada con delicadeza, pero aun así planteada en todos lados: «¿Qué *podía* haber inducido a la familia de lord Northmore a tomarle por un maestro del género epistolar?» Pomposo y ponderoso y al mismo tiempo inconexo y oscuro, se las arreglaba, con un arte muy personal, para ser a la vez deslavazado y envarado. ¿Quién, en un caso así, había sido el principal responsable, y qué consejo extrañamente tardío había extraviado de manera tan deplorable a un grupo de personas a su vez carentes de seso? Con menos cómplices en la preparación casi se habría podido deducir que hubieran sido víctimas de un timo premeditado, de una trampa refinada.

Fuera como fuese, habían cometido un error del que lo más piadoso que se podía decir era que, como fundado en la lealtad, resultaba conmovedor. Estas cosas, dentro de la acogida dispensada, acaso no estuvieran en titulares, pero despuntaban entre líneas y al día siguiente habrían saltado a primer plano. Las largas citas aducidas eran citas marcadas con un ¿por qué? «¿Por qué— en otras palabras, según interpretaba la señora Hope —arrastrar a la luz semejante incapacidad de expresión? ¿Por qué dar el texto de su falta de inteligencia y las pruebas de su fatuidad?» La víctima del error había sido ciertamente, a su manera y en su día, una persona útil y sobresaliente, pero casi cualquier otra demostración de ese hecho hubiera sido menos desafortunada. La señora Hope vio patente, mientras de madrugada recorría con sus pasos la habitación, que la rueda había dado la vuelta completa. El monumento que la había ensombrecido estaba en pie, pero en menos de una semana sería la ocasión

de todo humorista, el hazmerreír del Londres inteligente.
La extraña participación que en el mismo había tenido su marido siguió aquella noche, entre sueños y vigilias, desconcertándola, pero se hizo la luz con su último despertar, que fue gratamente tardío. Abrió los ojos a esa luz, y, al recibirla derechamente, la saludó con la primera carcajada que en mucho tiempo pasaba por sus labios. ¿Cómo había sido todo lo idiota que había que ser para no adivinarlo? ¡Warren, desempeñando insidiosamente el papel de guardián, había hecho lo que hizo a propósito! Había actuado con un fin largamente paladeado de antemano, y el fin —el pleno saboreo — estaba ahí.

V

Fue después, de todos modos —después de que los restantes órganos de la crítica, incluidos los salones de los clubs, los pasillos de la Cámara y las sobremesas de todas las cenas, materializaran debidamente sus reservas, y dieran suelta a su irreverencia, y de que los dos desdichados volúmenes fueran a ocupar su puesto, sin apelación, entre las novedades insuficientemente curiosas y prematuramente viejas—, fue una vez que hubo pasado todo esto cuando sintió realmente cuán hermosa habría sido ahora su propia oportunidad y cuán dulce su venganza. El éxito de *sus* volúmenes, de cuya inevitabilidad nadie había tenido atisbos, habría sido tan grande como el fracaso de los de lady Northmore, de cuya inevitabilidad todo el mundo los había tenido. Releyó una y otra vez sus cartas, y se volvió a preguntar si la confianza que había conservado *aquellas* no podría, en semejante crisis, justificarse a pesar de todo. ¿Acaso el desprestigio del ingenio inglés, por así decirlo, derivado de la atribución incorregida de tales mediocridades de pensamiento y forma a un personaje público acreditado, no exigía realmente, puestos a pensarlo, un gesto redentor como sería la aparición de una compilación de obras maestras recogidas de una posición semejante? Tener esa compilación entre las manos y quedarse así, sin utilizarla, era un tormento posiblemente superior a sus fuerzas.
Pero había otra cosa que podía hacer, no redentora desde luego, pero quizás en el fondo, visto el estado de cosas, pertinente. Extrajo de su agujero, al cabo de tantos años, el paquete de las epístolas que le dirigiera John Northmore, y, releyéndolas a la luz de su estilo posterior, juzgó que contenían plenamente la promesa de aquella inimitabilidad; sintió cómo reforzarían la impresión y cómo, en la esfera de lo *inédit*, constituían su tesoro supremo. Tuvo, por consiguiente, una semana terrible de ansias de darlas a la publicidad. Compuso mentalmente el prólogo, breve, dulce, irónico, que la presentase impulsada por un escrupuloso sentido del deber hacia una gran reputación y teniendo a la

vista los laureles tan recientemente cosechados. Habría dificultades, naturalmente; los documentos eran de su pertenencia, pero la familia, aturdida, asustada, recelosa, se retrataba a su imaginación como un perro con un cogedor atado al rabo y presto a echar a correr en pos de cobijo al primer ruido de lata. Habría que consultarles, era de suponer, o, si no se les consultaba, interpondrían una acción judicial; con todo, de las dos opciones, la de arrostrar el escándalo por el hombre que había rechazado la atrajo, mientras duró el hechizo de aquella visión, todavía más que la de faltar a la delicadeza por el hombre con quien se había casado.

La visión la envolvió, y siguió acariciando la idea —alimentada, cuando volvía a sacar el grueso paquete descolorido, por relecturas cada vez más convencidas. Llegó a recabar opiniones sobre la interferencia posible para la parentela de su antiguo amigo; recabó de hecho, a partir de entonces, muchas opiniones; volvió a salir, retomó viejos hilos, reparó viejas rupturas, volvió a ocupar, como se decía, su puesto en la sociedad. Hacía años que no se dejaba ver tanto como en las semanas que siguieron a la humillación de los Northmore. Visitó en particular a todos y cada uno de los que desechara tras el fracaso de su petición.

Muchas de esas personas figuraban como contribuyentes de lady Northmore, agentes inconscientes del cruel desenmascaramiento; estaba bien claro que habían actuado con toda su buena fe. A Warren, previsor y calculador, se le podía atribuir tanta sutileza, pero a nadie más. Con todos los demás, —porque era verdad, se decía cuando los tenía enfrente, que parecían tontos— se despachó como le vino en gana; lanzando a diestro y siniestro la pregunta de en qué habían estado pensando en los pasados años, ellos o sus progenitores. «¿Dónde tenían la cabeza y qué habían hecho del sentido común cuando quemaron las cartas inapreciables de mi marido para aferrarse como a tablas de salvación a las de lord Northmore? ¡Ya ven qué salvación!» Las débiles explicaciones, la imbecilidad, juzgó, de las razones aducidas, fueron otro tanto bálsamo para su herida. El gran bálsamo, sin embargo, lo dejó para el final: iría a ver a lady Northmore sólo después de agotados todos los demás consuelos. Ese recurso sería tan supremo como el tesoro del grueso paquete. Al cabo, y por feliz casualidad, si es que la casualidad podía ser feliz en aquella casa, fue recibida. Estuvo media hora —había otras personas en la reunión; y al levantarse para marchar se sabía remunerada. Había visto lo que quería, había sondeado hasta el fondo lo que veía; sólo que, inesperadamente, algo la había embargado más absoluto que la dura necesidad a la que había obedecido o la ventaja vengativa que había anhelado. Se había creído capaz de cualquier cosa menos de conmiserar a aquella gente, y sin embargo fue en conmiseración en lo que al cabo de diez minutos sintió disolverse todo lo demás.

Súbitamente, en el acto, se transformaron a sus ojos por la profundidad de su desdicha, y los vio, a los grandes Northmore, como —quién lo hubiera pensado— conscientemente débiles y apagados. No hizo, ni oyó, mención alguna a volúmenes publicados o frustrados; y tanto dejó desvanecerse la pesquisa que llevaba preparada, que cuando, al separarse, besó a su ajada hermana en la viudez, no fue con el beso de Judas.

Había pensado preguntar como de pasada si no podría *ella* también editar; pero la renuncia con que volvió a entrar en su casa se había formado antes de salir del salón. Ya en casa, al principio no hizo otra cosa que llorar —llorar por lo común que es el fracaso y lo extraña que es la vida. Sus lágrimas

quizá le aportaran una actitud de filosofía; fuérase lo uno por lo otro. El caso es que cuando se agotaron sacó por última vez el grueso paquete descolorido. Sentada junto a un receptáculo que diariamente se vaciaba para provecho del basurero, una por una destruyó las perlas de la colección donde cada pieza había sido una perla. Hizo pedacitos las cartas de lord Northmore. Ya nunca se sabría, en lo tocante a esa serie, ni que habían sido atesoradas ni que habían sido sacrificadas. Y le satisfizo dejarlo así. Al día siguiente comenzó otra tarea. Sacó las de su marido y acometió el trabajo de transcribirlas. Las copió con devoción, con ternura, y, para el propósito que ahora ya tenía bien formado, no juzgó imperativa casi ninguna omisión. ¡De allí a que se publicaran…! Meneó la cabeza, como quien sabe y como quien se resigna, ante críticas tan remotas.

Cuando tuvo terminada la transcripción la mandó a componer a una imprenta, y después, recibidas y corregidas las pruebas, y con todas las precauciones para mantener el secreto, hizo estampar un único ejemplar y deshacer las planchas delante de su vista. Su penúltima acción —o quizá sea mejor decir su antepenúltima— fue guardar con todo cuidado aquellas hojas, que, según descubrió con agrado, formarían un volumen de trescientas páginas. La siguiente fue adicionar a su documento testamentario una provisión precisa para la publicación, después de su muerte, de ese volumen. La última fue alumbrar la esperanza de que la muerte no tardase en llegar.

En torno a *La vida privada, Owen Wingrave, Los amigos de los amigos* y *La humillación de los Northmore*

La primera anotación relativa a *La vida privada* que se encuentra en los cuadernos de trabajo de Henry James está fechada el 27 de julio de 1891 en Kingstown, una localidad costera próxima a Dublín, y dice: *«La vida privada* (título del pequeño relató fundado en la idea de F. L. y R. B.) debe empezar así:», a lo que sigue un comienzo casi idéntico al empleado después en la obra. Curiosamente, tras escribir ese comienzo James tuvo ciertas dudas sobre si continuar, según se deduce de la segunda y última anotación, fechada en el mismo lugar el 3 de agosto: *«La vida privada* —la idea de meter en una misma historia la pequeña invención de la identidad privada de un personaje inspirado en F. L., y la de un personaje inspirado en R. B., por supuesto que es pura fantasía, pero como tal ¿no se puede hacer entretenida y bonita? Tiene que ser muy breve— muy ligera —muy vivida. Lord Mellifont [sic] es el *histrión* público— el hombre cuya personalidad entera de tal forma se irradia en representación y aspecto y sonoridad y fraseología y brillantez y fachada que no hay absolutamente —pero lo *veo:* ¡empieza— empieza! No te quedes en hablar *de* y desde fuera.»

Ese R. B., en palabras del prólogo de James al volumen XVII de la Edición de Nueva York «un hombre muy distinguido, con quien uno se encontraba constantemente, y que tenía la fortuna y la peculiaridad de traslucir en su persona lo menos posible (al menos para *mi* observación curiosa) las elevadas marcas, las ricas implicaciones y raras asociaciones, de la genialidad a la que debía su posición y su renombre», no es otro —y ello está confirmado textualmente en el mismo prólogo— que el gran poeta Robert Browning (1812-1889), cuya obra James admiraba desde su juventud, y a quien en Londres conoció de cerca. En cuanto a F. L., todo apunta a que se trate de Frederick Leighton, lord Leighton (1830-1896), pintor académico celebradísimo en su tiempo y que desde 1878 fue presidente de la Royal Academy. También a Leighton le trató James personalmente; en el prólogo citado le describe, o mejor dicho describe a su inspirador innominado, como «el más dotado de los artistas y el más deslumbrante de los hombres de mundo, cuyo efecto sobre la mente reiteradamente invitada a valorarle era engendrar en ella una imagen de representación y figuración tan excluyente de toda posible identidad interior que, lejos de haber aquí un posible caso de *alter ego,* de doble personalidad, apenas parecía haberlo de personalidad real y única, apenas espacio o margen para un *ego* privado y doméstico.» Años antes de describir *La vida privada.* James comentaba en una carta de 1883 haber ido «a ver a Leighton, en su calidad de presidente de la RA, hacer entrega de los premios anuales a los alumnos de esa institución. (…) Leighton es maravilloso para estas ocasiones —*representa* admirablemente»; y en otra carta, ésta de 1888, le llama «el refinado, el rizoso, el gratamente artificial».

De tales materiales forjó nuestro autor el entramado de ese delicioso, y no carente de hondura, *jeu d'esprit* que es *La vida privada.* Nos falta saber de dónde, de quién, pudo tomar inspiración para el tercer personaje, exterior al problema pero alma de la fábula: la irreprimible, la encantadora, la vivísima Blanche Adney.

La vida privada se publicó por primera vez en la revista estadounidense *The Atlantic Monthly* en abril de 1892, y en forma de libro, encabezando un pequeño grupo de relatos, en 1893. Para esta traducción, como para las restantes del presente volumen, hemos utilizado el texto de la Edición de Nueva York (1909).

* * *

«Recuerdo a propósito de *Owen Wingrave*, por ejemplo, simplemente que una tarde de verano de hace muchos años, sentado en una silla de alquiler y bajo un gran árbol de los jardines de Kensington, debí de ser capaz, al cabo de unos pocos momentos visionarios (…), de equiparle incluso con detalles que no entran o no se mencionan en la historia. ¿Brotaría esa adecuada intensidad *toda* del hecho de que, estando yo allí sentado, bajo el inmenso aleteo suave del verano y el amortiguadísimo runrún de Londres, viniera un joven a ocupar otra silla dentro de mi radio de contemplación, un joven alto, sereno, delgado y estudioso, de admirable figura, y a enfrascarse en un libro con inmediata gravedad? *¿Fue* aquel joven, allí mismo, Owen Wingrave, estableciendo la situación por la mera magia de la figura, creando de una vez todos los concomitantes y llenando la totalidad del cuadro?» Con estas palabras aborda James la cuestión de los orígenes de *Owen Wingrave* en el prólogo de 1909, sin afirmar a renglón seguido sino que pudo ser así; una vez más, en sus cuadernos de trabajo encontramos indicaciones más precisas sobre lo que primero despuntó en su imaginación.

«26 *de marzo de 1892.* La idea del *soldado* —producida un poco por la lectura fascinada de las magníficas memorias de Marbot. La imagen, la figura, la visión, el carácter, como un desafío, un incentivo, una fuerza transmitida, hereditaria, mística, casi sobrenatural, casi una presencia que ronda, que se aparece, en la vida y consciencia de un descendiente— un descendiente totalmente distinto en su temperamento y suma de cualidades, pero aún así presa de un respeto supersticioso en lo que se refiere a continuar la tradición del valor absolutamente *militar* —la bravura personal y el honor. Sentido de la dificultad— la imposibilidad, etc.; sentido de la fealdad, la sangre, la carnicería, el sufrimiento. Todas estas cosas le llevan a dejarlo —no por cobardía, sino por sufrimiento. Pensar *algo* que se le ordena hacer— etc. Ahora no puedo completar esta indicación; pero la retomaré, porque veo en ella el destello de una idea para un pequeño tema, aunque sólo de una manera vaga y confusa —el teína, o más bien la idea, de una acción valerosa, soldadesca— un acto de heroísmo —impulsada por el propio esfuerzo de rehuir toda la parte fea y brutal de la religión, el sacrificio, y que gane (¿en una muerte trágica?) la recompensa de la bizarría— la gane del antepasado que se aparece. Esto es muy crudo y tosco, pero seguramente lleva algo dentro que extraeré.»

«*8 de mayo de 1892, 34 De Vere Gardens.* ¿No puedo darle un poco de forma a la idea —para un relato corto— del joven soldado? —el chico que, aunque predestinado, por todas las tradiciones de su estirpe, a la profesión de las armas, siente hacia ella un odio invencible— hacia su lado *sangriento*, el sufrimiento, la fealdad, la crueldad; de modo que decide rechazarla para sí —romper

con ella y abandonarla, y esto frente a toda clase de coacciones de la opinión (por parte de otros), a tales presiones para no dejar mal el honor de la familia, etc. (siempre gloriosamente vinculado al ejército), que hay como una degradación, un exponerse al ridículo y a la ignominia en su apostasía. La idea sería que lucha, a fin de cuentas, que arrostra las posibilidades de peligro y muerte por su punto de vista— actúa como soldado, *es* soldado, y de estirpe irrevocable de soldados —demuestra que lo ha sido— aun en ese propio esfuerzo de abjuración. La cosa es inventar la particular situación heroica en la que pueda haberse encontrado —poner de manifiesto *cómo* ha sido un héroe a la vez que tiraba las armas. Se trata de un pequeño tema para el *Graphic*— así que no lo debo hacer "psicológico" —de eso entienden lo que un burro entiende de violín. La forma particular de oposición, de coacción, que tiene que afrontar, y el modo en que su "heroísmo" queda *constaté.* Para que sea bonito tiene que quedar *constaté* a los ojos de una mujer, una chica a la que él quiere, pero que ha adoptado la postura de despreciarle por su renuncia— una *filie de soldat,* que está muy *montée* por todo el asunto, muy dura con él, etc. Pero lo que el tema requiere es ser distanciado, relegado a un pasado pintoresco donde el ejército ocupaba un espacio mayor en la vida —poetizado por un entorno ligeramente romántico. Incluso si se pudiera meterle un elemento sobrenatural— hacer de ello, quiero decir, una pequeña historia de fantasmas; situarlo, el escenario, en una antigua casa de campo, en Inglaterra a comienzos de este siglo —la época de las guerras napoleónicas—. Me parece que se podría hacer algo de apariciones que le diera color sin ser ridículo, y conseguir por ahí el tipo de presión a que el joven se ve sometido. Lo veo —se me perfila un poco. Tiene que morir, por supuesto, ser muerto, por decirlo así, en su propio campo de batalla, la noche que pasa en la habitación hechizada donde se supone que el espectro de un inflexible abuelo— un guerrero sanguinario de la estirpe —o un padre muerto en la Peninsular o en Waterloo— se hace visible.»

Owen Wingrave, ambientado al fin en la época contemporánea, se publicó en el número de Navidad de 1892 de la revista *The Graphic,* y al año siguiente formó parte del volumen ya citado de *La vida privada.* Mucho después, en diciembre de 1907, James lo transformó en pieza teatral en un acto, por razones de compromiso: había que completar con algo breve las representaciones de su comedia *The High Bid.* La forma escénica de *Owen Wingrave,* que hoy nos parece bastante floja, se tituló *The Saloon* («La sala»), y, desechada para su propósito inicial, no se estrenó hasta 1911; tal vez su principal interés resida en haber sido el detonante, en 1909, de un curioso intercambio epistolar entre James y G. Bernard Shaw, que leyendo el manuscrito reaccionó con apostólica indignación («¿Por qué ha hecho usted una cosa así?») a la idea de que lo que parecía ser un alegato pacifista acabara zanjado, de manera tan «supersticiosa» y poco «científica», por la intervención de un fantasma. Llegaba incluso a conminar al autor a cambiar el final por otro en el que Owen «venciera» al fantasma: un *happy end* de las fuerzas de la modernidad triunfantes sobre el oscurantismo. James, impertérrito, le respondió reivindicando con energía los derechos de la libre imaginación artística, y aun su valor superior, para el desarrollo moral del hombre, al de cualesquiera prédicas «alentadoras» y «socialistas». Cabe suponer lo que habría sufrido Shaw si hubiera visto que todavía en 1971 —¡en plena guerra del Vietnamí— la historia inalterada de Owen Wingrave le servía a Benjamin Britten para componer una ópera.

* * *

Los amigos de los amigos no recibió ese título hasta su inclusión en la Edición de Nueva York; en sus apariciones anteriores, todas de 1896 (en las revistas *Chap Book* y *Chapman's Magazine of Fiction*, y en el volumen *Embarrassments),* se había llamado *The Way It Came*, que traducido sería algo así como «La forma en que se produjo»; en que se produjo, es obvio, el encuentro de los dos personajes. La primera de las dos anotaciones que hizo el autor en sus cuadernos de trabajo para ese cuento dice lo siguiente:

«21 de diciembre de 1895, 34 De Vere Gardens.
La idea, para una miaja de relato, sobre una miaja de fantasía, de 2 personas que constantemente han oído hablar la una de la otra, constantemente han estado cerca la una de la otra, constantemente se han *cruzado*. No han coincidido nunca —aunque se les haya dicho repetidamente que deberían conocerse, etc.: eso que tantas veces sucede. Tienen que ser, supongo, un hombre y una mujer. Por fin se ha organizado— efectivamente *van* a conocerse: lo ha organizado una tercera persona, amiga de los dos, que pone interés en el encuentro —por simpatía— por oficiosidad, por torpeza, lo que sea: como también sucede tantas veces. Pero antes del acontecimiento uno de los dos muere —la cosa se ha hecho imposible para siempre. El otro viene entonces, después de muerto, al superviviente— con lo que *sí* se conocen, a pesar de los hados —se conocen y, si es necesario, se aman—. Ven, saben, todo lo que habría sido posible *de haberse* conocido. Es una pequeña fantasía un tanto rala —pero tiene algo dentro quizá, para 5000 ó 6000 palabras. Habría diversas maneras de hacerla, y se me ocurre que podría estar contada por la tercera persona, según mi costumbre cuando quiero algo que sea— como lo quiero siempre —intensamente objetivo. Es la mujer la que es el fantasma— es la mujer la que viene al hombre. Yo les he hablado a cada uno del otro, es por conducto de mí, básicamente, como se conocen. No debo ser demasiado *entremetteur* o *entremetteuse:* puedo incluso haber estado un poco reacio o suspicaz, un poco celosa, incluso, si el mediador es una mujer. Si la historia la cuenta una mujer puede tener esos celos de su amiga muerta después de la muerte de ésta. Sospecha, adivina, siente que el hombre, de quien ella está más o menos enamorada, *continúa* viendo a la muerta. Ha pensado, ha creído, que la quería *a ella;* pero ahora le nota apreciablemente lejano. O, si no tengo el narrador «en tercera persona», ¿qué efecto se sacaría de la forma impersonal —qué efecto peculiar y característico, compensador, se *podría* sacar? En este caso ¿habría que representar la entrevista *post-mortem* —o no? Sí— pero no necesariamente. Podría incluir "impersonalmente" a la tercera persona y lo que siente —contar la cosa aun *así* desde su punto de vista. Probablemente así tendría que ser más largo— y realmente 5000 palabras es todo lo que merece.»
La segunda anotación, fechada el 10-11 de enero de 1896, es un guión pormenorizado de la historia tal como James la escribiría a continuación.

* * *

La obra que cierra este volumen, *La humillación de los Northmore*, tiene en común con la que lo abre. *La vida privada*, el estar construida sobre un par de contrarios: una polaridad de esencias en

aquel caso (Clare Vawdrey y lord Mellifont), de fortunas en éste (lord Northmore y Warren Hope). Tales relaciones de simetría especular, de proporcionalidad inversa, son muy frecuentes en la producción jamesiana; su reiteración tiene, sin duda, raíces profundas no en el método operativo de James como escritor, sino en su constitución psíquica. Señalemos aquí como curiosidad que estos dos relatos, independientes entre sí, a su vez se oponen en lo que podríamos llamar el grado de saturación de su tratamiento, el posible cociente entre lo que el tema daría de sí y el desarrollo que se le ha dado. Mientras que *La vida privada*, con una técnica narrativa que nos atreveríamos a llamar cinematográfica, es un perfecto ejemplo de correspondencia entre preciosismo del contenido y liviandad del continente, *La humillación de los Northmore* es un caso claro de condensación. Así lo hacía notar el propio James, con pocas y lúcidas palabras, en la parte que le dedicó del prólogo al tomo XVI de la edición neoyorquina:

«(…) Estas cosas, sobre todo la primera *[La humillación de los Northmore],* son novelas intensamente comprimidas, y sin embargo tienen ese carácter reprimiendo, so pena de no poder ser buenos relatos cortos, todo signo de mutilación. Tenían que ser buenos relatos cortos para ganarse, aunque fuera precariamente, su posible jornal y "aparecer" —tan cierto era que no habría para ellas aparición, ni por lo tanto jornal, como francas y valerosas *nouvelles*. Lo más que podían era ocultar el hecho de que *eran* "nouvelles"; lo más que podían era disfrazarse de pequeñas anécdotas. Las incluyo aquí en razón de esa exitosa, esa lograda y consumada— me parece a mí —duplicidad: que, sin embargo, añado, a la hora de la verdad iba a servirles de bien poco— ya que no iban a hallar en ninguna parte, las desdichadas, ni hospitalidad ni recompensa a su esfuerzo.»

«Desdichadas» porque para ninguna de las dos —la otra era *The Tree of Knowledge*, «El árbol del conocimiento»— encontró sitio su autor en las revistas que solían publicar sus relatos, de modo que sólo pudieron «aparecer» en el volumen *The Soft Side,* en 1900.

El último de los breves atisbos que hemos querido dar al lector sobre la génesis de estos relatos transcribiendo los pasajes pertinentes de los cuadernos de James tiene la peculiaridad de ser sumamente divertido. Helo aquí: *«12 de noviembre* [de 1899]. Pequeña fantasía de los 2 *epistolarios póstumos* proyectados de 2 hombres que han hecho su carrera más o menos en paralelo, pero han sido rivales y han tenido fortunas desiguales (uno ha sido un fracasado) —contemplada, registrada por la esposa (viuda— o pareja femenina) —de uno de ellos (el fracasado), que también antaño conoció íntimamente (ha sido amada y maltratada por él) al triunfador. Mueren los dos— ella queda amargada y dolorida (por el ensombrecimiento de su marido —el fracasado), porque siempre ha sabido cuánto más brillante (para el experto, el conocedor) era en realidad que el otro. Se entera entonces de que se van a publicar las *Cartas* del otro —y esto la excita, la mueve: si de *eso* se trata, por qué no publicar las cartas de *su* marido (es la mujer del triunfador— una idiota, *quoi*! —quien publica las de *él),* que *tienen* que haber sido muchísimo mejores y serán un éxito inenarrable. Apela — a diestro y siniestro —a sus amigos: y resulta que ninguno las ha conservado. No *hay* cartas que publicar. Bajo esta última humillación —de que nadie las haya *guardado*— se siente absolutamente hundida: y no le queda más que esperar, pálida y todavía más amargada, que salgan las del rival. Aparecen éstas —y resulta que son un anticlimax, de puro mediocres y perogrullescas, irrisorias

(para su reputación— la hacen trizas), de modo que casi parece como si fuera *por ser* irrisorias y delatoras por lo que sus corresponsales las han conservado, cínica y astutamente. Caen como bombas —¡revientan su fama hueca! ¡Ella, con un gran bandazo del ánimo, se siente *vengada!* Entonces (estoy pensando) publica las cartas SUYAS (de su marido a *ella)* que tenía guardadas. ¡Ésas ELLA sí las había guardado! (¡¡*estaría bueno*!!), pero la delicadeza, etc., el qué dirán ha prevalecido. Ahora se lo salta. No le importa. Quiere apuntarse el tanto. Publica— y se lo apunta. —*¿O hay algo MÁS?*
—*¿En relación con las cartas que llega a publicar????*
—???—???».

María Luisa Balseiro

Un texto de Henry James sobre la literatura fantástica

(La más importante de las ediciones extensas de la obra de Henry James es la «Edición de Nueva York», que con el título The Novels and Tales of Henry James *publicó la casa neoyorquina Scribner's, en veinticuatro tomos, de 1907 a 1909. James escogió las novelas y relatos que debían figurar en ella, revisó todos los textos y antepuso a cada volumen —salvo aquellos que contenían la segunda mitad de una novela larga— un prólogo con comentarios sobre el origen de las obras y su carácter. Póstumamente, en 1918, se añadieron a la colección dos tomos más, con las novelas inacabadas* The Ivory Tower *y* The Sense of the Past. *De los cuatro relatos incluidos en el presente volumen, los tres primeros se encuentran en el tomo XVII, junto con otros que abarcan también el componente de lo «extraordinario» o lo «sobrenatural», y el último en el tomo XVI. El fragmento siguiente está tomado del prólogo al tomo XVII.)*

De todo lo cual se desprende una consideración oportuna para el grupito de composiciones aquí reunidas [se refiere a *Owen Wingrave, The Friends of the Friends, Sir Edmund Orme, The Real Right Thing* y *The Jolly Corner*]; la consideración de que, así como para mí la cuestión siempre ha estado en el asombrarme y, con toda la habilidad posible, mover al asombro, así también todo el lado de cuento de hadas de la vida ha empleado, para tirar de mi sensibilidad, una cuerda suya propia. Cuando queremos asombrarnos, no hay para ello terreno mejor que el de lo maravilloso —siempre anteponiendo la premisa, mediante una inducción no menos rápida, de que ese elemento no puede dejar de ser, para encajar en los diferentes casos, cosa de apreciación. Lo que en una serie de condiciones asombra puede perder su hechizo por completo en otra serie; y hay que decir también que, ya que en la narrativa el peligro de lo extraño desmedido está en lo disparatado, lo mismo que su fuerza, cuando se salva, está en lo cautivador, el viento del interés sopla donde quiere, la entrega de la atención persiste donde puede. El ideal en este género de cosas, obviamente, es el cuento de hadas puro y simple, el caso que se ha purgado en el crisol de todas sus *bêtises* sin dejar de conservar toda su gracia. Puede parecer extraño que, yendo en busca de lo entretenido, se intente esquivar el escollo de lo disparatado arrimándose a lo «sobrenatural»; pero lo que a éste le entretiene es, aun poniéndose en lo mejor (y esto sin duda hace mucho tiempo que lo hemos tenido que reconocer), lo que a aquél otro le sume en la desolación; y yo confieso sin reparo que de siempre la «historia de fantasmas», como por conveniencia la llamamos, ha sido para mí la forma más posible del cuento de hadas. Goza de ese honor, a mis ojos, por ser con tanta diferencia la más límpida— límpida con esa limpidez sin la cual la *representación*, y por lo tanto la belleza, decae. Claro está que uno sólo trabaja el hechizo —decente y eficazmente— a través de lo representado, y en la gracia de lo representado con mayor o menor fidelidad está la medida del éxito; verdad ésta cuyo olvido general y satisfecho no puede por menos de llamar la atención. Para empezar a asombrarme, ante un caso, tengo que empezar a creer —para empezar a dar (es decir, a atender) tengo que empezar a ver y oír y sentir. No parece, lo reconozco, que sea ése el requisito general— como se desprende de que tantas personas manifiesten deleite frente a retratos de maravillas y prodigios que por ningún baremo crítico, ni el más benévolo, *son* retrato; frente a recitaciones de

cosas asombrosas horríficas o beatíficas que ni son representadas ni, por lo que a uno se le alcanza, se ven representables: debilidad que no invalida, a nuestro alrededor, los más resonantes llamamientos a la curiosidad. La condición principal de interés —la transmisión apreciable de unos efectos buscados— está ausente; de modo que cuando, como sucede a menudo, se le pregunta a uno si «le gusta» tal o cual «historia» no puede uno sino señalar, por toda respuesta, a la falta de material para formar un juicio.

Vemos, pues, que la aprehensión que entra en juego debe serlo de ciertas condiciones proyectadas, y por lo tanto su primera necesidad es la de que esas apariencias se constituyan en otra forma, y forma más coloreable, que la de que el autor responda por ellas con su palabra más o menos de caballero. No basta con eso; *deme* sus elementos, *tráteme* su tema, hay que decir —tendré que esperar a eso para decirle si me gustan. Podrían «chiflarme» todos si fueran dados y tratados; pero en este orden de cosas no hay base de opinión sin base de visión, y no hay fundamento para esto, a su vez, si no hay una proximidad comunicada a la realidad. Hay situaciones portentosas, hay prodigios y maravillas y milagros con respecto a los cuales esta comunicación, ya sea por necesidad o por azar, funciona relativamente bien— funciona, según nuestro baremo, con alguna consecuencia convincente; hay otras con respecto a las cuales el informe, el retrato, el alegato, no responde ni de lejos a las preguntas que se nos ocurriría hacer. *Puede* ser quizá, entonces, que a esas preguntas, por la propia naturaleza del caso, no haya respuesta —aunque también sucede mucho, sin duda, que el vicio sentido no está sino en la calidad de la provisión que se ha hecho para ellas: por todos los indicios, mi instinto, aunque sea al servicio de grandes aventuras, reclama las mejores *condiciones* de las cosas; reclama un terreno que permita multiplicar las pinceladas y los efectos, responder al mayor número de preguntas, transmitir la máxima apariencia de verdad. Con la preferencia que he señalado por la evocación «límpida»— la imagen, del tipo que sea, que presente las menos vaguedades y baraturas, los menos cabos sueltos colgando y los menos elementos omitidos, la imagen, en fin, que pueda ser más susceptible de intensidad, —con esa predilección, digo, el terreno más seguro para el juego de accidentes patéticos y mutaciones poderosas y encuentros extraños, o cualesquiera asuntos inusuales, es el campo, si puedo llamarlo así, más de su segunda que de su primera exhibición. Con lo cual, dicho sea en evitación de oscuridades, no quiero decir nada más críptico sino que yo mismo siento que los muestro mejor mostrando casi exclusivamente cómo se sienten, reconociendo como su principal interés alguna impresión que producen fuertemente y que se recibe intensamente. Es muy grande la probabilidad de que fallemos, he razonado siempre, si intentamos el prodigio, la apelación al pasmo, en sí mismo; si se subraya demasiado su lado «objetivo», el informe (hay un riesgo de diez contra uno) quedará ralo a todos los efectos. Lo queremos claro, eso por descontado, pero también lo queremos denso, y donde conseguimos la densidad es en la consciencia humana que lo aloja y lo registra, que lo amplifica y lo interpreta. Ésa es de hecho, cuando de lo que se trata es (repito) de lo «sobrenatural», la única densidad que conseguimos; aquí los prodigios, cuando llegan por la vía directa, llegan con un efecto precario; conservan, en cambio, todo su carácter cuando se aparecen al trasluz de otra historia— la historia indispensable de la relación *normal* de alguien con algo. Es en esos contextos donde más interesan, porque entonces lo que principalmente nos ocupa es la dignidad

que se les atribuye y se les presta. Valores intrínsecos no tienen —como sentimos, por ejemplo, ante un asunto como el clímax pretendidamente portentoso del *Arthur Gordon Pym* de Edgar Poe, donde la historia indispensable está ausente, donde los fenómenos evocados, los accidentes patéticos, al llegar por la vía directa, como digo, son inmediatos y planos, y todo el empeño se orienta a lo horrífico en sí. El resultado es que, a mi entender, el clímax falla —falla porque acaba en seco, y acaba en seco por falta de conexiones. No *hay* conexiones; no sólo, quiero decir, en el sentido de un enunciado ulterior, sino de nuestra propia relación ulterior con los elementos, que penden en el vacío; con lo cual vemos perdido el efecto, malgastado el esfuerzo imaginativo.

Me atrevo a decir, para terminar, que cuantas veces, en busca, como he señalado, de lo entretenido, he invocado lo horrífico, lo he invocado, en una atmósfera como la de *The Turn of the Screw*, la de *The Jolly Corner*, la de *The Friends of the Friends*, la de *Sir Edmund Orme,* la de *The Real Right Thing*, con una seria aversión al despilfarro y desde el convencimiento de que en el arte la economía es siempre belleza.

HENRY JAMES (Nueva York, 1843-Londres, 1916). Nació en el seno de una adinerada y culta familia de origen irlandés, era el hermano menor del conocido filósofo y psicólogo William James, que teorizó acerca del «fluir de consciencia», un sistema de escritura que aplicarían autores tan conocidos como Virginia Woolf o James Joyce.

Recibió una educación ecléctica y cosmopolita, que se desarrolló mayoritariamente en Europa. En 1875 se estableció en Inglaterra después de publicar en Estados Unidos sus primeros relatos. El conflicto entre la cultura europea y la norteamericana está en el centro de muchas de sus obras, desde su primera novela, *Roderick Hudson* (1875), hasta la trilogía con la cual culmina su carrera: *Las alas de la paloma* (1902), *Los embajadores* (1903) y *La copa dorada* (1904). Maestro de la novela breve, algunos de sus logros más celebrados se hallan en este género: *Otra vuelta de tuerca* (1898), *En la jaula* (1898) o *Los periódicos* (1903). Cerca del final de su vida se nacionalizó inglés. En palabras de Gore Vidal, «no había nada que James hiciera como un inglés, ni tampoco como un norteamericano. Él mismo era su gran realidad, un nuevo mundo, una terra incognita cuyo mapa tardaría el resto de sus días en trazar para todos nosotros»

Notas

[1] El médico Thomas Bowdler publicó en 1818 una versión expurgada de Shakespeare «para uso de las familias», por lo que su nombre ha venido a ser sinónimo, en inglés, de la manipulación de textos literarios con fines censores o edificantes, y edulcorantes en general. En este caso la referencia puede indicar no sólo el Shakespeare «bowdlerizado», sino, entiendo, todo el género de las «adaptaciones» del teatro clásico. *(N. del T.)* <<

[2] En inglés *lion* es el personaje famoso a quien todo el mundo ambiciona conocer o sentar a su mesa. *(N. del T.)* <<

[3] Actitud de Manfred, el protagonista del drama romántico homónimo de Byron, que precisamente tiene por marco el mismo escenario que este relato, el Oberland del cantón de Berna. *(N. del T.)* <<

[4] El nombre que James ha dado al protagonista remacha la idea de su destino. Según León Edel, Owen significa, en galés o escocés, «joven soldado»; Wingrave se descompone en *win,* «ganar», y *grave,* «tumba». *(N. del. T.)* <<

[5] La sangrienta rebelión de los cipayos contra la dominación inglesa, en 1857-1858. *(N. del T.)* <<